

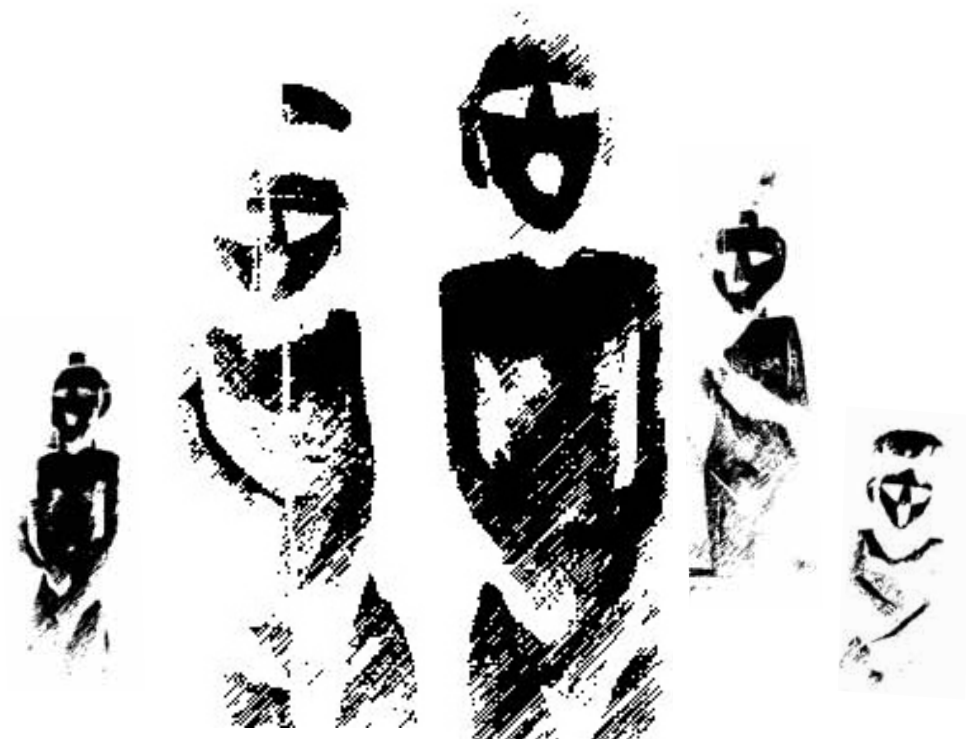


espiritus del viento

edgardo corallero

Espíritus del viento

Edgardo Civallero



*espíritus
Mayrancuna
viento*

Civallero, Edgardo

Espíritus del viento / Edgardo Civallero. -- Madrid :
Edgardo Civallero, 2012.
244 p.

1. Argentina. 2. Pueblos indígenas. 3. Conquista. 4.
Descubrimiento. 5. Culturas indígenas. 6. Lenguas
indígenas. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2006

© de la presente edición digital, 2012, Edgardo
Civallero

Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

«Espíritus del viento» se distribuye bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0
España de Creative Commons. Para ver una copia de
esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

Hek

capítulo 1

Soy el humo y el olor del pasto que se está quemando; soy el rocío que tintinea en las telarañas; soy las gotas de llovizna que me atraviesan sin mojarme; soy el barro y las *totoras*; soy las motas de ceniza y el polen de las flores; soy la brisa de la mañana, que ya no me produce frío, y el viento del norte, que ya no puede llenarme los ojos con la arena rojiza que carga desde otro horizonte más seco que el mío. Soy nada y, a la vez, soy todo lo que me rodea, todo lo que me cruza sin afectarme ya.

Eso soy.

Soy un espíritu, uno más de un enorme rebaño que quedó flotando en el viento hace siglos y por los siglos, esperando.

¿Esperando qué? Ojalá lo supiera...

Soy los lugares por los que paso; soy la luz del sol y la de la luna, y la de las muchas estrellas que me miran cada noche llamándome a su lado, almas limpias que se reunieron con los ancestros y me protegen. ¿Acudiré a su llamado? ¿Llenaré yo mismo un pequeño espacio en ese firmamento oscuro, que me cubre pero que no alcanzo

a tocar por mucho que lo intente? Ojalá lo supiera... Sólo sé que soy el aliento de los vivos, los suspiros de los que se fueron conmigo, las memorias de los que aún recuerdan y las esperanzas de los que aún creen.

Soy mis risas y mis lágrimas hechas un hálito impalpable; soy todos los caminos que he hollado, todas mis fatigas y todas mis alegrías reunidas en un único soplo. Podría atravesarte, acariciarte, empujarte o hacerte cosquillas y nada sentirías. Soy recuerdos de cocinas y baños en el *ojo-de-agua*, de adivinanzas nocturnas y quejidos de amor.

Soy cabellos oscuros cuyo color no podrás ver, y manos callosas que nada pueden palpar. Y dos piernas fuertes que anduvieron por muchos senderos y cruzaron campos de cultivo. Soy el que no tiene sombra, ni reflejo en un espejo. Soy el que se hunde en las lagunas sin provocar ondas, el que camina sobre el hielo de los nevados sin quebrarlo, el que atraviesa las hogueras sin sentir calor, el que ya no se empapa con los chaparrones imprevistos.

Soy un cúmulo de dudas y de preguntas que no puedo responder, y un almacén de respuestas a preguntas que nadie me hace.

Sólo tengo una certeza: todavía soy un *runa*, un hombre de una comunidad *Quechua* del alto río *Apurimaq*, en el corazón del *Tawantinsuyu*¹. Un viajero nómada que aún no sabe dónde detenerse y se deja arrastrar por los vientos y brisas que habita, recorriendo tierras y horizontes, oyendo y contando, mirando y aprendiendo.

1 Antiguo «Imperio Inca». Ver *Glosario*.

Sin embargo, y aún sabiendo que soy todo esto, en verdad no podría decir qué es lo que soy.



Caí junto a otros como yo, hace mucho o hace poco... ¿Importa acaso? El tiempo ya se ha convertido, para mí, en otra brisa. Desfilan los días y las noches ante mis ojos, cruzan el cielo las lunas llenas y las lunas nuevas, pero yo sigo aquí, inmutable y eterno.

Caí, sí, y no importa el «cuándo» ni el «dónde». Tampoco importa el «cómo»: preferiría no tener que recordarlo. Sólo importa el «por qué». Caí por una niña y una mujer; por una casa con muros de adobe y techumbre de paja *icho* colgada de la pared de un valle de rocas musgosas, bajo la protección de los altos *Apus*² cubiertos de nieve; por un terreno siempre sembrado de maíz y zapallo, y habas algunas veces, y porotos... Caí por un *ayllu*³ y una comunidad que eran mi familia y mi orgullo, mi sustento y mi estructura. Caí por tener la piel teñida de un color distinto, quizás más oscuro que el de otros, más parecido a la cerámica horneada que a la espuma de los torrentes. Caí por hablar una lengua compleja, aunque... ¿tan duro era nuestro *runasimi*?⁴ Caí por soplar en mis flautas de caña una música y unos ritmos tal vez difíciles de oír, y por respetar y practicar unas costumbres inadmisibles para otros. Caí por creer en la tierra;

2 Cerros. Ver *Glosario*.

3 Clan. Ver *Glosario*.

4 Nombre propio de la lengua *quechua*. Ver *Glosario*.

por seguir a las nubes con la mirada; por elevar mis brazos como un árbol en agradecimiento al sol y a la lluvia, aquéllos que hacían crecer mis cosechas; por ofrendar a mis antepasados y a los cerros altivos mi comida, mi bebida, mi primera sementera o la sangre de una de mis llamas, sólo para que me siguieran cuidando como siempre lo hicieron.

Hasta aquella tarde.

Caí, quizás alzando una maza, quizás con una honda en el puño, por defender mi vida. Una vida condenada de antemano por ser pagana, ignorante, bestial... Por ser, según el criterio de otros, reprochable.

Caí por ser, simplemente, yo.



Los vi llegar aquella tarde fatídica. Recuerdo aún que una profecía de nuestros antiguos decía que eran los dioses, los seguidores de *Wiraqhucha*, aquella sabia deidad que nos enseñó tantas cosas valiosas y que prometió regresar para guiarnos por nuevos caminos. Dioses extraños, sin duda, los que traen el fin de aquéllos que los han aguardado con fe, con esperanza y con paciencia a lo largo de los siglos.

Desde entonces los he visto llegar muchas veces. Muchas más. He oído y he palpado el miedo en la piel y en las venas de los habitantes de otros valles y otras comunidades como la mía. El mismo

miedo que sentí yo. He oído el llanto de mi hija repetido en las gargantas de cientos de otras criaturas que, como ella, también cayeron. Me han estremecido los gritos de otras mujeres como mi esposa, aquélla de ojos y cabellos negros a la que conquisté con cantos en los atardeceres y que me dio sus mejores años y mi mayor tesoro: mi niña. He sentido la furia de otros hombres —la misma que me abrasó a mí— al verse invadidos, atacados, domeñados...

No importa si fueron los conquistadores, el ejército, la guerrilla o los paramilitares: las etiquetas o los nombres no interesan. Tampoco importa si buscaban colonizar, esclavizar, castigar, controlar, poseer o divertirse. Lo único que importa —al menos, lo único que *me* importa ahora— es que el aire se haya llenado de voces y de lágrimas; que las paredes de las quebradas hayan devuelto el eco de nuestros lamentos; que las montañas hayan sido testigos de nuestra partida; y que la tierra, *nuestra* tierra, se viese forzada a recibirnos en su vientre antes de tiempo. ¿Se sintió orgullosa de esos hijos que opusieron una resistencia desesperada e inútil, o se secó su rostro ante acontecimientos tan terribles?

Sí, los he visto llegar, desde entonces, muchas veces... Demasiadas, quizás. Y sólo he podido descargar golpes inútiles sobre sus pechos con mis brazos de aire, sin armas ya y sin fuerzas. Sólo he podido gritar mi rabia en sus oídos con mi inaudible voz de viento. Y mis ojos se han llenado de niebla al ver que volvían a sellar nuestro sino *otra vez* y que, *otra vez*, yo no podía hacer absolutamente nada para detenerlos.



¿Vivíamos en paz? No, por cierto. Antes de la nada que sembraron en nuestro pueblo los extraños, nosotros mismos luchábamos contra gente de nuestra misma raza. Luchábamos, sí, y volvíamos a casa entre cantos y saludos, dichosos por esa victoria nuestra que era la derrota de otros. Pero en mi memoria perduran las causas que nos empujaban a guerrear: las tierras, las aguas, los frutos, la caza... Nuestras vidas dependían exclusivamente de esos recursos, siempre frágiles, siempre variables, y debíamos conservarlos completos —y hasta ampliarlos, llegado el caso— si pretendíamos que nuestros hijos perpetuaran nuestros pasos y nuestra existencia. Por eso matabamos, por eso moríamos: por el suelo, y el río, y el aire que nos rodeaba.

Sé que muchos de mis hermanos también mataban por instinto o por venganza, o para obtener botines o esclavos que trabajaran para ellos. Supongo que dentro del corazón del hombre anidan lo mejor y lo peor de su ser, y que la maldad siempre encuentra resquicios por donde asomar, escapar y dominar los actos y las voluntades. Algunos de los nuestros también se enfrentaron por poder. Mas cuando lo obtuvieron, ese poder no duró mucho tiempo. Pues lo que se edifica sobre sangre y cicatrices jamás puede tener un destino afortunado o un final feliz. Débiles son los cimientos cuya argamasa son lágrimas. Y más endeble aún resultan las lealtades forzadas, los lazos obligados, los juramentos comprados y todo lo que se construye con amenazas.

No, no éramos perfectos. Mentíamos, robábamos y traicionábamos como cualquier otro ser humano. Entre nosotros había vagos, perezosos, delincuentes, cobardes y todos aquellos defectos que siempre fueron criticados por los mayores, tanto en mis tierras como

en otras lejanas. No hablo desde la perfección, pues, sino desde el pesar que causa haber soportado la crueldad de forma inmerecida.

El extraño que llegó de lejos ciertamente codiciaba la tierra, las aguas y los frutos que ellas daban. Pero no se contentó jamás con lo que él necesitaba o podía usar para vivir, aun con riqueza y lujos. Tampoco compartió su trabajo para el bienestar de todos, como fue nuestra tradición desde que tenemos recuerdos. Y, decididamente, no respetó la vida que lo rodeaba, bajo ninguna de sus formas. El extraño quería todo y más aún. Quería el suelo, los manantiales, las personas, las montañas... Todo ello para un solo individuo, que desconocía lo que poseía o cómo funcionaba, y que muchas veces ni siquiera lo utilizaba. Tenía una codicia ilimitada, una sed que no podía saciarse con nada. Y todo aquello que se opusiera a sus deseos debía desaparecer, ser doblegado, ser silenciado.

Así, en efecto, borró con sus propias manos —y con sus armas, y con sus leyes, y con sus escuelas y sus iglesias— todo lo que se interpuso en su camino. Incluidos nosotros.

De esa forma se apagó el mundo que conocimos.



Muchos de los nuestros, escapando de un porvenir incierto, se ocultaron en parajes recónditos, lugares remotos a los que pocos extraños llegaron. Ahí se quedaron, en el fondo de las selvas y del monte, donde a veces los visito cuando me atraviesa alguna tormenta

que me arrastra hacia las tierras calientes de ríos rojizos y atmósferas húmedas, llenas de mosquitos y chillidos estridentes.

Los hubo que se escondieron en los repliegues de las cordilleras o en los fiordos helados del sur del mundo. Allí sobrevivieron libres por un tiempo, hasta que el extraño pálido los alcanzó, los «descubrió» y los «asimiló»... es decir, los transformó en algo que jamás habían querido ser. O sencillamente los eliminó, una solución que siempre pareció la más fácil, la más rápida, la que menos complicaciones presentaba. Otros —mi propio pueblo, entre ellos— terminaron sometiéndose, callando y aceptando forzosamente todo lo que vino: la esclavitud, los trabajos inhumanos, la explotación, los abusos, la denigración, el vicio, la exclusión, la discriminación, el odio y el olvido. Con una paciencia y una resistencia casi infinitas supieron sobrevivir a tanto mal, y hoy, si bien no son los mismos que eran —pues nadie vuelve a serlo cuando el tiempo y el miedo lo tocan— conservan todavía muchas raíces propias que les permiten erguirse y engendrar savia nueva. Frutos mestizos, pero frutos al fin y al cabo.

Algunos se despojaron del yugo y se alzaron. Fueron los *khatari*, los rebeldes. Aún recuerdo a aquél al que llamaron *Tupaq Amaru*, ese caudillo que levantó pueblos enteros en su lucha por la libertad. Cuando al fin los extraños lograron apresarlos, hubo de contemplar la ejecución de toda su familia antes de ser torturado en público, destrozado por cuatro potros, cuarteado como si fuera un animal y expuesto a la vergüenza y a la humillación. Otros siguieron sus pasos, y todos ellos corrieron su misma suerte. Pero ni cuatro caballos pudieron callar sus gritos de emancipación. Su sueño se mantuvo en las mentes y en los labios de muchos, en este continente en donde,

por siglos, la palabra «libertad» pareció ser un ideal paradójicamente gastado por el poco uso.

Los que tuvieron el valor de recoger el testigo de los *khatari* todavía luchan, resisten y se empeñan en lograr que su identidad no sea borrada. Ellos son nuestro orgullo y nuestro ejemplo. Son los anónimos que pelearon cotidianamente por su cultura a lo largo de los siglos; los que aún hacen sonar sus lenguas y sus cantos bajo *su* cielo y sobre *sus* tierras; los que aran y siembran sus propios surcos y tallan sus propios destinos. Son esos desconocidos que, a pesar de todo, siguen siendo quienes siempre fueron y prefieren morir antes que negarse o ser negados.

Y los más desaparecieron. Sus huellas quedaron enterradas para siempre bajo el humo de la batalla, en el cepo del esclavo o en la soga del patíbulo. Muchos fueron envenenados como alimañas, y se pagó en monedas de plata por sus orejas y sus senos a los «cazadores de *indios*». Otros tantos fueron usados como carne de cañón para guerras que nada tenían que ver con ellos o con sus problemas. La mayoría se enfermó o se alcoholizó —sutiles armas, sin duda— y se fue silenciosamente. Quizás sin comprender el porqué. Quizás sin conocer al enemigo invisible que se los llevaba. Sus voces quedaron perpetuadas en algunas palabras que designan los lugares que habitaron, y su historia, reducida a unos pobres y maltrechos restos exhibidos en museos, tal vez sin mucho sentido para aquellos curiosos que los miran. Algunos libros los recuerdan. Pero ellos, los hombres y mujeres de carne y hueso, ya no están. Sólo son una sombra y una memoria escasa, saberes y costumbres irrecuperables que dejaron un vacío inmenso.

Un vacío que, como pocos saben o se preocupan por saber, jamás podrá ser llenado de nuevo. Aunque quizás de eso se trataba.

Todos ellos, todos los que, de una u otra forma, ya no colman de ruidos y de cosechas y de toldos y de *pircas*⁵ estas tierras, son los que pueblan los vientos conmigo. Esto somos y esto seremos, tal vez por la eternidad. Arrebatados de la vida antes de cumplir nuestro ciclo, convertidos en fantasmas encadenados a eventos pasados, condenados a un limbo del cual no podemos escapar, atravesados por las dudas sobre nuestra suerte y nuestro destino, aquí estamos. Esto somos.

Habitantes de la brisa. Espíritus del viento.

5 Muros de piedra, especialmente aquellos que dividen las parcelas. Ver *Glosario*.

Iskay

capítulo 2

Los aires, los remolinos y las tormentas que habito son arrieros de nubarrones que muchas veces, en su perpetuo nomadeo, me han hecho viajar. Me han cargado en sus morrales invisibles y me han llevado de aquí para allá como a una hoja seca, pues poco más que eso soy: la evocación de una forma que un día estuvo viva, latió y disfrutó del sol y de las gotas de lluvia. De esos vientos que me han remontado, arrastrado y sacudido en contra de mi voluntad, he sido yo el que, en otras ocasiones, me he prendido como un abrojo para buscar a mis hermanos de otros horizontes.

Y, precisamente por no haberme quedado quieto, los he ido encontrando. Los he espiado y los he visto reír y llorar. He contemplado sus nacimientos y sus muertes, sus amores y sus odios, sus batallas y sus reuniones. Desde este lado de la realidad he podido sentir sus miedos y anhelos, he podido participar en sus celebraciones y lamentar sus pérdidas.

He sido testigo de cómo el mundo que yo conocí cambiaba por completo, transformándose en otro, y ése, a su vez, cambiaba también, desapareciendo bajo el peso de los años y mostrando una nueva

cara. Así es la vida: todo nace, crece, se multiplica para perpetuarse y luego desaparece. Aunque en el universo que yo pueblo todo parece eterno, congelado, inmóvil e inmune a los cambios, algo que me resisto a aceptar y que intento contrarrestar cabalgando el aire. Eso, en cierta forma, me hace sentir vivo.

En mis correrías he disfrutado de paisajes tan diferentes a los de mi valle natal que me maravillaba saber toda la diversidad contenida en una sola tierra. Selvas, cordilleras, desiertos, llanuras, quebradas, salinas, lagos, cascadas, bosques, montes, pajonales, cerros, pedregales, recodos de ríos y estepas yermas: todo eso he visitado. Cada lugar, como una garúa fresca, me ha lavado las tristezas, me ha dibujado una sonrisa y me ha permitido seguir adelante un paso más.

¿Por qué vago de un lugar a otro? Es difícil de explicar... Me motiva a hacerlo una especie de pena, una oquedad que me quedó dentro y que no he podido mitigar con nada. Un profundo agujero cavado por la tragedia y ahondado por imágenes desgarradoras. No bastaría toda la lana de nuestras llamas para anudar *quipus*⁶ que dieran cuenta de la lista de horrores que presenciaron mis ojos y los de mi gente. A pesar de que preferiría no recordar todo eso, no puedo evitarlo. Cuando estaba vivo tenía pliegues dentro mío, como los ponchos, y allí podía ocultar, tanto como quisiera, lo que no deseaba rememorar. Pero ahora soy transparente, cristalino, y nada puedo esconder: veo todo lo que conservo en mi interior, tanto lo que me gusta como lo que me hace daño.

6 Antiguo sistema mnemotécnico Incaico, usado para computar cifras y datos. Se basaba en conjuntos de nudos realizados en cuerdecillas de lana. Ver *Glosario*.

Quizás reincido en esta especie de fuga constante porque quiero que este viento que me agita y me zarandea me libre de mis nostalgias, de mis sombras, de mis angustias... He visto cómo desnudaba bosques y selvas con su aliento, pero hasta ahora no ha sido capaz de arrancarme estos pesares que llevo cual segunda piel.

O acaso intento que los paisajes me limpien y me llenen de aromas; que las fiestas me alborocen; que las risas de mi gente me hagan revivir las mías propias; que los músicos me contagien sus melodías y ritmos... ¿No son la alegría, el amor y la belleza los mejores remedios contra la desesperanza?

Puede que, después de todo, sólo busque mi lugar en este mundo de aire que todavía no comprendo del todo. Tal vez necesito averiguar qué es lo que hago aquí y qué es lo que me espera, si es que hay algo o alguien que esté aguardando por mí. Posiblemente anhele encontrar respuestas en los labios o en las historias de otros como yo, aun cuando en algunas oportunidades pasadas, y debido al desconuelo que me embargaba, las haya rechazado.

Así que aquí voy, una vez más, dejándome mecer por una bandada de ventiscas que me transporta al sur. Allí marcharé, como ya he hecho muchas otras veces antes: para ver, para conocer, para entender, para narrar lo que sienta y lo que encuentre. Y confiando en hallar algo que llene mis ausencias, que me oriente, que me enseñe cómo vivir en este universo invisible que nunca elegí pero que es el mío.



Estoy en la Quebrada de Humahuaca. Así llaman a este rincón al sur de mis tierras natales, un corredor de *cardones* y piedras coloridas que se abre camino desde el altiplano norteño hasta los valles meridionales, siguiendo el curso de un río de lecho ancho y arenoso.

Manos cobrizas, callosas de moldear adobe, esquilar ovejas y levantar cosechas de papas, alzan al cielo largas cañas terminadas en un cuerno, o en un pabellón de cuero crudo, amplio y áspero. Como hace siglos, todavía me estremezco con la llamada bronca y gutural de las *cornetas*, que algunos llaman *erkes*. Los brazos morenos sostienen aquellos enormes instrumentos, engalanados con hilos y borlas multicolores; los labios se aprietan contra sus embocaduras; las mejillas se hinchan como odres y el sonido nace como una explosión: un tono agudo seguido por varios ronquidos graves, casi nasales. Quejas que se alargan hasta callar y que producen ecos que tardan bastante en desvanecerse.

Sonido. Aire que se mueve. Como el viento. Como yo.

Así, de esa manera, se proclama el inicio de la *anata* a la *puna* entera, a las montañas y a todas las quebradas que cortan en jirones este fragmento de mi mundo andino.

Anata. Antigua palabra *Aymara* que designa la celebración que los extraños bautizarían más tarde como «carnaval». Imponiendo nuevas voces, nuevas costumbres y nuevas formas de vivir y de pensar, los extranjeros buscaron enterrar nuestras creencias milenarias bajo las suyas propias. Pero las tradiciones jamás desaparecieron: sólo se adaptaron para poder sobrevivir, escondidas bajo los nombres y los símbolos de la religión de la cruz y el libro.

Comienza el carnaval, pues: el gran *raymi p'unchay*, el «día de fiesta». El tiempo en el que el silencio anual se torna en bullicio y algarabía como por encanto. Las lomadas y el páramo se llenan de risas contenidas por meses y de alcoholes de todo tipo, de coloridas cintas y faldas, de romances y desencuentros, de sabrosas *empanadas* y *humintas* rellenas de carne y especias, de vírgenes de piel morena y de ritos ancestrales de ofrenda a las fuerzas de la tierra. Son días de alegría en los que el repicar de las cuerdas de guitarras y *charangos* y el batir de los bombos *wankara* me recuerdan los latidos de mi aldea. Y también mis tiempos como músico, días en los que soplabo los racimos de cañas de mis *sikus* junto a mis compañeros de *tropa*⁷ y golpeaba el suelo con mis pasos de danza.

Rebaños de camiones van llegando a los pueblos más importantes, roncando sordamente, con sus motores asfixiados por la falta de aire propia de estas tierras altas. Descargan gente y más gente, venida desde cerca o desde lejos para vivir cada momento de la fiesta grande. Muchos otros arriban a pie, o a lomos de mula si la tienen, tras horas o días de viaje. Llegan con los rostros cansados y las *ushutas*⁸ cubiertas del polvo de los senderos, que a veces ni siquiera están marcados sobre la tierra sino en la memoria y en el instinto de los caminantes.

Mi gente está de festejo, quizás para celebrar que han vivido un año más, que han superado todas las barreras y todos los obstáculos que cada día les pone delante. Lo cual, si lo pienso bien, no es poca

7 Conjunto de intérpretes de instrumentos de viento, en este caso, de *sikus* o flautas de Pan andinas. Ver *Glosario*.

8 Sandalias de cuero u otros materiales. Ver *Glosario*.

cosa y ciertamente merece toda una fiesta. Me escabullo entre los ponchos y los sombreros de fieltro, entre las charlas de las comadres y los chistes de los jóvenes casaderos, e intento «vacunarme», curiosa ceremonia que obliga a trasegar vasos y vasos de bebidas fuertes de todos los colores... y a aguantar erguido. Pero ya no puedo beber, y sólo el aroma de los tragos, las luces y los ruidos podrían conseguir que me mareara.

Los ramos de *albahaca* ondean como penachos en los sombreros, gorros y solapas de jóvenes y viejos ¿Los llevan como antidotos contra la borrachera, como aconsejan las lenguas viejas, o como símbolos de un tiempo de jolgorio? Aún no lo averigüé. Aquí voy yo, errabundo, vagando entre una muchedumbre de pieles claras y oscuras, de carcajadas y abrazos, de palmas y silbidos. Me mezclo entre los juegos de harina y de agua, diversión acostumbrada en esta época de regocijo, tras la cual los participantes terminan cubiertos de una espesa capa de engrudo que los envuelve como un sudario pegajoso. Pero tampoco me mancha la harina, ni el agua me moja. Y me apena no poder participar del júbilo y de la diversión de mi pueblo, de éstos que se levantan como los *coyuyos*⁹ para cantar unos pocos días antes de morir.

Me siento contra un muro de adobe pardo y reseco y contemplo cientos de *challas*, esos homenajes a la tierra que yo mismo practiqué un día: los vasos que se alzan en brindis y que, antes de inclinarse hacia las gargantas secas, derraman un sorbo al suelo para saciar primero la inacabable sed de la madre vieja. Ese pequeño y casi inadvertido ademán muestra el reconocimiento que los míos aún

9 Cigarras. Ver *Glosario*.

dispensan cotidianamente a la *Pachamama*, el vientre ancestral del cual todo sale y al cual todo retorna.

Recuerdo cuando yo hacía eso. Era en las ceremonias que hoy llaman *señaladas* o *señalakuy*, en las que todos los vecinos ayudábamos a marcar las llamas de aquéllos que tenían algún rebaño. ¡*Atatay*, qué buenos tiempos! Allí íbamos todos, hombres y mujeres, para aquella fiesta sin calendario. Sacaban los dueños de casa las tinajas repletas de *aqha*, *chicha* nuevecita que buscaba las bocas con tanta ansia como nuestros labios la perseguían a ella. Y ahí comenzaban los chistes, las bromas, los cuentos viejos, las noticias que llegaban con los traficantes, las novedades de las comunidades vecinas donde algunos tenían familiares. Y *challábamos*, todos *challábamos*, un gesto casi automático, mecánico, que ni siquiera se pensaba... Por lo bajo repetíamos «*qanpaq, Pachamama*». «Para ti, madrecita».

Vuelvo de mis recuerdos con un sabor dulce en la boca. Entre cantos y alborozo, entre bailes y risas, me adormilo. Arriba, quemando, el sol. Abajo, latiendo, millares de corazones. No, no estoy *machadito*. Borrachito no estoy, pues. ¡Si nada he bebido! Pero me siento tan, tan cansado...



Cae la noche. Sopla el viento, hiriéndose entre los brazos erizados de espinas de los *cardones*. En las casas de los pueblos de la Quebrada —en Humahuaca, en Maimará, en Tumbaya o tal vez en Tilcara, donde las piedras se plegaron en curvas gigantescas atra-

pando dentro de ellas al arco iris— el amor late, ebrio de aventura y pasión. Ya lo dice aquella copla picaresca:

Carnaval quisiste, toma carnaval.

Y a los nueve meses, *wawa*¹⁰ que cargar...

Mucho más al norte, en la tierra que llaman Bolivia, el bramido de las *tarkas* resuena salvajemente al borde de la tormenta congelada del salar de *Uyuni*, donde los lagos parecen de sangre o de esmeraldas y las montañas imitan islas de roca quemada emergiendo de un mar de espumas petrificadas. Las estridentes flautas de madera convocan a los viejos dioses a celebrar la *anata*, diciéndoles que el pueblo *Aymara* aún vive, aún recuerda, aún festeja, aún pronuncia los viejos sonidos de su lengua. «*Wawanakamapxtwa*» le dice cada uno de ellos a la tierra. «Somos tus hijos». Cerca de allí, los *Chipaya*, la «gente del agua», aún musitan sus historias. Más al norte todavía, las tropas mestizas de *caporales* desfilan, reventando matracas, por las empinadas y abarrotadas calles de La Paz, de Puno o de Copacabana. Esas comparsas carnavaleras se burlan en sus danzas del extraño conquistador. Ridiculizan sus movimientos y sus trajes como única venganza posible de un pueblo avasallado que decidió no rendirse del todo.

En Oruro, o en el norte de la tierra que llaman Chile, las calles son ocupadas por centenares de demonios lujosamente enmascara-

10 Niño, bebé. Ver *Glosario* para notas sobre esta copla.

dos, que saltan y corren al son de las *bandas de cobres* o de *sikus* de las *Diabladas*, mientras las mujeres marean sus cortísimas faldas en veloces giros y contragiros. El duelo milenario entre las fuerzas del Bien y del Mal se escenifica en esas danzas con nuevos protagonistas: arcángeles de ojos celestes y vírgenes mestizas luchan contra los ejércitos del inframundo, las bestias infernales que acechan en las minas. Su monarca —cubierto de cuernos y alimañas— es llamado familiarmente «Tío» por los mineros, los cuales intentan ganarse su confianza y su protección con pagos frecuentes de coca, tabaco y alcohol.

Es la herencia que legó la conquista: la mezcla mágica y dolorosa de rasgos y costumbres, de esperanzas y temores que, aunque siempre puede admirarse en este pueblo, sale a relucir con inusitada fuerza durante el festejo de los carnavales.



Tras las *cacharpayas*, las tristes despedidas del carnaval «hasta el año», entierran al *puqllay* en Humahuaca. Me acucillo cerca del pozo en donde pondrán a dormir a ese muñeco engalanado, el símbolo material y tangible de la *anata*, el espíritu de la fiesta. Y sé que, junto a él, estas gentes enterrarán sus sueños un ciclo más, hasta que el duende carnavalero despierte otra vez, hasta que lo desentierren y vuelva la alegría. Hasta entonces, caerán los días uno tras otro, todos iguales, como siempre ha sido... Me pregunto cuántas cosas hemos debido enterrar a la espera de que, en algún momento futuro, podamos abrir la tierra para sacarlas de nuevo.

Finalizada la ceremonia, me pierdo en el silencio de las cercanas salinas, en el corazón de esa provincia llamada «Jujuy». En algún momento fueron los blancos dominios de *Coquena*, dios antiguo que protegía a los rebaños de vicuñas de los cazadores desaprensivos. Aquí, en los salares, dejan la vista y los años los salitreros. Quizás a ellos les escuché una copla que decía...

¡Ay, que destino cambiado!

Mi sed es buscar la sal...

Y un día como cualquiera

morir por morir, nomás.¹¹

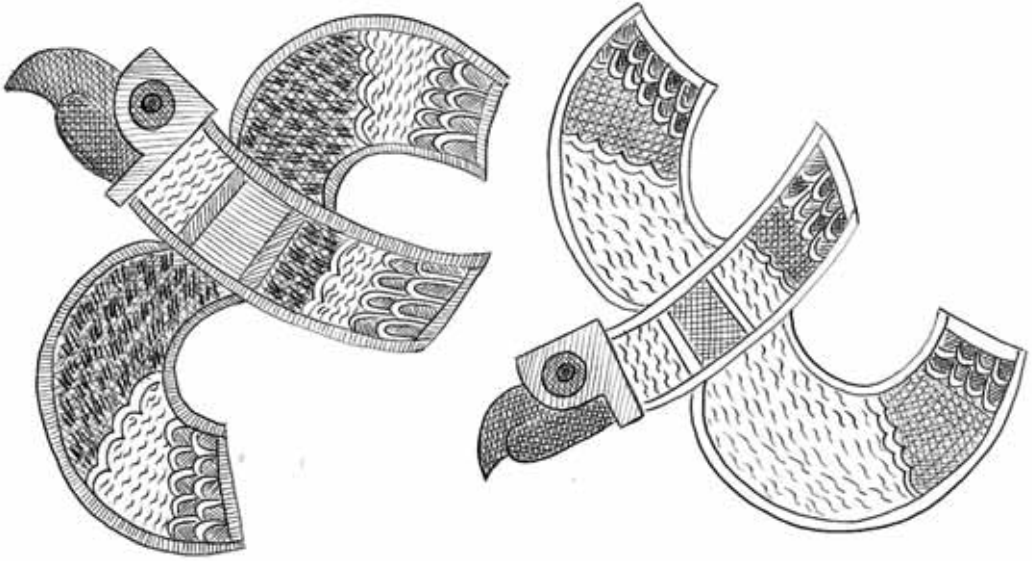
Todos los días, los hombres cortan bloques de esa nieve salada y reciben las visitas de los curiosos, que los fotografían desde un autobús para luego contar en sus hogares cómo los descubrieron en el medio de un mar seco, trabajando. Los viernes vuelven a sus casas y a veces los acompañan. Y veo cómo aman apresuradamente a sus mujeres y cómo le encienden un cigarrillo en los labios a una efigie del *Ekeko*. Éste es un duende gordinflón, un dios de la fortuna y la dicha, un protector del hogar y la familia presente en muchas casas andinas. Su estatuilla, vestida como un campesino *Aymara*, está cubierta de alforjas con comida y de diminutos complementos con forma de coches, casas, zapatos, dinero o botellas de alcohol... La

11 Estrofa de «El Salar», del cantautor argentino Raúl Carnota. Tema incluido en su trabajo «Entre la ciudad y el campo».

elaboración de esas miniaturas es todo un arte, y ha hecho nacer una feria propia en donde se las vende, la de las *Alasitas*, que he visitado en un par de ocasiones y que siempre me ha pintado una sonrisa. Tan singular carga representa lo que la familia le pide al *Ekeko*, cuyo poder consiste en materializar esas representaciones. A cambio, se lo honra cada viernes dándole de fumar y dejándole unas hojas de coca y alguna bebida fuerte. Algunos afirman que si el cigarrito que se le ofrece se consume por completo en su boca, es indicio de una semana favorable. Otros dicen que el tabaco debe arder justo hasta la mitad, para que el duende no se enfade. En fin... En el caso de los salitreros, dudo que alguna semana pueda ser buena en aquel desolado espejo blanco que marchita sus vidas.

Coquena ya no anda por las salinas. Estas tierras dejaron de ser el señorío de los espíritus de mi raza hace siglos. Quizás se haya escondido en alguna de las cumbres que atisbo desde aquí, desde estos parajes que parecen un fragmento de la luna caído en nuestro suelo.

Y yo, perdido en medio de la soledad alba, revivo mis días de músico. Imagino el manojo de cañas de un *siku* entre mis manos y lo soplo, y bailo al compás de la melodía que interpreto. Marco el ritmo con mis pies, con mis piernas, con todo mi cuerpo... ¿Oyes? Es un *wayñu* lo que toco, una canción de campos y tierras, de arados y siembras. Resuena mi *siku*. ¿Lo sientes en tu pecho como yo lo siento? «*Kayqa taqllay, kayqa allpay, kayqa makiy, kayqa junp'iy*» canto... «Aquí está mi arado, mi tierra, mi mano y mi sudor», así digo. Soplo. Soplo fuerte y giro en esta desolada planicie en la que nadie me ve. ¿Dónde están las *wankara* que deberían acompañarme, ésas que harían que esta llanura de sal se quiebre, se raje, tiemble y reverbere? Rememoro aquellos tiempos en los que éramos docenas



los que respirábamos a través de las cañas y hacíamos que nuestros sonidos se cortejaran entre ellos. Mis compañeros están ausentes, y yo los echo de menos, los extraño, quisiera que estén conmigo en este inmenso y desierto escenario... Ah, *wauqikuna*, hermanos míos, por ustedes toco hoy. *Tukuy sunquywan, qankunapaq!*¹²

Las brisas me empujan hacia el altiplano. Me dejo llevar mansamente, tocado por la melancolía. Amo la *puna*. Me parece un lugar lleno de misterios. En ella los colores están cambiados: cerros violáceos y azulados se perfilan sobre un horizonte gris tapizado con nubarrones de tormenta. La tierra aparece teñida de todas las variedades existentes de ocre y bermejos, allí donde no está alfombrada de *tolaes* e *ichos*. Quienes habitan estas alturas apenas rompen su mu-

12 En *quechua*, «Con todo mi corazón para ustedes». Dedicatoria tradicional en canciones andinas.

tismo. Los arroyos secos llevan en su lecho una corriente inmóvil de arena verdosa, mientras los penachos blancuzcos de las *pajas bravas* ondean al viento, saludando a los pocos que cruzamos la vastedad de esta altipampa: unos desperdigados rebaños de ovejas, un puñado de mineros que retornan a casa —techos de calamina y tapias que se desmoronan— y alguna tropilla de vicuñas que pastan intranquilas bajo la mirada aburrida de un cóndor solitario.

El viento me lleva de la mano. Cuenta la leyenda que este viento fue la venganza de *Coquena* hacia una aldea de cazadores que no acataron sus códigos y mataron una vicuña preñada. Dicen los viejos que ulula noche y día recordando, como una advertencia, que la naturaleza debe ser respetada. ¿Acaso alguien se acuerda de ese aviso que un día rigió nuestras vidas? ¿Acaso no han sido secados y cegados los ríos y manantiales, y llenadas las tierras de desperdicios y venenos? ¿No han sido reventadas y vaciadas las entrañas de los cerros, y violada nuestra madre una y mil veces por las manos de quienes vinieron desde tan lejos para someterla? ¿Quedan pumas y guanacos que dibujen sus siluetas en nuestros horizontes? ¿Quedan cóndores, quedan *suris*?¹³ El extraño —y los que le obedecieron, o los que se contagiaron de su estupidez— puso todo su empeño en agotar la fertilidad de estas alturas, más yermas hoy que nunca.

Allá, bien al norte, todos los pueblos de los Andes siguen luchando por su identidad, por sus saberes, por sus vidas, por sus derechos, por su libertad... Son vastas esas montañas, que aún no he recorrido en toda su extensión. Los aires que bajan desde Otavalo, desde Cajamarca y Machu Picchu o desde Tiwanaku siempre me

13 Avestruz americano. Ver *Glosario*.

traen noticias de sus victorias y de sus derrotas. Aquí, en la antigua frontera meridional del *Tawantinsuyu*, ya se han ido los *Omaguacas* y *Purmamarcas* de la Quebrada de Humahuaca. Ya no están los *Casabindos* y *Cochinocas* de la *puna*, ni los *Ocloya*, los *Churumatas* y *Paypayas* emigrados desde Chichas. Todos ellos desaparecieron: fueron derrotados, fueron ejecutados, fueron esclavizados en *encomiendas*, fueron usados y tirados.

Los *Kolla*, los herederos mestizos del conocimiento de todos esos pueblos, continúan susurrándole «*kusiya*» a la *Pachamama*: «Haz que me vaya bien», así le imploran. Siguen *corpachando*, año tras año, el seno de su madre tierra: le dan de comer para que esté fuerte y ella, a su vez, los alimenta con generosidad. Permanecen sumergidos en sus memorias ancestrales, pidiendo a los antepasados su protección y su ayuda y depositando sus *acullicos* de coca desheñida en el enjambre de *apachetas* que jalonan los caminos de esta amada tierra.

Ojalá tuviera coquita para armarme un *acullico* y mascar... Ojalá pudiera dejar mi bolita de coca, al quedarse sin gusto, en alguno de esos altarcillos que levanta mi gente. O... al menos, ojalá pudiera agregarles una nueva piedra y pedir un buen viaje, una buena tarde o un buen pastoreo... Mucho muchito quisiera hacerlo, mucho me gustaría. Pero nada de eso puedo ya, pues.

Me duele ver tantas velas prendidas en los retablos de las vírgenes blancas, que parecen oír solamente a los de su color, y tantas ofrendas en las *apachetas*, y tantos hatillos atados a la espalda de los *Ekekos* para pedirles prosperidad, o comida aunque sea. Duele ver tantos de esos reclamos mudos que demandan ayuda a gritos. Duele ver tantos niños lustrando botas y cargando fardos, o mu-

riendo de hambre y frío allá en el pueblito de Susques. Duele ver tantas mujeres limpiando casas, tantos hombres perdiendo sus años haciendo ladrillos, o desgastando sus fuerzas y sus huesos en las minas y en los cultivos de caña de azúcar, lejos de sus hogares. Duele ver que mi antigua cultura se ha vuelto «folklórica», una curiosidad más para ser vendida en paquetes o fotografiada desde lejos. ¿Sería yo «folklórico» si viviese hoy? ¿Lo serían mi mujer y mi hija? Sin embargo, consuela saber que a pesar de todo, a pesar del dolor y de las *ushutas* hechas con restos de neumático de camión, y de las hojas de coca para calmar un hambre que no cesa, mi gente aún recuerda y defiende sus tierras, aún sonríe y festeja, aún tiene ganas de cantar contrapuntos picarescos y de bailar. Todavía se celebra el *Tantanakuy* de los Niños, o el *Toreo de la Vincha* allá en Casabindo, conmemorando, curiosamente, el día de la Asunción. Y siguen brincando los *samilantes*, incansables danzarines tocados con plumas de *suri* que, al saltar, sacuden cascabeles descomunales.



Al otro lado de los Andes, cruzando esa frontera artificial que nunca existió y que yo me empeño en desconocer, los *Lican Antai* de Atacama se desdibujaron hace siglos. Ya no se oye su lengua *kunza* en esas lomas y planicies pobladas de arena y de matas achaparradas de *yareta*. Ya no se ven sus caravanas de llamas cruzando las salinas. Me elevo con el vuelo rosado de las *parinas*, los flamencos de *Isluga* y de *Chungará*, y me pierdo entre las cimas nevadas de los *Payachatas*, los volcanes gemelos, vigías eternos de estos pequeños valles nortinos. En mi memoria resuenan las voces y los flechazos

de los defensores de *Quitor*, ese bastión amurallado que finalmente cayó en manos extrañas.

Vuelvo a la *puna* de Jujuy y parto hacia el sur en una noche quieta de luna nueva. «*Ama suwa, ama llulla, ama qilla*», me despide la antigua máxima de mis ancestros. «No robes, no mientas, no seas ocioso». Los tres mandamientos, cada vez más olvidados, de un pueblo cuyo camino se ha ido transformando paulatinamente en un callado sendero —amodorrado a veces por la *chicha*— que se pierde en el horizonte.

Como se pierden todos los senderos del altiplano.

Kimsa

capítulo 3

Wayra-puka, el viento rojo del norte, me sorprende. Envolviéndome en su iracundo vientre de polvo, me arrastra por las lomas de los Valles Calchaquíes, al sur de Jujuy. Estoy en tierra de culturas añosas, docenas de pueblos bravos e indómitos que recibieron de los extraños blancos un único nombre.

27

Diaguitas.

Eran *Quilmes*, *Tolombones* y *Pacciocas*. Eran *Pulares*, *Calchaquíes*, *Acalianos*, *Amaichas*, *Casminchagos* y *Famatinas*. Eran *Hualfines*, *Abancanes*, *Andalgalás*, *Colalaos*, *Yocaviles*, *Tafíes*, *Famaillás*, *Pipinocas*, *Capayanes*. Eran *Huandacoles*, *Cafayates*, *Chuchugastas*, *Animanás*, *Tucumanes* y tantos otros, grupos y más grupos, decenas de parcialidades unidas por un idioma —el *kakán*, desaparecido para siempre— y por una causa común: la lucha ante el invasor, la defensa de sus costumbres y su realidad y el convencimiento de que aquellas trochas agrestes y aquellos pueblos de piedra eran *sus* trochas, *sus* pueblos y *sus* piedras.

Aún puedo verlos, cruzando la cara reseca de esta tierra arcillosa y sedienta, con sus hatos de llamas cargadas de *algarroba*: manojos

y manojos de vaina dorada, regalo dulce de un árbol que todavía hoy, en estos parajes, no es llamado «algarrobo», ni «*taqu*» —como lo conocíamos nosotros en lengua *quechua*— sino simplemente «árbol». Como si no existiese otro. Como si ése, precisamente ése, fuera el único, el más importante, el más valioso...



Sí, allá van: hombres y mujeres con sus fardos. Todos ellos son un recuerdo nebuloso, no más reales de lo que soy yo; una visión perdida en alguna arruga de un pasado anciano que se niega a desvanecerse. Sin embargo, aunque todo esto ocurrió hace siglos, aún distingo a los niños, desnudos, riendo y corriendo a los flancos de la caravana. Allí están, gritando en su lengua *kakán*, recogiendo las últimas *tunas* maduras por los soles del verano, llenándose manos y pies de espinillas y la boca de un jugo espeso, repleto de semillas. A su lado las mujeres aprovechan la oportunidad para juntar otros frutos del monte, alcanzando las ramas de los *chañares*, los *mistoles*, los *piquillines* y del traidor *molle*, que «flecha» como un arquero añoso.

Curiosa frase ésa. Un árbol que «flecha». Dicen que, cuando lo hace, la piel de los que se guarecen bajo su sombra se pone roja, se hincha, arde... Nada de eso puedo sentir yo ya, pero me gusta ese *molle*, como me gustan todos los que saben defenderse.

Comienzan a soplar los rezagos de un viento *zonda* cansino. La imagen de la caravana se deshace como si estuviera hecha de humo y cenizas, y yo permanezco en el medio de esta llanura desierta, preguntándome qué fue de todo aquello.

Me quedo solo, pues, con la única compañía de un par de *vizcachas*¹⁴ curiosas que asoman, desde las entradas de sus cuevas subterráneas, sus hocicos redondeados y cubiertos por un divertido antifaz negro. ¡Pequeñas bandidas! Recuerdo la copla de mis valles, aquélla que decía:

Wisk'achachus kayman

urqupi sayayman

Urqupatapiri

wayrawan tusuymán.¹⁵

¡*Way*, si la habré cantado tantas veces! En aquellas épocas aún no sonaban en nuestras manos esos instrumentos de cuerda que hoy tienen los descendientes de mi raza. *Charangos*, guitarras, arpas no había, no, y sólo con bombos y flautas hacíamos nosotros nuestra música, pues. ¡Ah, si *charanguito makiruwá*¹⁶ tuviera ahora, si su-

14 Roedores sudamericanos, caracterizados por la marca negra que les cubre parte de la cabeza. Ver *Glosario*.

15 En *quechua*, «Si yo fuera una *vizcacha* / me pararía en un cerro / y ya en la cima del cerro / bailaría con el viento». Copla de un *wayñu* tradicional.

16 Término *quechua*, traducido como «hecho a mano», con el que se designan

piera tocarlo, pues! Enamorar podría otra vez a mi *warmita*, a mi mujercita, cantarle podría versos bien bonitos, nomás.

Pero no, no tengo... Y como la *vizcacha* del viejo *wayñu*, sólo puedo bailar con los vientos, al igual que los pocos aguiluchos que me miran desde un cielo siempre despoblado de nubes y apuntalado por los bordes de los peñascos montañosos.

Allá, en las cimas de esos peñascos, se dibujan los altivos *pukara*, las fortalezas de piedra que velaban por la seguridad de todos los pueblos. Las plantas espinosas son hoy sus únicas moradoras. Pero antaño fueron el núcleo de la resistencia *Diaguita*, cuarteles últimos de las grandes batallas, cumbres desde la que volaban flechas ciertas y desde las que se despeñaban cantidades tremendas de rocas y fragmentos de la propia montaña, como si los mismos espíritus de los cerros quisieran expulsar de sus faldas a los conquistadores.

En esos recintos se concentraban los guerreros *Diaguitas*, aquéllos de largos cabellos negros recogidos en complicados moños y decorados con plumas y placas de cobre. Desde allí, los fuertes arcos tensados por brazos morenos tumbaban cuanto infante se colocara en su mira y en la mortal trayectoria de sus dardos. No importaban ni las cotas de hierro ni los coletes de cuero, ni el plomo de los arcabuces, ni las rodela, ni las espadas. No importaba si los defensores provenían de las aldeas *Upingaschas* o de las rancherías *Anchapas*. Importaba demostrar, sí, que aquella tierra no aceptaría el dominio extranjero. Importaba enseñar quién era el dueño de esos aires ca-

algunos *charangos* campesinos fabricados de manera artesanal. Ver *Glosario*.

lientes y de esos llanos cuarteados por el sol. Importaba defender la vida. Como yo mismo lo hice, un día lejano ya.

Defender la vida. Pero no sólo el aliento que siembra de vahos las mañanas frías, ni el pulso que se acelera con los besos amantes... También las palabras que dan forma a ese aliento, y los sentimientos que dan razón a esos besos.

Defender la vida, sí. Porque es lo único que un hombre realmente posee.



Hoy, esas antiguas culturas y sus predecesoras observan el mundo a través de algunas vasijas y platos hallados en los *antigales* o en los *pueblos viejos*¹⁷, rastros supervivientes de una historia que pocos saben. En esas superficies de barro cocido aún corren *suris* inmortales, y los pumas y jaguares enseñan, inmóviles y eternos, sus garras y colmillos a gentes que ya no los temen ni los respetan y que, con suerte, apenas si los reconocen.

También sobreviven sus nombres, distinguiendo los rincones que pisaron. Y su música. Refugiado entre los restos del pueblo de *Tastil* o entre los menhires alzados en *Tafi*, me adormezco arrullado por algunas de esas canciones centenarias. Los habitantes actuales de estas colinas y de estos valles todavía atesoran los instrumentos y las

17 En el habla popular, sitios en donde se encuentran restos arqueológicos o ruinas. Ver *Glosario*.

formas de cantar tradicionales, admirada herencia de sus ancestros. Aún hacen sonar sus *cajas* de doble cuero, percutidas con varillas *waqtana* y provistas de *chirleras*, cuerdas tensadas contra uno de los parches que vibran y le dan al sonido un zumbido característico. Siguen soplando el *erkencho*, cuerno de vaca con boquilla que gime, ronco, al son de las *cajas*, tum-túm, tum-túm, quejándose como un espíritu de ultratumba. Continúan cantando *vidalas*, coplas viejas acunadas entre esas *waqtanas* y esas *chirleras* en las que destaca el *kenko*: la voz que se eleva de repente en el medio de la melodía y eriza la piel, como un grito que surge de las raíces y no calla jamás.

En esas *vidalas*, quizás sin saberlo, me cantan a mí. Dicen...

Soy sueño, soy sueño,

de nada soy dueño...

Soy dueño, soy dueño

de sueños, de sueños...¹⁸

Conservan también la piel cobriza y los rasgos de sus abuelos, y de los abuelos de sus abuelos, todos «criollos», todos «paisanos», todos *indios*. Mantienen las casas de piedra y adobe, con techos de vigas de *cardón* cubiertos de *paja brava*. Son los apellidados Mamani, Huanco y Condorí que siguen tejiendo en telares en los pueblos de Anfama, Chaquivil y Ancajul, barriendo sus patios con escobas

18 De la vidala «¡Ay, carnaval!», del grupo Los Calchakis.

hechas con olorosas ramitas de *muña-muña* y fabricando quesillos de cabra. Son esos seis millares que cuidan los andenes precarios donde cultivan *choclos* y *ancos*¹⁹ y mantienen limpias las acequias que conducen las aguas desde las cumbres hasta los campos que mueren por una gota.

Este paisaje defendieron los rebeldes, los valientes, los que se encerraron en sus aldeas de piedra, los que presentaron el pecho al acoso extranjero. Rememoro la figura de don Juan Calchaquí, aquel gran jefe *Diaguita*, y la imagen de las ciudades extrañas ardiendo como tizones a su paso. Fueron muchos los que alzaron sus mazas por este suelo que acaricio en la noche, y temibles sus ataques, montados a lomos de potros apenas domados. También vienen a mi memoria los fracasos y los castigos que sufrieron. Y no puedo dejar de pensar en los últimos hombres y mujeres *Quilmes* condenados al destierro, caminando cientos de leguas y muriendo de tristeza allá lejos, en las afueras de aquella capital de los aires buenos, junto a las aguas lodosas de un río desconocido para ellos.

Hoy, sus herederos mantienen con dignidad un legado secular. Pero la dignidad no alcanza: la pobreza y el hambre los golpean y a nadie parece importarle. Muchos de ellos cortan caña de azúcar por monedas, subsisten precariamente en los pueblos y apenas si sobreviven en las ciudades, donde son postergados, apartados, silenciados... Prefiero partir de estas tierras antes que ver todo lo que cualquiera puede presenciar a diario en sus calles.

19 Maíces y calabazas. Ver *Glosario*.

Dicen los ancianos que los últimos guerreros *indios*, al saberse vencidos, se convirtieron en *cardones* para no ser arrancados de su suelo, para no sufrir la amargura del olvido y la humillación. Yéndome, siento a mis espaldas de viento la inmóvil y espinosa despedida de los puños crispados de cientos de *Quilmes*, *Calchaquíes*, *Tolombones*, *Andalgalás* y *Pacciocas*, brazos verdes levantados al cielo en un eterno e impotente grito de venganza que enmudeció en sus gargantas antes de nacer.

Y pienso que quizás fue mejor que aquellos valientes se convirtieran en plantas erizadas de púas. Tal vez se ahorraron el dolor de contemplar el resultado de una derrota que, siglos después, todavía sigue pesando.

Tanda

capítulo 4

Hacia el naciente de los Valles Calchaquíes comienza un universo de formas ásperas y secas, un mundo sofocante henchido de sombras y de sonidos que desconozco. Me desdibujó entre ramas de *sacha-pera* y miel de *lechiguana*, cruzando los algarrobales de un territorio que hoy llaman «Santiago del Estero». Sigo la huella sinuosa que las enormes víboras *lampalagua* trazan en el polvo del suelo, mientras el aire del que estoy hecho se impregna del aroma dulzón de las florcillas amarillas del *chañar* y del olor de la madera de los *breas*, a los que un sol sin piedad hace llorar lágrimas espesas de resina parda.

Siento que estoy en una tierra de leyendas vivas, rodeado de espíritus como yo, condenados a merodear por el bosque, atrapados entre el cielo y el suelo por antiguas culpas que nunca expiaron. Sobre la copa de un narcótico y frondoso *cebil* vislumbro fugazmente al *Kakuy*, alma errante convertida en pájaro que aún llama a su hermano —al grito de «*turay!*»— para que la ayude a descender de aquel gran árbol y le perdone sus malas acciones. Más allá el que chilla es el *Crespín*, el mal hijo que dejó morir a su madre enferma mientras



bailaba en una fiesta, y que pena su desinterés vagando de rama en rama, cubierto de plumas. Por las noches, los senderos apartados son los dominios de la *Umita*, una cabeza de enmarañados cabellos desprovista de cuerpo que rueda y rueda, llorando, gimiendo y buscando a alguien que se anime a terminar con su tormento. Pero es inútil, pues si alguno oyera sus palabras quedaría sin habla para siempre.

Estos campos soleados, vestidos de *jumes* y *tuneras*, fueron antaño los lugares donde habitaron los *Matarás*, los *Lules*, los *Vilelas* y los *Tonocotés*, a los que el extraño llamó simplemente *Juríes*. Sus numerosas parcialidades, sus pueblos y sus gentes cubrían esta gran extensión de terreno llano, apenas ondulada por algunas serranías. Los *Tonocotés* aprendieron, con sus vecinos andinos, a cultivar la tierra, a esperar la cosecha de la gran madre, a reproducir la vida con sus propias manos, a trabajar el suelo, a llenarse del olor fresco de la simiente nueva como yo mismo lo hice alguna vez. Por su parte, los *Lules* y los *Vilelas*, gentes vagabundas y guerreras, seguían los rumbos de las estrellas buscando abatir algo de caza o recoger los frutos silvestres que aún protege el *Sachayuq*, el Señor del bosque.

Cuando el extraño llegó, los dueños del monte apenas si opusieron resistencia. Los grupos nómadas, amantes de la libertad, se alejaron de la amenaza y se internaron en el universo infinito e intrincado del *Gran Chaco Gualamba*, el impenetrable bosque del noreste. Antes de partir dejaron, como advertencia imborrable, las estelas de un millar de flechas envenenadas que finalizaron sus trayectorias bajo el peto o el jubón de algún orgulloso conquistador. Ocultos en un laberinto de riachos desbordados y de gruñidos sordos, continuaron tejiendo azarosamente sus caminos. Pero el tiempo los condujo a

enfrentarse con el plomo y la pólvora poco después, y no pudieron ni supieron escapar a un destino que parecía inevitable.

Los grupos sedentarios fueron sometidos a *encomiendas*, instituciones de servidumbre y esclavitud, y desaparecieron de la faz de estas tierras sin dejar ni siquiera el rastro de su lengua o de sus cantos y ritmos. Recorro sus antiguos hogares, sus campos antaño arados, sus arroyos, pero no encuentro de ellos el menor vestigio que me permita saber cómo fueron, qué hicieron, qué quisieron, cómo amaron, cómo odiaron o cómo imaginaron su futuro. Aunque, de algún modo, estoy seguro de que nunca soñaron esto que hoy tengo ante la corriente de mis ojos.



La soledad me inunda en el medio de las inacabables arboledas que cubren el rostro de estos parajes. Aunque en realidad no estoy solo... Hormigas *shishis* y *wahalus* traspasan mis pies invisibles, formando infinitas y calladas columnas, porteadoras de hojas de *palan-palan* y de pequeñas ramitas de *suncho*. Los senderos aéreos de las peligrosas avispas *wala-puka* me atraviesan, y los abejorros detienen sus viajes un momento, flotando apenas en el medio de mi pecho de brisa y llenándolo de un zumbido que me hace recordar cómo se siente el estar vivo. Las abejas *yanas* se dedican a almacenar miel en rincones recónditos, quizás en los huecos de un tocón podrido de *sapallo-kaspi* o en las ramas de un lozano *simbol*. Persigo el errante movimiento de las mariposas, que me conducen hasta los arenales resecos, alfombrados por las púas inflexibles de *kichkaloros* y *kimi-*

les. Sobre las lajas, las iguanas *qaraypukas* insolan sus cueros escamosos, mientras las lagartijas se esconden rápidamente en las oquedades del pedregal, quizás asustadas por el ruido sutil que provoca mi paso, que no es más que un murmullo imperceptible.

Pero no toda esta tierra es seca, arenosa, salada y feraz. No hay sólo cueros ásperos y espinas cortantes. Los bañados, lagunas y ríachos —los parajes al cuidado de la *Mayup Maman*, la Madre del río— jalonan los antiguos horizontes *Juríes*. El graznido de las *ñu-ñumas* y las siluetas rosadas de los *yulus* —flamencos cada vez más escasos— me atraen a los humedales, poblados de patos y de voraces cormoranes *biguá*. Hay miles de aves: *witis* y *utkishikis* me observan curiosos, y un *chajá* grita alarmado por mi presencia, mientras me pregunto cómo hacen para verme si no soy más que un soplo que siempre se pierde, siempre, siempre... Flotando entre los juncos y las cañas como una libélula, me enredo entre las telas traicioneras de las *kushi-kushi* y agradezco que ya los *chunkakus*²⁰ no puedan adherirse a mi piel translúcida. Mecido por el croar de los *rokoks*, me recuesto en un atardecer que incendia sin fuego todo un mundo colmado de vida, de olores, de sabores, de texturas a flor de tierra. Pronto llegará la noche, iluminada por el tintineo de los *tuku-tuku*²¹, rota su calma por el ulular de los *arakukus* y por el canto de los grillos. En esas oscuridades saldrán a relucir los fuegos fatuos del *Alma Mula*, los rugidos del *Runa-Uturunku* u «hombre-tigre» y las habilidades perversas del *Supay*, almas sombrías que siempre causaron temor y recelo.

20 Sanguijuelas. Ver *Glosario*.

21 Luciérnagas. Ver *Glosario*.

Al otro día, en un amanecer tibio, los *ikanchos* despiertan el monte con sus trinos, bajo las copas de *talas*, *tuskas*, *mistoles* y *pakarás*. En el cielo se dibujan los perfiles alados de los *qaranchus*, sombras cazadoras que vigilan desde el aire.

Transito los cansinos caminos de estas comarcas, sendas que me recuerdan la trocha a casa desde mis campos, el diario retorno a los brazos amantes y al bullicio de mi niña. Mis hermanos de piel cobriza se han marchado para siempre de aquí. Sin embargo, los territorios meridionales de esta región, atrapados entre el *Mishki Mayu* y el *Kachi Mayu* —los ríos Dulce y Salado— aún son el último reducto de una lengua milenaria: mi propia lengua, el *runasimi*, que allí llaman «*quichua*». Algunos dicen que mi idioma fue traído a estas tierras por los guerreros del *Tawantinsuyu*; otros, que vino de la mano de los extraños blancos, que pretendieron enseñar las palabras de su libro santo en *quechua*. Fuese como fuese, centenares de campesinos llenan hoy su boca con el sabor agreste de las viejas palabras, tan rítmicas, tan sonoras. «*Imayna purinki?*» preguntan al saludar... y la respuesta es siempre un animoso «*Ancha sumaq!*». En sus labios —que nunca olvidan la palabra «amigo»— se hilvanan los antiguos cuentos del zorro y el puma, las coplas cantadas y los acertijos infantiles. Han bautizado todo el universo que los rodea con nombres *quichuas*. El valor de su memoria y el culto a sus tradiciones me demuestran que no todo está perdido. Pues, como ellos mismos dicen, *ñuqaykuyna qaré tiyaptenqa, kichwayku manami chinchankachu*.²²



22 En *quechua*, «Mientras haya hombres como nosotros, nuestro *quichua* no se perderá».

Por Añatuya me detengo para contemplar el delicioso ir y venir de manos femeninas, ésas que aún barren con escobas hechas de *pi-chanilla* y preparan las comidas tradicionales con la dulce vaina del algarrobo y de otros frutos del monte.

Añañaw! ¡Cuántos recuerdos difusos me inundan, memorias mezcladas de aromas crujientes, tactos dulzones y sabores dorados...! Me llegan, desde un pasado muy lejano ya, los olores del *rugru* que a veces cocinaba mi madre cuando yo era muchacho, o de los guisos de *kinuwa*, del *mut'i*²³ de maíz o de algún *quy* asado que preparaba mi mujer. Me acuerdo de mis dedos rebañando el cuenco de arcilla en el que comía, de mis labios sorbiendo los últimos restos de caldo, del ruido que hacían mis tripas cuando volvía a casa hambriento...

Quisiera hartarme de *patay* y *bolanchao*, de *añapa* y *chipaku*, o quizás emborracharme con *aloja*. Pero ninguna de esas delicias puedo probar, y debo conformarme con presenciar un hermoso espectáculo: las caritas de los más pequeños, de los *changuitos*, deleitándose con los manjares que yo sólo soy capaz de adivinar. Tarareo aquella copla que decía...

Santiago del Estero
es un chango moreno
con música en los ojos
y un corazón coplero.²⁴

23 Plato hecho de habas o maíz. Ver *Glosario*.

24 Estribillo de la *chacarera* doble «Santiago, chango moreno» de P. R. Trullen-

...y de repente mi mente se nubla con las imágenes de los campesinos santiagueños asesinados impunemente, las tierras robadas por los terratenientes poderosos, los saqueos a la naturaleza que no cesan, y los niños —ésos de cara morena y ojos copleros— vendiendo tortugas, cueros de serpiente y troncos de *cardón* seco en las salinas, entre los pueblos de Ojo de Agua y Loreto. Y mi idioma amenazado que resiste milagrosamente vivo. Y tantos promesantes sin rostro y sin voz, llevando auestas sus alforjas de penas en las peregrinaciones al *Señor de Mailín*...

Me pregunto aún cómo puede haber tanta alegría y tantas ganas de vivir entre tanto dolor y tanta miseria cotidiana.

Es entonces cuando evoco otros horizontes ya visitados y entiendo que, si bien hacharon y quemaron nuestras ramas, nunca mataron nuestras raíces. Y que el saberlas vivas permite a mis hermanos, a toda esta gente, seguir luchando. Seguir susurrándole confidencias a ese duende que llaman *Taniku*. Y seguir alzando la mirada día a día a pesar de todo, a pesar de todos, a pesar de lo que se haga y, especialmente, a pesar de lo que nunca se hará.

Entre *empanadas de charque*²⁵ recién salidas del horno de barro, bajo el algarrobo añoso que sombrea un patio de tierra en la villa de Salavina, algunos hombres comienzan a *musiquear*. Quizás alguna pareja baile y el mozo zapatee gallardamente, levantando polvo. Al emprender mi camino hacia el norte, hacia el *Chaco salteño*, escucho como un eco vibrante, medidas por el quejido rasposo de un

que y Cuti Carabajal.

25 Cecina. Ver *Glosario*.

par de viejos violines, las primeras estrofas de una *chacarera*, ritmo mestizo que canta el amor de esta gente por el lugar en donde nació: «*Santiagomanta llusispa, tukuy ñanta waqarani*». «Cuando salí de Santiago, todo el camino lloré». Un enorme *bombo* de ceiba blanca acompaña la canción golpeando como un latido, del mismo modo que lo haría mi corazón desbocado si aún lo tuviera. Ese sonido es el impulso que mantiene con vida, luchando y sonriendo, cantando y bailando maravillosamente, a miles de hombres y mujeres cuyo destino, suerte y fortuna no parecen importar a nadie.

Como decía la *chacarera*, saliendo de Santiago hacia las tierras húmedas del norte mis ojos llovieron melancolías. En el monte que dejo a mis espaldas, entre ramas de *churki* y *quebracho* y silbos de *qechalitas*, los viejos fantasmas de la tierra —el *Alma Mula*, el *Sachayuq*, la *Mayup Maman*, el *Crespín*, la *Umita*— me despiden tímidamente, bañados en la luz de una luna creciente.

Phishga capitulo 5

... Roikokue ...²⁶

Al este de Yariguarenda y Yacuy, en esa tierra que se extiende entre los valles cálidos que llaman *yungas* y el bosque del gran *Chaco salteño*, comienzo a oír voces que vienen de ninguna parte, susurros huecos que quedaron atrapados en la espesura y siguen rebotando entre sus vástagos como ecos incansables.

... Yaputuu ...

... Royowiraha ...²⁷

26 En *ava-ñe'é*, «Hemos vivido, ya no vivimos».

27 En *ava-ñe'é*, «Descansemos» y «Nos marchamos».

Es una variante del *avá-ñe'é*, esa lengua que los extraños llamaron «*guaraní*». Apenas si logro escucharla.

... *Che mãra* ...²⁸

Suena muy nasal, muy vibrante, melódica, cadenciosa... muy distinta de los sonidos a los que yo estoy acostumbrado, más guturales y rítmicos.

... *Rekãñĩ* ...²⁹

Es curioso: sé lo que están diciendo, pero no recuerdo cuando aprendí... o cómo... o con quién...

... *Pêïro* ...

... *Pende pendeapu* ...³⁰

Me mareo. El calor y todos estos zumbidos que reverberan y que no sé de dónde provienen consiguen que me extravié, que confunda

28 En *ava-ñe'é*, «Tengo vergüenza».

29 En *ava-ñe'é*, «Desapareciste».

30 En *ava-ñe'é*, «Perdonad» y «Sois mentirosos».

el norte y el sur. No hay montañas aquí, no hay horizontes que me orienten: sólo una maraña que apenas deja pasar la luz del sol y que me envuelve, tan asfixiante como estas palabras que siguen murmurando reproches eternos o advertencias infinitas.

... *Añawe oga pekuaye perêtape* ...

... *Rerawãe-ra ne-rêtape hokua uwĩ* ...³¹

Tengo miedo de los troncos, de las raíces, de ese verde oscuro y húmedo que quiere tocarme. Y huyo. Me perforan ramas de *peterebi* y espinas de *ñuati kuruzu*, insectos y flores de *paraparai*. No sé hacia dónde escapar. Estoy perdido, asustado, confundido... ¡Es todo tan distinto de mis montañas, de mis valles!

Detengo mi carrera a orillas de un bañado, quizás más allá del pueblo de Zanja Honda, y allí los veo. Flotando sobre las aguas.

Son decenas de *anga*, tal vez cientos, almas tan perdidas como yo, tan invisibles, tan doloridas... Son *Ava*, los dueños de estas tierras, gentes belicosas que un día llegaron aquí procedentes del oriente. Se establecieron y sometieron por la fuerza de sus armas a pueblos locales como los *Chané*, a quienes comenzaron a llamar «*tapĩ-i*». «Esclavos». Pues en eso los convirtieron.

31 En *ava-ñe'é*, «Ahora ¡idos todos a vuestras casas!» y «Estas flechas que debes llevar a tu pueblo...».

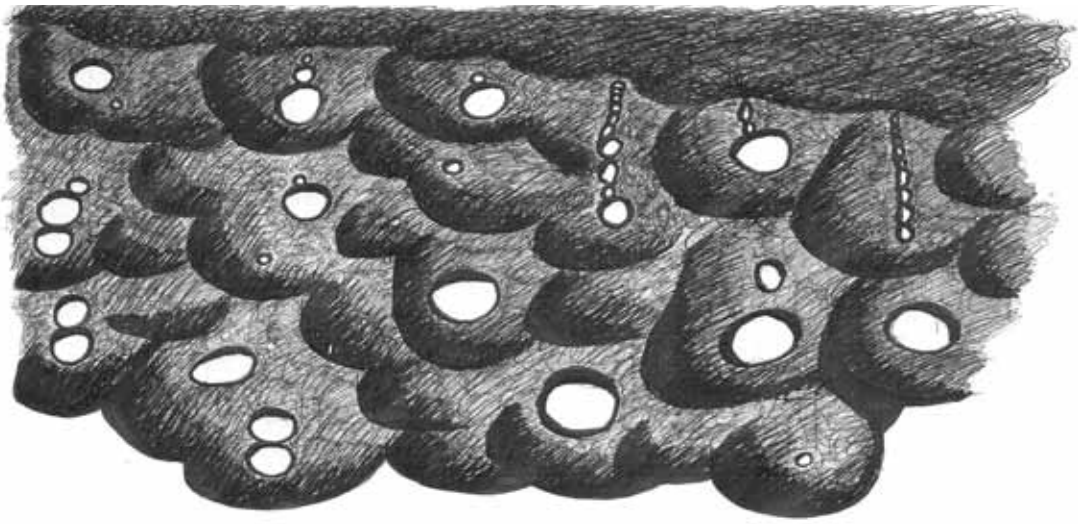
Irguiéndose mágicamente sobre la laguna, los espíritus de los antiguos guerreros *Ava* danzan con las caras pintadas de *urucu*, semidesnudos, los cabellos revueltos y los labios atravesados por esos adornos de madera que llamaron *tembetas*. Danzan, sólo danzan, extendiendo los brazos como garzas. Sin embargo, mi impalpable piel se eriza toda al recordar la fama sanguinaria que se ganaron en los tiempos de antaño, cuando mis abuelos eran niños, derrotando a los imbatibles ejércitos imperiales del gran *Inca* del *Qusqu*³² y arrasando sus guarniciones fronterizas. Los sobrevivientes de esas batallas contaban cómo aquellas bestias de la selva se alzaban con las cabezas de los vencidos como trofeo, cómo se llevaban prisioneros para devorarlos ritualmente en sus *malokas*, cómo los tiros certeros de las hondas *warak'a* no conseguían darles alcance y cómo ningún escudo *wallkanka* podía detener el impresionante impacto de sus flechas. Eran como espectros feroces surgidos de ese infierno verde que dejé atrás, temidos y temibles, demonios de cuentos y leyendas, enemigos invencibles y perpetuos.

Siendo sólo un niño, *wawa* de cinco o seis años, mi padre me hablaba de ellos para asustarme, como antes lo había hecho con él mi propio abuelo.

«*Chunchukuna*», los llamaba. «Los salvajes».

Jamás fueron sojuzgados por las tropas del *Tawantinsuyu*: su furia sólo pudo ser contenida de manera provisoria, lográndose una calma vigilante y alerta, siempre temerosa de sus largos dardos de guerra. El miedo que provocaron los *Ava* en mi gente hizo que se ganaran

32 Términos originales *quechuas* para «Inca» y «Cuzco», señor y capital del *Tawantinsuyu* o «Imperio Inca». Ver *Glosario*.



un epíteto, un calificativo con el cual fueron designados y recordados como pueblo: *chiriwanu*³³, palabra denigrante que, al burlarse de ellos, intentaba exorcizar el terror que provocaba su bravura.

Suspendidos cerca mío a orillas del bañado, entre juncos *isipo moroti*, un puñado de ancianos *Ava* de transparente blancura musita palabras entrecortadas, con la mirada perdida en algún punto de la laguna, o del cielo, o del baile de los guerreros...

49

... *Kwarasĩ koêtama* ...

... *Okĩ... Opa iwira hokiye* ...³⁴

Sí. Llueve. Un diluvio de gruesas gotas se abate sobre todos nosotros y el universo esmeralda que nos rodea comienza a temblar,

33 En *quechua*, «estiércol helado». Para conocer el origen de la expresión, ver *Glosario*.

34 En *ava-ñe'ê*, «El sol ya habrá salido» y «Llueve... Todos los árboles vuelven a tener hojas».

a estremecerse, a repiquetear, a empaparse. Se espantan las garzas *kuarahi-mimbi* y los rugosos sapos *kururu*. Llueve. Quizás por encima de los nubarrones el sol ya haya salido. Quizás los árboles vuelvan a tener hojas. Tal vez sus hojas luzcan más limpias. Puede que los *tayi pita* y los grandes *ñandubai* florezcan. Pero, por mucha lluvia que caiga, nada conseguirá borrar esas memorias que aún siguen girando allí, meciéndose sobre las aguas del bañado, difuminadas por la cortina gris que cuelga de las nubes. Continuarán celebrando su ardor guerrero, su fama indómita, su orgullo tenaz de amos de la tierra, su fiera belicosidad, sus largos arcos y ese valor que proclamaban cada noche al bailar en torno a un fuego que sólo existe en sus recuerdos.



Los extraños tardaron en llegar a estos territorios. El bosque del *Chaco* se había convertido en una fortaleza vegetal inexpugnable con fosos tan anchos como ríos. Allí moraban los *Ava*, en ese tiempo feliz en el que un jaguar de cuatro ojos devoraba la luna durante los eclipses y en el que los brujos *imbaekwa* todavía soplaban sus silbatos *añachi* como cerbatanas, disparando hechizos malditos.

Las expediciones de los soldados pálidos y barbados se extraviaban en una espesura plagada de insectos y sombras, y terminaban devoradas por las enfermedades y el calor. O envenenadas por la mordedura de alguna serpiente *kírîrho*. O desgastadas por los continuos ataques sorpresivos de los *Ava*. Las tropas invasoras quemaban los escasos poblados que lograban hallar, emponzoñaban las aguas,

incineraban cosechas y almacenes, pero los *Ava* se desvanecían en la selva y jamás se les podía dar alcance. Día a día, sus flechas asomaban entre las palmeras *pindo* y *mbokaya* para devolver los golpes recibidos, abatiendo centenares de adversarios. A esas alturas, muchos blancos prefirieron comerciar con ellos, proporcionándoles armas de fuego a cambio de esclavos de otros pueblos, siervos que irían a dejar sus pulmones y sus vidas en las entrañas del famoso *Cerro Rico* de la villa andina de Potosí. Pues los ataques diarios de los *Ava* no se dirigían sólo hacia las fronteras con el extraño, sino también hacia sus vecinos de estirpe y lengua *guaykurú* o *arawak*. Sus cautivos, por ende, eran numerosos, y estaban condenados a acabar en el fondo de alguna mina, buscando plata que saciara la codicia de los colonos.

Pronto aprendieron a usar las *mboka*, las armas alimentadas con pólvora. Y también a montar a caballo. Fueron entonces doblemente peligrosos. Se movían con una velocidad imprevista, sus recursos eran ilimitados en la selva y el monte, sus siervos trabajaban para ellos o eran vendidos, y su territorio era tan difícil de atravesar como desconocido para sus enemigos. No se les podía capturar: aún en el caso de ser cercados, preferían darse muerte antes que verse prisioneros. A lo largo de los siglos vencieron y rechazaron, uno tras otro, a los ejércitos enviados por los gobernantes extranjeros de las tierras altas. El último intento de esas tropas finalizó en pleno río *Pillku-mayu*, veinte años después de la muerte de *Tupaq Amaru*, ante dos millares de guerreros *Ava* dispuestos a resistir el embate a cualquier precio. Las aguas bermejas de aquel cauce se llevaron corriente abajo los cadáveres de cientos de soldados, con sus rostros más blancos que nunca, abrazados tétricamente por esas plantas flotantes que llamaban *aguape*.

Desde aquel momento nadie se atrevió a entrar en estas regiones, que permanecieron ignotas por décadas, únicamente cruzadas por las *kuriyu* y los *yaguarete*³⁵. Sólo algunos monjes de hábito oscuro, portadores de libros y cruces, se internaron en el monte sorteando los troncos de los *aguaribai* y de los *taruma*, buscando apaciguar el instinto guerrero de mis temidos hermanos. Pero no tuvieron éxito. Posteriormente, los viajeros de allende los mares —los pocos que pudieron llegar a sus aldeas y volver para contarlos— dibujaron sus poblados y sus arrogantes figuras, y narraron sus costumbres, deformándolas y difamándolas. Durante bastante tiempo, y a pesar de los cambios que los rodeaban, los *Ava* siguieron allí, junto a sus siervos *Chané*, viviendo la vida que siempre habían vivido y no la que contaron los exploradores en sus relatos.

Mucho más tarde penetrarían en las regiones *Ava* unos hábitos distintos y, esa vez sí, fundarían algunas misiones. Para ese entonces ya la civilización condenaba a mis hermanos al hambre y al desarraigo, y limitaba lentamente sus territorios. Sus tierras fueron robadas casi imperceptiblemente, sus recursos comenzaron a escasear y ellos, antaño conquistadores, tuvieron que resignar su orgullo y subsistir dentro de un universo que ya les era ajeno.

Fueron testigos del derrumbe, ante las máquinas de nuevos invasores, de los antiguos árboles que protegieron sus correrías. Presenciaron cómo los ríos dejaron de fluir libres, cómo se ensuciaban, cómo peces como los *paku*, los *mandure* y los *pati* desaparecían de sus aguas antes llenas de vida. Advirtieron que los animales huían a lo más profundo del monte. Dejaron de ver las piaras de *tayazu*,

35 Una especie de boa y un felino de porte mediano. Ver *Glosario*.

el vuelo de los *maka*, la sombra crepuscular del murciélago *mbopi*. Pronto se encontraron envueltos en una guerra que ellos no habían declarado y que, aún siendo ajena, terminó acorralándolos en un infierno de balas y carestía³⁶. Luego fueron echados de sus hogares y debieron trabajar para el extraño en sus cultivos, en sus fábricas, en sus casas. Su fiereza dejó de ser respetada. Su piel, su lengua, sus costumbres y sus creencias se volvieron reprobables, un estigma de vergüenza. Finalmente los tocó la pobreza, con esos dedos delgados y afilados que, como los de la muerte, nunca avisan de su llegada.

Se rebelaron una y otra vez. Asumieron una resistencia increíble. Repudiaron con odio todo aquello que viniera de manos del extraño.

Pero no fue suficiente.



Cuando en el monte florece el *taperigua*, los últimos *Ava* todavía inician la celebración del *Arete Avati*, la «verdadera fiesta», que dura hasta que esas flores se marchitan y caen. Es el tiempo en que las cosechas de maíz están en su punto y las tinajas de *kãwi*, esa *chicha* preparada por manos femeninas, están listas para ser vaciadas. Entonces los hombres hacen resonar los tambores que convocan a vivos y muertos para un reencuentro esperado todo el año. Los pali-llos baten los parches de los *anguaguasu* y *angamini*, mientras las

36 La Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay (ver notas históricas en *Glosario*).

flautas *temimbĩ puku* o *temimbĩ ie piasa* gorjean notas y más notas. Quizás suenen también los tambores *michirai* para acompañar el murmullo de las gigantescas *temimbĩ guasu*, construidas para atraer a las mujeres. O tal vez trinen los *pinguyos*...

Antaño gemían las trompetas *wakar'hanti*, convocando a la fiesta que los extraños —los *karai*— asociaron deliberadamente al «carnaval». Pero esas trompetas se oyen cada vez menos. Aun así, cada año el *purumangau-mbae*, el jefe de la fiesta, vuelve a inaugurar la celebración y a dar gracias al Señor de la lluvia por la cosecha. Cada año vuelve a ofrendarse, a convidarse y a compartirse todo, absolutamente todo, desde la bebida a la música, desde el placer de los cuerpos a la danza. Vuelven a bailar las *aña-aña*, cientos de máscaras talladas y pintadas sobre madera del árbol *samo-u*, tras las cuales los hombres ocultan su piel cobriza y su memoria rota. Liberan con ellas a *Aña*, el espíritu oscuro encerrado por *Tumpa*, el luminoso, dentro de la panza abultada del *samo-u* desde el inicio de los tiempos. Festejan los veinticinco mil sobrevivientes *Ava* y *Chané* en el *Chaco salteño* o en las riberas del Parapetí, mucho más al norte, entre sonrisas, rondas y convites de bebidas fuertes. Al calor de las hogueras se narran las viejas andanzas de los héroes míticos o la historia de la Creación. O las leyendas que explican cómo los colibríes *mainumbi* llevan las almas de los muertos al cielo, o el porqué del llanto del ave *karau*, o cómo el sapo *kururu* salvó el fuego durante el Diluvio conservándolo dentro de su boca. Al amparo de la noche nacen el amor y los besos, y alguna boca pronunciará un esperanzado «*che koe ndeve wara... nde rehâihu baera wie...*».³⁷

37 En *ava-ñe'ê*, «Yo soy para ti... con tal que tú pudieras amar...».

Antes de que finalice el *Arete*, mis hermanos *Ava* representarán la danza del jaguar y el toro. En ella el gran gato manchado vencerá, una vez más, a la bestia que llegó desde el otro lado del mar. Es la batalla entre el animal de la tierra y el extranjero y, al mismo tiempo, la celebración de una victoria que fue real, pues los bravos hijos del monte jamás se rindieron ante las tropas invasoras. Si la derrota a la larga llegó fue debido a motivos más sutiles, más ocultos, amenazas que los guerreros *Ava* no supieron ver.

Cuando callan los tambores y se termina la fiesta, las máscaras *aña-aña* se entierran o se ahogan en el río, marchitándose como las flores del *taperigua*. Aunque muchos las venden para obtener un poco de dinero que les permita mantenerse hasta que salga otro trabajo, hasta que algún patrón los esclavice nuevamente, hasta que algo ocurra. Pero probablemente poco logren. Las escuelas los olvidan, los gobiernos les roban lo poco que tienen, las compañías extranjeras saquean su universo, los misioneros los presionan para que nieguen su cultura, las leyes los excluyen... Y las flechas de madera aguzada al fuego ya no están más en las manos, ni el valeroso arrojo de ayer se refleja en los rostros actuales.

A pesar de todo, al pasear por sus aldeas puedo advertir que siguen cultivando parcelas con mandioca, maíz y calabazas, y que la fibra de *karanday* es trenzada aún por los hombres mientras la madera es tallada y la arcilla bellamente horneada por las mujeres. Observo cómo los hechiceros *ipaye* curan todavía con hierbas y rezos, y cómo los niños se tienden en hamacas recordando los antiguos *juegos de hilos* y dedos, y cómo los morteros de madera continúan moliendo el contenido que conservan los graneros elevados sobre postes.

Los *Ava* aún sueñan con el *iwoka*, la Tierra sin Mal, ese lugar idílico en el que no existe el hambre, ni el frío, ni el miedo; esa tierra que han buscado por siglos, vagando de aquí para allá, y que creyeron encontrar, hace mucho tiempo, en las soledades del *Chaco*.

Tal vez mañana reemprendan su marcha y su búsqueda. Entre tanto, y a pesar de los reveses y la miseria, ellos siguen teniendo presente su pasado. Y sus ancestros continúan danzando sobre los bañados, en el medio de los montes, proclamando su valor, mientras los *mainumbi* de colores los esperan pacientemente para poder llevarlos al cielo algún día, cuando por fin decidan marcharse.

Me voy aguas abajo por el *Pillkumayu*, navegando sobre su lomo barroso en los restos del que fuera un soberbio árbol *timbo*. Y escucho nuevamente los ecos de las voces *Ava*, sutiles suspiros que se confunden con el rumor del río.

... *Boi peve* ...

... *To ho porâ ndeve* ...³⁸

38 En *ava-ñe'é*, «Hasta pronto» y «Que te vaya bien».

Sigta

capítulo 6

Estaba allí, solo en una de las márgenes del *Pillkumayu*. En cuanto divisé su campamento desde mi improvisada canoa de *timbó* me acerqué a la orilla. Supe que era un hombre del pueblo *Yojfwaja* cuando vi sus redes triangulares de pesca secándose bajo los rayos de un sol cansado que ya se iba a dormir.

57

Me saludó cortésmente, como saludamos todos los hijos de esta tierra, siempre respetuosos, siempre amigables con el desconocido cuando llega en paz a nuestras puertas. Y para mi asombro, comprendí sus palabras. Comprendí también que ese pescador que preparaba un fuego chamuscando leños de *'nokiki?* era otro espíritu como yo, un poblador más de los vientos y las brisas. Y me di cuenta de que él aún creía estar vivo. Quizás nunca aceptó que su mundo ya no era éste y no quiso marcharse. Tal vez quedó atrapado en los mismos repliegues del tiempo y de la memoria que me apresaron a mí, entre capas de melancolía y tristeza. O puede que, por algún motivo inescrutable, decidiera quedarse y construir una realidad a su medida. Ficticia, pero a su medida.

— *'Tepe' o' o' xjofwe...*³⁹ — preguntó, mientras movía las ramas de una hoguera que se negaba a parir llamas.

Le respondí. No recuerdo en dónde aprendí tantas lenguas. Lo único que sé es que las entiendo.

— *'Tepijo laa' kjemla... 'Tepa' jiji papo' ales...*⁴⁰

Si pretendía hacerme daño, lo logró. Si no lo pretendía, eligió las palabras menos adecuadas para iniciar una conversación o para mostrar su interés por mí. Mis ojos se llenaron de lágrimas y él lo notó. Su cara se arrugó en mil surcos infinitos arados por los años. A media voz, quiso saber si tenía mujer e hijos.

Negué con la cabeza en un gesto mudo, mientras mi rostro se bañaba en agua salada y mi corazón de aire se estrujaba recordando los juegos infantiles en mi valle natal, las manos de mi *ñusta*⁴¹ alrededor de mi cuello, el aroma de los cabellos de mi esposa... *Inti... Inti...* ¿Por qué permitiste que ellas se fueran? ¿Por qué me dejaste aquí tan solo?

El pescador mantuvo un silencio solidario y luego desvió la conversación —esas charlas nuestras, tan llenas de pausas intensas— hacia otros rumbos. Escudriñó el cielo que se cubría de nubarrones espesos.

39 En *yojfwaja*, «¿Cómo te llamas?».

40 En *yojfwaja*, «¿Cómo está tu mujer? ¿Dónde están tus hijos?».

41 En *quechua*, «princesa».

— *'Tej xa 'neki 'pe la...*⁴² — musitó lacónicamente, señalando el horizonte con una vara de *'kjenuk* que le servía de atizador.

No dije nada. En realidad, no me interesaba saber si el cielo se iba a caer encima de nosotros o no. Estaba entristecido. Estaba cansado. Me arrimé al fuego para buscar más calor, o tal vez la protección de la luz contra las sombras que se sacudían dentro de mí. Mis ojos seguían goteando rocío.

— *'Jotinti 'xlap...*⁴³ — preguntó, tras mirarme un rato con detenimiento.

Me sentí muy tonto, muy frágil, muy débil. *Qharikunaqa mana waqankunachu*⁴⁴ resonó la voz de mi padre como un eco. Me encogí de hombros.

— *I'xenawa* — le dije. — *I'tsjemla 'po?ope 'lam 'nakaji 'la?a 'tsemlaje?*... — Tomé un respiro. No hallaba sentido a lo que estaba tratando de explicar. — *I'tsjemla? i'xjo 'poliji, napui'ilis 'nexe. 'Xlamis...*⁴⁵ — Se me quebró la voz. No podía continuar. No podía añadir que estaban muertas. «*Wañusqankuna*» gemía algo dentro de mí, pero mis labios no querían pronunciar esa palabra maldita.

Aquel hombre hundió la barbilla sobre su pecho y suspiró con los ojos entrecerrados, quizás sin entender, o quizás comprendiendo totalmente lo que le estaba diciendo. Me enjugué las lágrimas

42 En *yojfwaja*, «Quizás llueva...».

43 En *yojfwaja*, «¿Por qué lloras?».

44 En *quechua*, «Los hombres no lloran».

45 En *yojfwaja*, «Amigo: tuve mujer pero ahora no tengo». «Mi esposa está en el cielo, mi hija también. Ellas...».

y miré hacia las redes tendidas a orillas del río, difusas ya por una oscuridad que lo invadía todo. El pescador me observó, y luego él también clavó la mirada en aquellas sombras, perdido en sus propios pensamientos.

— *A'woxonkije tia'wo?o...*⁴⁶ — comentó, tal vez por decir algo, mientras señalaba sus aparejos con un leve movimiento del mentón. Asentí. Yo también amaba algo. Adoraba labrar la tierra. Era gracioso: aquellas mallas tejidas no eran más reales que nosotros dos. Pero ambos las veíamos. Y a él lo hacían feliz, le iluminaban el rostro con ilusiones nuevas, lo mantenían vinculado a una vida que no quería abandonar. Lo envidié. Yo ya no tenía una *taqla*⁴⁷, ni tierras en donde hundirla. Mi vínculo a esta especie de «vida» era bien distinto.

Permanecimos en silencio por un largo rato viendo cómo el fuego se alimentaba de astillas y ramas. Finalmente, el hombre se levantó y me entregó la varilla de *'kjenuk* con la que atizaba las ascuas.

— *Xa'xjo i'wite?...*⁴⁸ — fue su despedida.

«*Aywa, wauqi*»⁴⁹ respondí. Allí quedé, junto a los retazos de unas llamas moribundas, mientras el otro se ocultaba en la penumbra del monte. Me pregunté si su casa sería tan irreal como lo eran esas brasas que ahora removía yo mismo y esas herramientas de pesca que se desvanecían en la negrura. Supuse que sí. Y, nuevamente, lo envidié. Lo envidié por seguir soñándolas al cabo de tantas lunas. Lo envidié

46 En *yojfwaja*, «Me gusta pescar...».

47 Apero de arar la tierra. Ver *Glosario*.

48 En *yojfwaja*, «Me voy a casa».

49 En *quechua*, «Adiós, hermano».

por la belleza y la limpia simplicidad de esa realidad ilusoria que él había querido conservar para sí.

Ya era de noche, una noche que en verdad presagiaba tormenta. Me había vuelto a quedar a solas. Y en esa soledad oscura recordé los *yarawi* con los que arrullaba a mi hija de pequeña para que se durmiera. Y canté. Alcé mi voz en medio de las tierras de esos que los extraños denominaron *Chorotes*. Junto a la selva, junto al río, mis palabras le dijeron a mi niña que, estuviera donde estuviera, yo aún la amaba.

Y la extrañaba infinitamente.

Puñuy, puñuy, wawachay...

Musquy, musquy, t'ikachay...

Sumaq paqarin chaska

*q'aya riqch'aringayki...*⁵⁰



Los *Chorotes* o *Yojfwaja*, los «hijos de la paloma», son gentes nómadas que ayer buscaron abrigo bajo los rollizos troncos de los *'semlak*, monte adentro, y que hoy se tienden a orillas del gran padre

50 Canción de cuna escrita por el autor. En *quechua*, «Duerme, duerme, mi niña-ta. / Sueña, sueña, mi florcita. / El bello lucero del alba / te despertará mañana».

río, entre la silueta de la garza *'fwansitax* y el perfil del caimán *'axlutje*, esperando apresar algo más que ramas flotantes. Por siglos llenaron sus calabazas y sus bolsas de fibra tejida con miel, raíces, *tunas* y cogollos de palmera, y asaltaron las ramas del *fwa'aiyuk*, el *i'sjoxsok* y el *'lesinjuk* a la búsqueda de sus dulces recompensas. Eso ocurría durante el *nahkap*, la estación de maduración de las frutas, cuando se hacían las grandes fiestas en las cuales abundaban las bebidas, se iniciaban los amoríos y se hacían visitas amistosas entre aldeas.

Sus arpones rastrearon peces en el seno de lagunas y riachos ocres, bajo la atenta mirada de las garcillas *'axajis*. Durante el *kilas-hip*, la estación de la siembra, cultivaban el zapallo —que ellos llaman *'oxso*— y los porotos —que ellos dicen *'ofwa*— aprovechando los claros robados al bosque gracias al fuego.

Y además salían a cazar con sus arcos cortos y sus flechas de puntas extrañas, señalando las presas con el sonido agudo del silbato *kaseltaj*. Caían los monos y el armadillo *kix'ljo?o*, el *'wanxlax* —que para mí sigue siendo un *suri*— y alguna que otra corzuela. Los cazadores volvían entonces felices a sus casas circulares de troncos y paja, al calor de sus hogares y de sus lechos de pieles. Sólo algunos *ien* —los hombres adultos— intentaban abatir al gran gato manchado, el *si'ljakajtje*, o al peligrosísimo oso hormiguero *se'olje*, que podía arrancarles un brazo con un solo golpe de sus garras eternamente sucias de tierra y larvas.

Los guerreros *Yojfwaja* eran agresivos. Acostumbraban salir a conseguir cabelleras humanas, de las cuales muchos tenían verdaderas colecciones. Durante las grandes fiestas, borrachos de orgullo y de alcohol, mostraban sus trofeos: el cuero cabelludo de sus enemigos, que en los antiguos tiempos solían ser los *Nivaklé* o los *Wichi*,

pueblos vecinos de hablas y costumbres similares. Frecuentemente atacaban las aldeas contrarias con sus grandes lanzas, con sus flechas y sus macanas. Y celebraban luego su victoria al son del tambor *wusyuk* y los sonajeros *kahus* y *kiasisie*, exhibiendo sus pinturas, sus tobilleras de plumas, sus coletos de cuero duro y rugoso, sus enormes orejeras de madera... Cantaban, gritaban y bailaban hasta caer rendidos al amanecer.

Sus hechiceros, los *aiew*, contaban que los muertos vivían debajo de la tierra y que salían al atardecer porque se movían de noche, haciendo lo mismo que en sus tiempos pasados, cuando estaban vivos. «*Ahots*», los llamaban. «Fantasmas» o «espíritus». También advertían que desde allá arriba los miraba *Aittahtalac*, la mayor y más poderosa de las almas blancas, que moraba en ese grupo de estrellas que a mí siempre me pareció un hato de llamas.⁵¹

Mis hermanos *Yojfwaja* tuvieron poco contacto con el extraño. Adivinaron que sus intenciones en el monte no eran buenas cuando lo vieron talar y matar sin respeto por los Dueños del bosque y de la caza; cuando supieron que asesinaba por poder y por placer; cuando entendieron que explotaba a la gente como a esclavos. Tuvieron noticias de ellos cuando aparecieron en sus territorios para enseñarles creencias leídas de un libro, y, como los *Ava*, cuando se vieron atrapados en el medio de una guerra cuyas razones no comprendían⁵². Muchos tomaron la presencia blanca como un augurio malo y conservaron la costumbre de incinerar las aldeas que habían soportado la visita pálida y mudar sus viviendas de sitio. Si hubo lucha con los

51 Las Pléyades.

52 La Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay. Ver *Glosario*, cap.5.

extraños, nadie la recuerda. Aquéllos que quisieron continuar con sus vidas errantes se perdieron en el monte. Allí siguen. Pidiendo permiso a los espíritus protectores de la pesca y de las frutas para poder comer. Haciendo sonar sus *seli pasat* y sus *wosoki sise*. Y relatando, al calor de las fogatas, las aventuras del pícaro zorro *Woiki*, que suelen terminar en algún divertido desastre.

Los que decidieron incorporarse a la sociedad blanca padecen hoy los mismos males que todos sus hermanos: pobreza, hambre, miseria, enfermedades. Nadie los tiene en cuenta, nadie los considera. Las peores tierras son para ellos, los sitios infectos, las aguas sucias, los trabajos duros, las pagas escasas...

Sentado a orillas del mismo río en el que una tarde navegué y en el que una noche canté a mi hija, escucho los sones tenues de un *alenta ji wole*, especie de arco usado para hacer música. Seguramente un muchacho construye una melodía sencilla para su enamorada, para ésa que le ha robado el aliento. Algún día le cantaré algo a mi esposa, en recuerdo de amaneceres deliciosos en los que iba a espirlarla, apasionado y amante. Mientras floto nuevamente a lo largo de las costas del río *Pillkumayu*, veo a lo lejos las siluetas triangulares de las redes *Yojfwaja*, y pienso en mi amigo el pescador. No dejo de admirar su pasión por la vida —la misma pasión que caracterizó siempre a su pueblo, a pesar de los reveses— y reconozco que me gustaría mucho imitarlo, volver a mis valles y abrir un surco en la tierra otra vez. Como antes. Como siempre.

Y me despido de él y de aquellos aparejos de pesca con palabras que, más que a ellos, me digo a mí mismo.

— 'Tses... Xax'jo i'wite?...⁵³

Quizás algún día esté bien. Quizás otro día vuelva a casa.

53 En *yojfwaja*, «Estoy bien... Me voy a casa».



Ranchos

capítulo 1

En el primer tiempo del mundo todo era oscuridad para los *Nivaklé*. Pura oscuridad era el universo. No se veían las estrellas, ni el sol marcaba el ritmo de los días, ni la luna el de las noches. En ese mundo sin luces vivían los primeros hombres, los primeros *Nivaklé*. Al menos eso dicen ellos: mis abuelos me contaban otra cosa, y he oído cientos de veces a los misioneros pálidos repetir la misma historia de otra manera. Con los años aprendí que todas esas leyendas de creaciones y destrucciones narran un hecho semejante visto desde diferentes ángulos y en diferentes momentos. Pero hay muchos que todavía consideran que la verdad, la auténtica y original, está en sus bocas y en su libro, y que todo lo demás son creencias ridículas, paganas e incivilizadas, o simples cuentos.

Puede que algún día entiendan que al proclamar algo tan absurdo demuestran ser dueños de una ignorancia atroz y de mentes completamente cerradas. Personalmente, sigo prefiriendo las deliciosas historias de mi raza morena a las verdades irrefutables de los extraños.

Pero volviendo al mundo oscuro de los *Nivaklé*, no se sabe cómo hacían aquellos hombres para vivir en semejante penumbra. Ahora

que lo pienso bien, me doy cuenta de que nuestros relatos jamás dieron mucha importancia a los detalles pequeños, así que se entiende que nadie se haya tomado la molestia de responder esa pregunta, o de hacerla siquiera. Lo importante es que ellos se encontraban allí y que la noche lo envolvía todo.

Hasta que de repente se hizo la luz. Para no perder la costumbre, nadie recuerda de dónde vino o quién fue el responsable de tamaño invento. Simplemente surgió. Se presentó tímidamente —algunos rayitos de amanecer primero, dulces y anaranjados— para desplegarse luego con toda su belleza y todo su poder.

Y allí estaban los *Nivaklé*, asombrados en medio de aquellos ríos y árboles que hasta entonces sólo habían intuido por su tacto y sus sonidos. Estaban deslumbrados, alucinados, cegados por tanta claridad, confundidos, perdidos entre las miles de formas que ahora se delineaban perfectamente ante sus ojos.

Cuando terminaron de descubrir el nuevo mundo que los rodeaba se miraron entre ellos —o al menos así lo cuentan los ancianos— y uno preguntó «¿de dónde salimos?». Pero ninguno de los otros se ocupó de buscar una explicación. Tras tanto tiempo investigando, sentían un hambre bestial... y esa consternación anulaba cualquier otra preocupación que pudiese surgir en sus cabezas. Supongo que el clamor de sus entrañas los inquietó seriamente y cuando se hizo insoportable los empujó a hincarle el diente a lo primero que se les cruzó por delante. Así fue que comenzaron a masticar cueros de animales, raíces y otras cosas silvestres, nomás.

Eso hacían cuando, según cuentan, apareció un hombre entre ellos, uno que parecía un *Nivaklé* más, aunque nadie lo hubiera visto

hasta entonces. Y por cierto que los demás no se interesaron en averiguar quién era o de dónde venía. Al menos, nadie lo constató. Lo que sí señala el relato es que este hombre los miró con curiosidad y no poco asombro y les preguntó por qué comían así. Este *Nivaklé* era *Fitzököjic*, el héroe de mis hermanos monteses. Mi pueblo tuvo también un personaje similar que nos enseñó todo lo que necesitábamos saber: nosotros lo llamamos *Wiraqhucha*. *Fitzököjic* instó a aquellos salvajes a que dejaran de actuar como animales: para comer había que trabajar, había que sembrar la tierra. Había que hacer *chaqra*, como decía mi gente. Él les indicó cómo quemar el monte, cómo fabricar aperos de madera, cómo cavar, cómo limpiar y hacer surco. Y les dio semillas: zapallo, maíz *nclôôtsich*, mandioca, sandía, melón, porotos y tabaco *lhônach*.

Una vez que sembraron, *Fitzököjic* les dijo así: «cuando ustedes terminen de sembrar, tienen que mirar siempre al cielo para pedirles a los *öxöklöxlaj* que manden la lluvia». Estos *öxöklöxlaj* eran los hombres del cielo, unos curiosos seres con forma de pájaro. Los *Nivaklé* idearon entonces una oración que decía: «mírame, soy hombre de la tierra. Te pido que me mandes lluvia, que se moje la tierra y que mis plantas puedan crecer». Y efectivamente llovió y las plantas se desarrollaron fuertes, y en *jinküép*, la primavera, tuvieron alimento los *Nivaklé*.

Estaban tan felices que lo festejaron, y *Fitzököjic* les enseñó las danzas y a buscar miel para hacer una bebida embriagadora que aún llaman *shinvonóc*. Porque sin bebida, una fiesta no es una fiesta, ya sea a orillas de los ríos selváticos o en el corazón helado de los Andes. Al menos para mí jamás hubo celebración sin una deliciosa *chicha* bien preparada.

Mis hermanos *Nivaklé* también aprendieron a cazar y a pescar. Se sumergían en el vientre del río con sus redes en forma de tijera y una vez que atrapaban su presa la remataban con la maza *tincu'* y la ensartaban en la *catclunachajec*, la aguja de pesca. En cuanto a la caza, la practicaban en el monte con sus flechas y sus trampas. Y cuando *Fitzököjic* creó a la mujer —nadie recuerda cómo ocurrió tal cosa porque, según la narración, en ese momento los hombres estaban durmiendo— entonces se dividieron los trabajos. El varón sembraba y carpía; la mujer cosechaba. Aquél cazaba y trinchaba; ésta cocinaba. Él hacía su canoa y pescaba en el río, y ella lo hacía en la aguada con sus canastos. Cuando él pescaba mucho, ella lo ayudaba con el transporte y la limpieza. La mujer recolectaba frutos; el varón, miel. El hombre construía todos sus instrumentos y trenzaba; la mujer era ceramista, hilaba y tejía.

Así surgieron la claridad, el trabajo, la mujer y las cosechas, de acuerdo a lo que cuentan los ancianos *Nivaklé* que aún se ocupan de rememorar las historias de su pueblo y de sus tierras. Sus voces me acompañan como un arrullo continuo mientras me deslizo por los bordes del gran padre *Pillkumayu*, un poco más al este de las tierras *Yojfwaja*, con quienes los *Nivaklé* comparten cultura y costumbres. De ellos, precisamente, recibieron el apelativo de «Ashlushlay». Los extraños, por su parte, los llamaron «Chulupí» o «Chunupí», y el resto de los pueblos circundantes contribuyó al mosaico aportando diferentes denominaciones, cada una en una lengua distinta.

A pesar de tan apabullante diversidad de apelativos, ellos coinciden en denominarse a sí mismos «hombres».⁵⁴



Quisiera detenerme en medio de esta mezcla de nombres y gentes, de grupos sin fronteras que viven moviéndose de aquí para allá... pero estoy intranquilo. No, ya no temo a las macanas y las lanzas, ni a los cazadores de cueros cabelludos cubiertos de tatuajes y cicatrices: hace mucho tiempo que mi cuerpo es un manojo de suspiros y mi cabellera, un puñado de pastos secos. Ya no hay daño que las armas puedan hacerme. Mi recelo es hacia las fogosas *Nivakche*, las mujeres *Nivaklé*.

(Siento que me tiño de arreboles... *Imataq kayqa? Pinqayuq kanichus?*⁵⁵).

Necesito un poco de viento que me quite este temor de encima, o quizás un poco de lluvia que lave esta vergüenza que siento. Sí, las mujeres *Nivaklé* —al igual que las *Yojfwaja*— tenían fama de ser extremadamente apasionadas, amantes atrevidas que siempre tomaban la iniciativa ante la desidia y la pasividad de los hombres. En realidad ellas eran las dueñas de todo, las propietarias de las casas y las cosas. Y las que podían echar al marido de su lado —si no se sentían satisfechas y así lo deseaban— lanzando sus pertenencias

54 Tal es el significado del término *Nivaklé*.

55 En *quechua*, «¿Qué es esto? ¿Acaso tengo vergüenza?».

fuera del hogar común. *Way-way-way*... Muy distintas eran nuestras costumbres, allá en las montañas. Nuestras mujeres, sumisas en apariencia, eran dulces compañeras en la intimidad de nuestros ranchos y de nuestros lechos. Nuestras historias de amor no tenían los tintes impetuosos que colorean las de estos horizontes.

Estos pensamientos traen a mi mente el rostro de mi *umiña*⁵⁶. Hace un tiempo que la pequeña y esbelta figura de mi esposa parece seguirme entre las sombras que proyectan los troncos macizos de esta selva. ¿La echo de menos? *Way!* ¿Cómo no hacerlo? Las mujeres de nuestra raza no se contentan con dar a luz a nuestros hijos: también hacen parir alimento a los surcos de la tierra y a la espesura del bosque. Sus manos hacen nacer utensilios y ropa de materiales tan bastos e informes como la arcilla, el mimbre, el hilo o la lana. Sus bocas siempre tienen la sonrisa que nos hace falta, el beso de bienvenida, y un cuento o un canto para los niños. Sus dedos nos dibujan los mapas del placer sobre la piel, nos revuelven los cabellos y las ideas, y atizan las brasas de nuestro deseo cada noche y cada amanecer. Sus cuerpos danzan y giran, y arman formas extrañas, como lo hacen las estrellas en el firmamento nocturno. Sus melenas se encrespan como las ondas de un río crecido y nos arrastran, nos roban el alma y nos quitan el sueño. Sus ojos hablan sin palabras, negros como abismos infinitos en los que caemos sin remedio.

Ellas son las artífices de la vida, las artesanas del canto y del baile, las dueñas del amor y de la alegría. Ellas son las obreras, las madres, las amigas, las amantes, las cómplices, las compañeras esforzadas en la lucha diaria, ayer, hoy y siempre. ¿Cómo no extrañar

56 En *quechua*, «joya».

a mi esposa, a ésa que me lo dio todo, a ésa que me hizo feliz, a ésa que pobló mis madrugadas con susurros, a ésa que me trajo el *mut'i* mientras sembraba, a ésa que me miraba jugar con mi hija envuelta en mi propia *yaqulla*⁵⁷? ¿Cómo no echar en falta su sonrisa, su mirada, sus manos ásperas de trabajo, su voz cantarina?

Muchas mujeres son almas complejas y llenas de triquiñuelas. Son difíciles, caprichosas, celosas, posesivas, olvidadizas, cambiantes y, a veces, agresivas o incluso groseras. Pueden convertirse en enemigas eternas e imposibles, y que los *Apus* protejan entonces a quien se gane su odio. Pero son las menos, y nosotros, los hombres, poco podemos decir en su contra cuando en realidad poco tenemos para decir a nuestro favor. Prefiero evocar a mi esposa y pasar velozmente a través de estos aires cargados de fuerza femenina, para evitar algún encuentro furtivo que pueda deslizar olvido en mis recuerdos.



Rumbo al este, siempre siguiendo el curso del río, dejo a mis espaldas las aldeas ribereñas y montesas de mis hermanos *Nivaklé*, aunque los ecos de sus voces y sus risas aún me alcanzan. Se me ocurre que algún jefe guerrero estará mostrando las cabelleras que ha cortado con sus propias manos a sus enemigos, pieles primorosamente adornadas que son la fuente de su poder social. O tal vez alguna muchacha esté celebrando su fiesta de *vataasnat*, en la que deja

57 Manta masculina, que cubría los hombros. Término *quechua*.

de ser una niña y recibe su *canto-pájaro*, su nombre y sus marcas y tatuajes de mujer adulta. O quizás los muchachos estén bebiendo *chicha* de miel, o el hechicero *toyot* esté curando alguna enfermedad. O puede que el cacique *tst'áj* se esté comunicando con los espíritus protectores de la caza.

Los extraños les prohibieron muchas cosas, les robaron tierras y hoy abusan de sus mujeres y encandilan a los jóvenes con baratijas de eso que llaman «civilización». A pesar de todo, ellos siguen siendo quienes siempre fueron. La palabra «*c'utsfa*», «amigo», no se ha desprendido de sus bocas, aunque tampoco han olvidado «*côfa*» y «*co'ts'enja*», «enemigo» y «mentiroso», ni su costumbre de quedarse con los cabellos ajenos.

Atrás queda, pues, la pasión desenfrenada y abierta de las *Nivakche*. En mi peregrinación de nómada *wayrachaki*, la soledad vuelve a asirse a mí. Y es ahora, lejos de todo, cuando me doy cuenta del motivo de mi prisa.

No tengo miedo ni recelo. Tampoco vergüenza.

En realidad, daría cualquier cosa por un beso. Uno solo. Pero no quiero manchar la memoria de mi amor con una caricia ajena, aunque la desee tanto, aunque me haga tanta falta...

Río abajo me deshago en lamentos. Estés dónde estés, *sunquy urpi*, cumplí mi promesa: *munasqayki wañuyñiyma*.⁵⁸

Y más allá. Mucho más allá.

58 En *quechua*, «Paloma de mi corazón» y «Te amaré hasta mi muerte».

Pasap

capítulo 8

*Da' sétake am siya?awa da' naqayayá?ak qanach'e qo-
neto' hegate da' soch'e awenatapéga ga' sanó'en ga'
adqáya.*⁵⁹

75

— Allá en Rincón Bomba fue — me explica *Sowa?adi*, cuyo nombre castellano era Alberto. — Ahí fue. A todos nos mataron, como en Pozo del Tigre, como en Campo del Cielo... Ahí fue que morí.

*Naam'e tapegelo adadikolqa maq da am ona?aik adoik
qayat'e gamé chaqaiga awakóná'a.*⁶⁰

59 En *pit'laxá*, «Si quieres ser considerado un hombre entre tus hermanos, entonces haz esto: no pienses nada malo de tu hermano» (*naqáta?ak*, antiguo consejo *Pit'laxá*).

60 En *pit'laxá*, «Los caminos por donde andes deben ser buenos, sin meterte en problemas» (*naqáta?ak*, antiguo consejo *Pit'laxá*).

— Nadie dijo nada — me sigue contando aquel fantasma del pueblo *Pit'laxá* que perdió sus pasos por Estero Patiño. — Nadie dijo nada cuando nos hicieron caminar cientos de kilómetros para ir a trabajar cortando caña en El Tabacal, allá en el *Chaco salteño*, y al final nos pagaron menos de la mitad de lo que habíamos acordado. — Su difuso cuerpo no es más que un manojo de recuerdos furi-bundos. — Nadie dijo nada cuando nos dieron comida podrida para calmar un hambre de semanas y se murieron medio centenar de los nuestros, entre vómitos y retortijones. Tampoco dijeron nada cuando las autoridades no nos dejaron enterrar a nuestros difuntos en el camposanto y tuvimos que ir al medio del monte. Esos mismos que nos cristianaron, que tanto hicieron para que renegáramos de nuestras costumbres y creyéramos en su dios, no nos permitieron sepultar los muertos en tierra santa. — Ya no pronuncia las palabras: las mastica, y escupe cada una con rencor, con ira, con resentimiento.

*Ena'te am okiá?aik.*⁶¹

— Lo que sí dijeron fue que éramos peligrosos, que no era seguro tenernos a las puertas de la ciudad. Eso sí lo dijeron, los muy hijos de... Se cansaron de decirlo, de señalarnos con sus dedos siempre descansados, siempre limpios y bien comidos. Tenían miedo de nuestras danzas, tenían miedo de todos nosotros, aunque lo único que hacíamos era orar para que todo se solucionara. Y allá fue la *mi-*

61 En *pit'laxá*, «No debes ser causante de discordia» (*naqáta?ak*, antiguo consejo *Pit'laxá*).

licada. A balearnos, nomás. A tirar con sus ametralladoras, a matar *indios*⁶², porque el *indio* era una mierda, porque el *indio* era un animal, porque el *indio* no servía para un carajo, era vago, era basura... ¿Qué importaba? ¿Qué les importaba? — Si esta alma tan dolida pudiera golpear y romper cosas, ya lo estaría haciendo. Pero no es más que un soplo de aire, como yo: por más que expresemos nuestras emociones, nada se altera a nuestro alrededor.

Todo aquello que me refiere es una historia ya conocida para mí; una historia común construida sobre la base de los relatos susurrados por los labios de cientos de hermanos de viento, de cientos de espíritus: los muertos de Santa María de Iquique, de Bahía Gente Grande, de Misión Napalpí, de Garzas...⁶³

— En el monte me escondí — continúa *Sowa?adi*. — Todavía me acuerdo de cómo quemaban los *milicos* hijos de la gran perra las pilas de cadáveres en trincheras, los cadáveres de los *Pit'laxá* que iban matando, que iban tiroteando nomás. Todavía me acuerdo del olor del humo, del olor de mi gente asesinada, de *mi* gente, de *mi* gente... — Se deshace en sollozos, mientras niega con la cabeza entre las manos, mesándose los cabellos. — Y al final me encontraron y terminé así también. Baleado. Quemado. — Se encoge de hombros. — A mi mujer la habían envenenado junto con mi hijo más

62 Sobre la Masacre de Rincón Bomba, ver *Glosario*.

63 Ejemplos de matanzas históricas. La primera tuvo lugar en el norte de Chile, contra mineros de origen indígena que reclamaban una mejora en sus condiciones laborales. La segunda, en la isla de Tierra del Fuego, contra indígenas *Selk'nam* que fueron envenenados. La tercera en la provincia del Chaco (actual Quitilipi), contra indígenas *Qom*. La cuarta, contra una localidad de la provincia de Corrientes, de raigambre *Guaraní*, que fue arrasada hasta los cimientos y jamás repoblada.

chico cuando lo de la comida. Yo mismo los enterré. ¿Sabés lo que es enterrar a tu propia familia?

No. Yo jamás pude enterrar a los míos. Siento rabia, mucha rabia, y muchas ganas de llorar abrazado a mi hermano *Pit'laxá*. Aquel hombre termina su relato.

— El único que se salvó de mi familia fue mi hijo mayor. Ése se refugió con un colono blanco. Un tal Curesti... También otros se libraron: los que consiguieron escaparse y meterse en el monte, y cruzarse después al Paraguay.

A nuestro alrededor, en aquel estero inmenso donde va a morir el curso alto del río *Pillkumayu*, centenares de almas bisbisean los antiguos *naqáta?ak*, consejos que equivalen aún hoy a mandamientos o leyes entre los *Pit'laxá*.

*Ena'te am kachá?aik.*⁶⁴

Esas voces me conmueven. Siglos y siglos enseñando esos principios como base de una vida que terminó en el fondo de un pozo, agujereada y calcinada por las manos de una sociedad intolerante.

Entonces mi boca le dice a aquel hermano de nieblas y noches que su pueblo no ha muerto. Que su pueblo aún vive, aún lucha, aún habla su lengua orgullosamente, y escribe libros, y aprende en escuelas. Su pueblo tiene movimientos y organizaciones que defienden

64 En *pit'laxá*, «No debes ser ladrón» (*naqáta?ak*, antiguo consejo *Pit'laxá*).

sus derechos, su pueblo ha recuperado mucha de su tierra, su pueblo tiene gente fuerte.

Aquella pesadilla con forma de hombre, que no puede ver más allá de su propio dolor, me mira largamente, quizás con un rastro de esperanza en sus ojos de humo. Y en unos labios que apenas distingo se perfila un esbozo de sonrisa, triste, cansada. Lo que le digo es verdad. Pero prefiero no contarle que su pueblo también sufre, también pasa hambre y necesidad, y que todavía es excluido. Prefiero ocultarle que aún mucha gente sigue pronunciando frases tales como «*indios de mierda*». No, mi mente lo piensa pero mi boca no lo dice. Él no necesita saberlo. Necesita saber que su muerte no fue en vano. Y yo intento que lo crea.

E intento creerlo yo mismo.



Decido que ya es hora de abandonar las riberas de aquel río caprichoso, ancho y cambiante, e internarme en el monte, hacia el sur. Detrás de mí quedan los pescadores intentando atrapar peces *toiét*, *sóchese*, *chinolé*, *laguétok*, *qapoñí*, *walás*, *sowar'án*, *nlomá*, *nasék*, *qadól*, *lor'omá* y *wikaik*. Las redes y los anzuelos vuelan para zambullirse en las aguas turbias, persiguiendo presas fugaces y resbaladizas bajo las miradas expectantes de las esbeltas garzas *dalagar'áik* y de las *loqolí*, emplumadas anunciadoras de lluvias y crecientes.

Monte adentro tropiezo con una comunidad. ¿Está antes de llegar a Campo del Cielo o cerca de Las Lomitas? No lo sé. Esta región

es una mezcla informe de bañados, tierras inundadas, riachos que cambian de rumbo y de nombre y mucho, mucho bosque. Nunca sé dónde estoy, y ahora, sin la ayuda del gran río que me orientaba con su curso, vuelvo a sentirme confundido y temeroso, perdido en el seno de una pesadilla de verdes y ocres que me espanta y me sofoca. Por eso, cuando oigo voces y los humos de las brasas asando comida me cruzan, me convenzo de que demorarme entre aquellas casas me vendrá bien.

Atardece. He pasado el día entre los árboles y los charcos fangosos, esquivando instintivamente ejércitos de insectos voladores y admirando algunas flores que, por su belleza, merecerían adornar el escote de una muchacha. Aquella comunidad se prepara para el descanso tras una jornada ardua de recolección, de caza, de pesca, de trabajo. En la puerta de un rancho con paredes de ramas —como las de todos los ranchos por estos rumbos— un anciano cuenta las aventuras de los antiguos. Habla de la venganza que uno de ellos tomó contra los hombres de otra tribu. Algunos niños y jóvenes lo escuchan; los más pequeños interesadísimos, los mayores con una sonrisa en los labios. Cuando llego se desarrolla la mejor parte: el hombre que buscaba la venganza ha llegado a la aldea de sus enemigos, y éstos lo reciben con sus armas en la mano.

— *Qanach'e qoilo?ónwo na' chekénapi*⁶⁵ — y el viejo imita el sonido de los proyectiles —*qop, qop, qop*— mientras con las manos realiza la mímica de disparar un arco. Estoy seguro de que los chiquillos *ven* ese arco inexistente, *ven* volar las flechas de aquellos enemigos sanguinarios hacia el hombre justo, el héroe del relato.

65 En *pit'laxá*, «Entonces ahí tiraron flechas».

— *Qanach'e kolen na' siya?awa eet'oi*⁶⁶ — y nuevamente el anciano, para deleite de los niños, interpreta los movimientos que describe. Con poca maña bambolea el cuerpo hacia los lados, mientras se cubre la cabeza con las manos de manera bastante torpe.

Yo continúo mi camino. Salgo del pueblo acompañado por una ligera lluvia. Chapoteo sobre los charcos de la anterior sin chapotear, y sin dejar huellas sobre el barro fresco. A mis espaldas, el cuento alcanza su clímax —*yechá?aye loqosot kien*⁶⁷— mientras sigo la senda que abre una cicatriz de unos pocos metros entre dos densas paredes vegetales.

Vivan en el monte o cerca de las ciudades, la mayoría de mis hermanos *Pit'laxá* subsisten como lo hicieron siempre: merced a la *marisca*, es decir, la caza y la recolección. Cada mañana recorren el monte —allí donde todavía exista— buscando fruta, o leña, o pescado. Cada tarde, algunos volverán con medio carpincho *nachiguisé* sobre el hombro, otros con un armadillo *napamaló* aún hecho una bola. Con suerte agregarán al menú miel de *nesedék* o de *piror'onáq*, y entonces retornarán cubiertos de tierra o con alguna picadura. Puede que unos pocos encuentren, además, algún sueño perdido, o algún mensaje del más allá que les llegue bajo la forma de un pájaro caído o de una rama quebrada. El atardecer los hallará sentados fuera de las casas, pues dan poca importancia al interior de sus viviendas. En ellas —las más ricas, de adobe y techo de chapa, y las comunes, de ramas— se cuele el agua cuando llueve, los mosquitos cada verano y el frío que trae el viento sur. En cambio, fuera hay siempre un

66 En *pit'laxá*, «Entonces el hombre iba esquivando de esta manera».

67 En *pit'laxá*, «Le cortó el cuello limpio».

algarrobo frondoso que cobija charlas y pausas bajo sus ramas, al tiempo que el *mate*⁶⁸ circula de mano en mano o calienta las de algún solitario.



Los vi luchar hace siglos, cuando los extraños recién llegaban. Los veo luchar hoy, desde mi mundo lleno de todo y de nada. Y aun así, a pesar de tanta resistencia, serán muchos los que, cada mañana, partan en algún tren a los ingenios —al menos, a aquéllos que aún quieran contratarlos— o vayan a desmontar tierras para patrones desconocidos, que ni siquiera los tienen en cuenta. Serán muchos los que allí dejen las manos, la salud, los años, la vida... Probablemente también dejen lo que son, lo que fueron y lo que podrían ser. Habrá otros, más afortunados quizás, que cada mañana se levanten para retomar su quehaceres, ir a la escuela, cultivar su propia tierra o dar un paso más hacia un futuro que no signifique negación, desprecio, condena o miseria. No sé cuántos serán los que sigan ese camino. Pero sí sé cuántos desearía que lo siguieran.

Los habrá que continúen detestando al extraño que se acerque a ellos, y todavía habrán de nacer miradas de desconfianza, sembradas durante siglos de abusos. Incluso habrá quienes pretendan devolver tanto dolor invirtiéndolo y llenando sus bocas con frases odiadas y odiosas como «*gringos* de mierda». Sin embargo, serán muchos los que bajen esos escudos y esas miradas y abran sus puertas, sus bra-

68 Popular infusión del cono sur de Latinoamérica. Ver *Glosario*.

zos y sus manos al recién llegado cuando, detrás de sus ojos, vean la misma honestidad que ellos buscan conservar.

Serán muchos también los que adquieran mañas y malas artes, los que ansíen poder, los que se disfracen de *chulengos*⁶⁹ siendo pumas, los que traicionen su piel y su memoria. Ya lo dije antes en mi relato y lo repito aquí: nunca vivimos en paz, ni fuimos perfectos. No fueron los extraños los únicos amos de los errores, ni nosotros los únicos dueños de la bondad.

Una bandada de *noolól* —esas preciosas siluetas rosadas que, según la tradición, anuncian lluvias— se dirige hacia las tierras del sur. Me sujeto a sus alas mientras dejo atrás algunas casas, que tal vez sean de la villa de Las Lomitas. Abajo, lejos ya, declina el día. Un niño hace su tarea practicando las palabras en la lengua de sus padres que hoy le enseñaron en la escuela bilingüe, mientras su madre cocina lo poco que pudo comprar con su paga de limpiadora. En la radio quizás suena cumbia, o *chamamé*, o ese ritmo endemoniado que llaman *reggaeton*. Dos abuelos conversan quedamente en la puerta de un rancho, y un mozo flirtea con una muchacha de largo pelo oscuro. La vida —que nunca se detiene a esperar a nadie— continúa para todos, tengan o no sus recuerdos consigo, o sus raíces ancladas en su tierra.

Aunque, bien mirado, tal vez no sea una cuestión de raíces.

Tal vez sólo sea cuestión de seguir floreciendo, a pesar de todo.

69 Crías de llamas.

Según capítulo 9

Allí estaba, agazapado al calor de unos tizones, a la sombra de un formidable ejemplar de ese árbol que su pueblo llamó siempre *wo-sotsuk*. Me lo topé cuando buscaba Misión Media Luna, una de las poblaciones que algunos hermanos del pueblo *Wichi* parecían haber escogido desde hacía unos pocos años para asentarse y sosegar así sus correrías por el corazón del monte.

Reconocí a aquel hombre. Lo había tratado cuando su corazón aún latía y sus cabellos oscuros caían, lacios, a los costados de los rasgos firmes de su rostro. Había sido un *hayawu*, un hombre sabio, uno de ésos que en mi tierra llamábamos *yatiri*. Tenía el don de ver más allá de las miradas de los hombres comunes: contemplar el mundo de los espíritus, la esencia de las cosas, las almas de los que transitamos el viento sin encontrar nuestro camino o decidir nuestro destino porque aún nos sentimos confundidos y doloridos. Aquel hombre, con sangre caliente corriendo por sus venas, me había distinguido aunque yo no era más que un retazo de aire, y me había hablado, me había escuchado, me había explicado cosas que yo no quise entender, aferrado como estaba a mi pena y a mis heridas. Hoy,

cientos de soles después de aquellos encuentros, él también habita el mundo invisible conmigo. Quiero pensar que partió silenciosamente y en paz, y que seguramente fue honrado por su pueblo por la sabiduría que les había transmitido cuando vivió entre ellos, con ellos y por ellos, como debe vivir cualquier hombre que se precie de serlo.

Ahora, espíritu ya, todavía recorrería el monte que lo había visto nacer, incapaz de despegarse de ese universo verde que lo acunó toda su vida y que lo recibió en su regazo cuando decidió descansar para siempre. Había sido un tesoro vivo, la memoria de su raza, el depósito del conocimiento ancestral de su pueblo, el consejero en tiempos de problemas, el sanador en épocas de enfermedad, el buscador de soluciones en momentos de carestía. Tal vez siguiera susurrando secretos en los oídos de los pocos que hubieran heredado su don y escogido su sendero. Por siempre y para siempre, continuaría siendo —yo no tenía duda— la guía luminosa y la inspiración de sus hermanos, estuvieran donde estuvieran. Pues ésa había sido su misión hasta entonces, una misión que valía la pena cumplir aun más allá del último suspiro.

Aquel hombre me había conocido tiempo atrás, había visto mi rostro entristecido. Aquel anciano *Wichi* una vez me descubrió y me aconsejó. ¿Lo haría nuevamente?

Me acerqué a su fuego imaginario —esas llamas que existían sólo en su mente, y ahora en la mía— y lo saludé, respetando las normas de su gente y de su lengua. Me saludó igualmente, y me ofreció un sitio junto a los leños humeantes. Esperé un rato antes de preguntarle si me recordaba.

— *Iye, tek o a itihusche*⁷⁰ — fue su respuesta, luego de observarme a la débil luz de la hoguera.

— *Otichunchoye aplatsenyaj ta leti no yej*⁷¹ — comenté en un suspiro, confiando en que lograra hallar nuestro encuentro pasado en algún recodo de su memoria.

Comencé a hablar quedamente, mientras él seguía agazapado, concentrado en sus reflexiones, o quizás soñando con los ojos abiertos con el rumbo de algunas alas que ya no sobrevolaban su territorio. Cuando le mencioné mis anteriores visitas a su aldea, me ubicó en un rinconcito del pasado.

— Recuerdo que una noche desapareciste, te marchaste sin decir adiós, montañés — me dijo, con los ojos entrecerrados, dos carbones que me oteaban desde un mundo de pensamientos lejano al mío. — Recuerdo tu enojo, tu tristeza, tu negativa a oír las salidas que te proponía para abandonar tu dolor. Siempre pensé que volverías a visitarme. Me repetía cada día: «*Hap nam lek kates thokwetaj inupa*». Luego me dije: «*Hap nam lek fwoipa waj*», y más tarde me consolé con un «*Hap nam lek fwiyet tiyame*».⁷² Pero nunca regresaste.

No, jamás lo hice. En aquella época no quería esperanzas. Quería venganza. Sin embargo, tal vez esas respuestas que una vez rechacé y abandoné sin despedirme siquiera me sirvieran ahora para dibujar un camino ante mis pies de viento. Una ruta a seguir.

70 En *wichi lhamtes*, «No, no te reconozco / recuerdo».

71 En *wichi lhamtes*, «Recuerdo tu amabilidad para conmigo».

72 En *wichi lhamtes*, «Vendrá cuando salga el lucero del alba», «Vendrá cuando paren las lluvias» y «Vendrá cuando pase el frío».

— ¿De dónde vienes? — preguntó.

Señalé mudamente el noreste.

— ¿Adónde vas?

Me encogí de hombros. Eso quería averiguar.

Quedó en silencio, como masticando mis gestos, o como si sus palabras debieran tener para mí un significado. ¿De dónde venía, adónde iba? ¿Apuntaba en alguna dirección mi estela? ¿Debía saberlo? ¿Debía tener todo eso un sentido, un motivo? Quizás sí, pero hasta entonces jamás lo había pensado, jamás había vislumbrado un destino al que llegar o un lugar al que regresar.

Estaba confundido. Para espantar la desazón que comenzaba a sentir ante esas cuestiones, fui yo el que le pregunté por las aldeas que antaño había visto en aquella zona que los extraños llamaban «Impenetrable». Ésa que, durante mucho tiempo, no habían osado tocar por su aspereza, su rudeza natural y su complicada geografía de troncos y aguas. No había encontrado rastros de seres humanos en varios días de marcha a la redonda. En verdad, hacía mucho que no pasaba por allí, decenas de ciclos solares y lunares... pero ¿y esa desolación? ¿Dónde estaban los *Wichi* que solían poblar esos montes, buscar su miel, cazar sus presas? ¿Se habrían marchado?

— *Chi la hatek pincha wichi?*⁷³ — susurré, tras un largo silencio.

— No volverán — fue todo lo que dijo.

73 En *wichi lhamtes*, «¿Cuándo retornará la gente?».

«*Kaypipas*» pensé en mi lengua andina. «Aquí también». Aquí, como en otras partes, como en todos lados, también había ocurrido. También con ellos, con los *Wichi*.

— ¿Por qué es eso? — escupí. Alzó la mirada, pero no contestó. Insistí. — ¿Puedes explicármelo?

La respuesta seguía sin llegar, mientras aquellos dos ojos ancianos me escrutaban, mudos.

— ¿No puedes hacerlo? — fue mi último intento.

Sonrió lentamente y me regaló su explicación: obvia, cortante y definitiva.

— *Pajche ta nam ahatai. Elat neche lehanej.*⁷⁴

En efecto. Eso había sido, pues. Como fue primero en mis montañas. Como pasó después en los ríos, más al sur. Así había sido aquí también, en un Impenetrable que ya no lo era. Había sucedido mucho más tarde, pero ocurrió lo mismo. Aquéllos que una vez habían vagado libremente, trazando senderos con sus huellas, habían cruzado la invisible puerta que daba paso a mi mundo, y ahora surcaban los vientos.

¿Cuántos habían quedado? ¿Cómo vivirían? Pensé que seguramente en Misión Media Luna, adonde querían llevarme mis pasos, sólo encontraría sobrevivientes.

74 En *wichi lhamtes*, «El blanco llegó hace algún tiempo. Quizás ahora entiendas».

— ¿Por qué acontecieron tantas desgracias? — se interrogó el anciano, sin apartar su intrigada mirada de mí y buscando una respuesta que él sabía no tener. — *Chik ichate lewai, wet ohanhiyej ihi.*⁷⁵

En aquel momento fui consciente de que ese tiempo llegaría, especialmente para un ser como él, que durante toda su vida fue dueño de una lucidez inigualable. Pero a mí ese conocimiento quizás no me alcanzara nunca. Probablemente percibió las dudas en mi cara, porque me asió de un imaginario brazo, mientras se apoyaba en mí para incorporarse, y me dijo:

— Eres un alma limpia. Algún día lograrás entender todo.

Distaba mucho de ser un alma limpia, o de entender algo, pero tal vez aquel anciano estuviera viendo más allá de lo que yo sabía o sentía. Cuando se hubo puesto de pie me dejó una frase que sólo mucho después tendría significado para mí.

— *Chik lechate honat ta lehoje, wet lethokhiye lame mak ta le-tukwe.*⁷⁶

Pero... ¿a qué lugar iba? ¿Qué buscaba? ¿Cómo interrogarle sobre cosas que para él eran tan obvias y para mí todo un misterio, todo un sufrimiento, toda una nube y una negación?

— Sé fuerte — me aconsejó, comenzando a marcharse. Y luego agregó su último saludo. — *Fwala hi lat nam ejen.*

75 En *wichi lhamtes*, «Cuando llegue el tiempo, lo sabré».

76 En *wichi lhamtes*, «Cuando llegues al lugar donde vas, entonces hallarás lo que buscas».

«*Alli ch 'isi*» musité yo en mi *runasimi*. Y allí quedé, viendo como la noche se apoderaba de su silueta como si le perteneciera, algo que posiblemente no estuviera muy lejos de la realidad.

«Hasta que el día esté con nosotros» había dicho para despedirse. Olvidé preguntarle «¿qué día?».



Partí. Atravesé bosques de *fwayuk*, de *wosotsuk*, de *ahayuk* y *letsenuk*, almacenes eternos de frutos para las gentes nómadas del monte. Pues, desde siempre, *fway*, *wosotsaj*, *ahayaj* y *letseni*⁷⁷ habían constituido una parte fundamental de sus comidas diarias, y eran recogidos hábilmente por las mujeres. A los hombres correspondía adentrarse en el corazón de aquel laberinto de ramas para apuntar sus flechas a alguna despistada corzuela *wase* o *tsona*, o a algún tapir *yela*. Crucé aquella enmarañada espesura, oyendo los pasos silenciosos del felino que los *Wichi* llaman *hayaj*, dueño de ojos de melaza y colmillos como puñales, y el grito del ave que nombran *carancho*, que alguna vez fue un hombre llamado *Tojkwaj*.

Ese tal *Tojkwaj* era un individuo curioso. Siempre recuerdo las narraciones que oí contar sobre él en el par de ocasiones que me ovi-llé junto a las hogueras de los caseríos *Wichi*. Al parecer, nada indicaba que fuera una buena persona: embustero, pícaro, ladrón, amigo de las esposas y los bienes ajenos y muy dado a bromas que ponían

77 Frutos comestibles de los árboles mencionados anteriormente. Ver *Glosario*.

en riesgo la propia supervivencia del género humano. Se trataba de un errante con destinos desconocidos y andares sinuosos, y por ello los *Wichi* lo apodaron «el andariego». Solía convertirse en animales —como el *carancho* o el perro— o incluso en objetos. O en mujer. A pesar de todas sus picardías, las gentes del monte lo mencionan en sus historias, sencillamente porque traerlas a colación los divierte y, en ocasiones, explican incluso el origen de muchos de los elementos de la naturaleza. Como el de los ríos zigzagueantes que dejé atrás buscando Misión Media Luna.

Dicen los que recuerdan que en un principio no había ríos, ni tampoco peces. Cuando *Chilaj*, el dios que caminaba sobre la tierra, creó a los hombres y a las mujeres, tuvo que enseñarles cómo hacer trampas y flechas, cómo recoger la fibra de *cháguar* para tejer y cómo recolectar los frutos del monte. Pero poco trabajo tenían, en verdad, porque *Chilaj* decidió hacerles la vida fácil: las mujeres silbaban y los árboles desprendían sus raíces del suelo, se acercaban a ellas, sacudían sus ramas y les proveían de comida. Asimismo, les dio semillas para que sembraran. Y la cosecha tardaba sólo unas horas en estar lista para ser recogida y preparada.

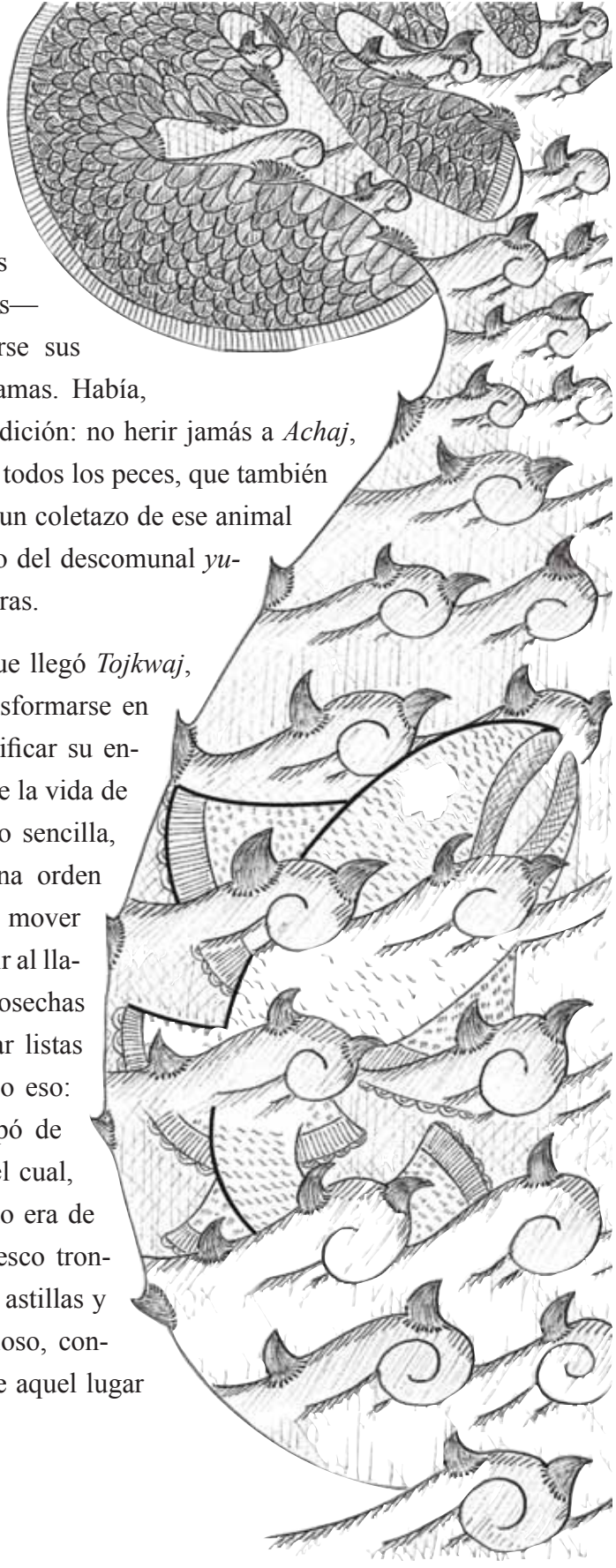
(¿Por qué no habrán sucedido cosas así en mis tierras, pues?).

De ese modo, los primeros *Wichi* obtuvieron sin demasiado esfuerzo abundante maíz *ijpat*, zapallos *ijchin*, porotos *anyetas* y batatas *yetij*, productos que el resto de los mortales tuvimos que conseguir siempre —incluso en el tiempo de los mitos— merced al trabajo duro.

Pero además de todas esas bondades, *Chilaj* creó un inmenso árbol *yuchán* de tronco barrigudo en cuyo interior había muchísima

agua y en donde vivían todos los peces. Los hombres podían subir con sus arcos —pues pescaban con flechas— cuando quisieran, y cobrarse sus presas desde las mismas ramas. Había, sin embargo, una única condición: no herir jamás a *Achaj*, el Gran Dorado, el padre de todos los peces, que también nadaba en esas aguas. Pues un coletazo de ese animal bastaría para partir el tronco del descomunal *yuchán* e inundar todas las tierras.

Todo iba bien... hasta que llegó *Tojkwaj*, que tenía poderes para transformarse en lo que quisiera y para modificar su entorno a voluntad. Viendo que la vida de aquella gente era demasiado sencilla, la complicó un poco: a una orden suya, los árboles dejaron de mover sus raíces y ramas y de acudir al llamado de las mujeres, y las cosechas tardaron muchísimo en estar listas para ser levantadas. No sólo eso: con su propio arco se ocupó de atravesar al Gran Dorado, el cual, en su desesperación, y como era de esperar, convirtió el gigantesco tronco espinoso en un millar de astillas y ahogó la tierra. *Chilaj*, furioso, condenó a *Tojkwaj* a alejarse de aquel lugar



seguido por todas esas aguas, y así nacieron los ríos y arroyos de trazado desordenado —como el andar del pícaro— que albergaron en su corriente a todos los peces que había dentro del leñoso *yuchán*. De acuerdo a algunos narradores, luego de tres días de peregrinaje el héroe —si así se lo puede llamar— decidió convertirse en calabaza para no seguir siendo perseguido por la inundación, una tarea que no le era muy agradable. Flotó durante unos días y luego, aburrido de no hacer nada, se transformó en pato y se fue volando hasta tierras secas. Desde aquellos tiempos primigenios, cada otoño los peces recuerdan su lugar de origen y remontan las corrientes rastreando el inmenso tronco de donde una vez salieron todos, para poder desovar. Es entonces cuando comienza la temporada de pesca para los *Wichi*, que viven río arriba.

Mucho más tarde, buscando quizás el perdón por sus actos, *Tojkwaj* regaló a la gente del monte las redes de pesca y el fuego. Pero esas son otras historias, que quizás también oí en alguna aldea durante mis travesías, tan enredadas como las del antiguo travieso.



Hoy los miles de *Wichi* que quedan ya no pueden depender exclusivamente del monte. Quizás porque poco de eso les ha dejado el extraño, que arrasó con todo lo que pudo. O tal vez porque han adquirido otros modos de vida, formas que también trajeron los visitantes pálidos. Muchos de mis hermanos montaraces se agrupan hoy en «misiones» en donde crían *kailas*, *wasetas* y *tsوناتas* —cabras, vacas y ovejas— y cultivan la tierra. Fabrican además sus antiguas

artesanías en fibras vegetales para vender en las ciudades a cambio de *kothki*, una palabra que designa el dinero y que siempre me sonó parecida a la de mi lengua materna: *qullqi*.

Cuando finalmente llego a Misión Media Luna, descubro que las antiguas tierras están muertas, secas y desnudas de árboles, o tapizadas por campos de soja. Las viejas costumbres, por su parte, apenas si se mantienen vivas allí, aunque puede que en lo más profundo del monte aún se conserven.

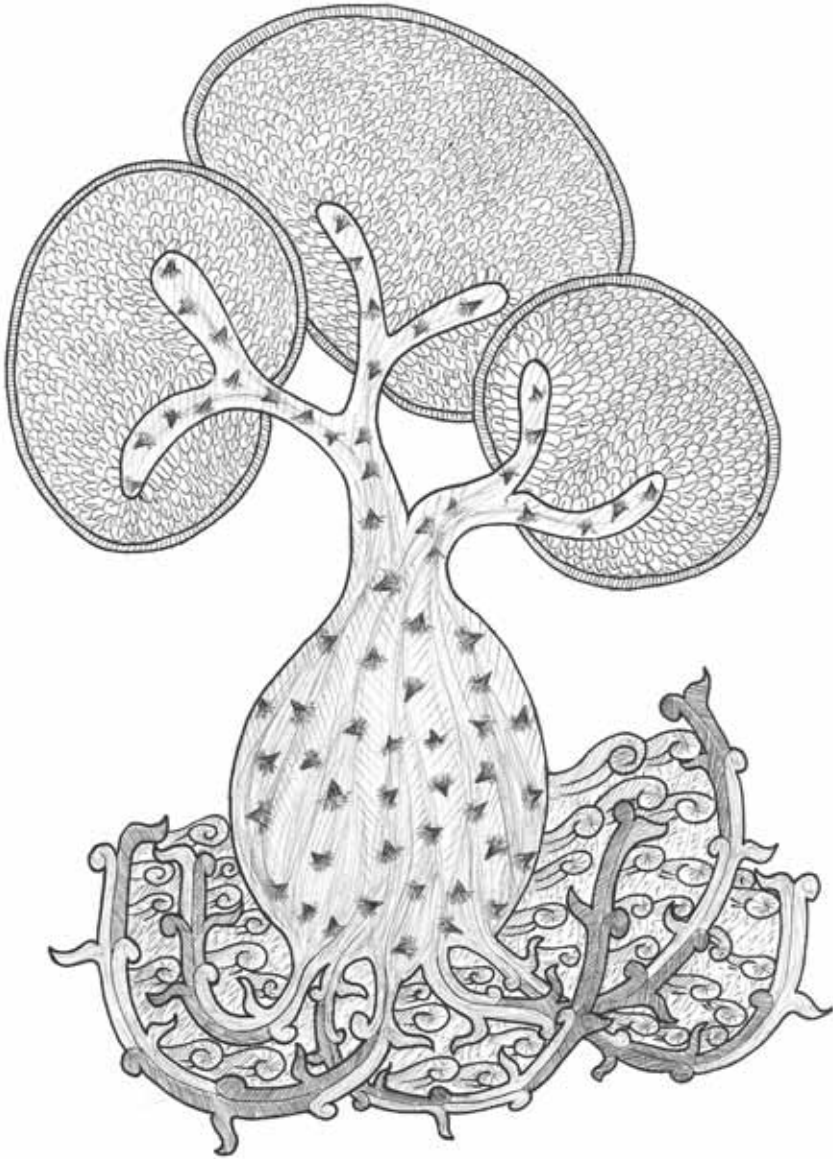
Me acurruco en el rincón de un patio, entre ollas, jarras de agua y sacos de sogas, mientras presencio una partida de *yajhala*, una de las últimas que veré, seguramente, porque ese juego entre dos equipos que corren tras una pelota enarbolando palos terminados en redes ya casi no se practica. Los espectadores apuestan fuerte: cuchillos, hachas y hasta caballos... aunque los extraños que lideran las «misiones» les tengan prohibido apostar, porque es una violación a las reglas dictadas por su dios.

Hay muchas cosas que aún no comprendo, muchos cambios que veo y no entiendo, muchas razones que mi pobre corazón no logra descubrir, muchos sinsentidos, muchas contradicciones. Pero quizás se deba a que sigo siendo quien siempre fui, mientras que fuera de mí, las cosas ya no son lo que fueron. Todo es distinto. ¿Cambiaré yo, algún día?

Buena pregunta para mi viejo conocido, el *hayawu* del monte. Es una pena que él no esté aquí, con una respuesta para tantos «por qué». Quizás se trate de no indagar demasiado y seguir avanzando.

Ahora me toca decidir hacia dónde, antes de que la fatiga y la decepción me ganen la partida.

Seguir, sí. Porque *cuando llegue a donde voy, encontraré lo que busco.*



Chanka

capítulo 10

El abuelo va a comenzar una de sus historias nocturnas. Me siento entre los niños apretujados a su alrededor, chiquillos morenos de pelos revueltos que no me verían ni aunque estuviera vivo: sus ojos, abiertos como platos, están concentrados en el anciano. En el patio de aquella humilde casa del *Nam Qom* —el barrio «toba» de la ciudad de Sáenz Peña—, apenas iluminado por una lámpara de luz amarillenta, reina un silencio sólo interrumpido, de vez en cuando, por el lamento de unas curiosas ranas que chillan como bebés. Parece que hasta los grillos han callado para oír el relato. Y yo me siento un niño más, adivinando el roce de mi barbilla sobre las rodillas y mis manos enlazando mis piernas, escuchando atentamente y recordando mis días infantiles, cuando mi abuelo u otros mayores de mi aldea se ponían a contar las viejas historias del mundo, o sus experiencias plagadas de enseñanzas valiosas.

Siempre fue así: la ausencia de libros y escrituras nos empujó a transmitir lo que sabíamos a través de los sonidos de nuestra lengua. Así enseñábamos, así aprendíamos, así perpetuábamos las palabras de nuestros idiomas. Así nos relacionábamos, así estrechábamos los

lazos que nos unían dentro de nuestra comunidad y con las vecinas. Así nos acercábamos los unos a los otros, en las tardes o por las noches: compartiendo lo que sabíamos, divirtiéndonos e intentando educar con los valores que nos hicieron quienes éramos.

Aquel hombre piensa unos momentos y mira hacia la puerta de la casa, donde se arremolinan las mujeres, curiosas, atareadas con la limpieza de las ollas en las que han preparado la cena. Luego echa un vistazo de reojo a la chiquillería, alegrándose ante su expectante interés, y comienza muy despacio, con ese ritmo cadencioso que sólo tienen los cuenteros.

— *A'em da sootaigui ada'ada aviaq* — y señala con la mano el monte ralo que se insinúa a sus espaldas, más allá del patio — *nache sa'aqtega ada qoipaq da eco hua'axañi...*⁷⁸

E imita el ruido del árbol al caer, un crujido seco de boca sin dientes que espanta a los niños. Habla de un momento en el pasado, cuando él no era mayor que los que lo escuchan.

— *Nache... senattac so ita'a...* «*Chaq ta'ainco ada'ada qoipaq da eco hua'axañi?*».⁷⁹

Los niños están absortos. Esperan la narración de alguna aventura en la que participen monstruos villanos o héroes míticos. Quizás el abuelo haya conocido o se haya cruzado con alguno.

78 En *qomlaqtaq*, «Cuando estoy dentro de ese monte - escucho el ruido de un árbol que parece tumbarse».

79 En *qomlaqtaq*, «Entonces... le pregunto a mi padre... “¿por qué ese árbol parece tumbarse?”».

— *Nache 'enapec so ita'a: «Ada'ada qoipaq da 'e'etec de'eda qache 'am nhualtega so lma' ye aviaq...»*.⁸⁰

Wayayay... ¡El Dueño del monte! Su ira podía provocar las peores carestías entre las aldeas *Qom* del monte chaqueño. El respeto que se le merece siempre debe ser recordado y mantenido. He ahí la razón de la historia de esta noche.

— *'Am da ahua'axa'a de'eda* — prosigue el viejo — *nache qonapec da ad'aqtac...*⁸¹

Aquí el hombre se detiene y alza un dedo, como si quisiera indicar a sus concienzudos oyentes que esta parte de la narración es la importante. Los pequeños prestan toda la atención disponible en sus inquietos cuerpos.

— «*'Am maye adma' ne'ena aviaq chaqadata da a'em auchoxoden qome*». ⁸²

No puedo evitar sonreír al pensar que muchos extraños pálidos deberían estar sentados aquí, oyendo esto. Es una pena que estas formalidades no se enseñen en sus escuelas ni aparezcan en sus cuentos.

El anciano prosigue, muy serio, explicando su lección:

80 En *qomlaqtaq*, «Entonces mi padre me dice: “cuando ese árbol hace así es porque a ti te desconoce el Dueño del monte...”».

81 En *qomlaqtaq*, «Cuando tú escuches eso - entonces le dices esto...».

82 En *qomlaqtaq*, «Tú que habitas en este monte tan solo tenme compasión».

— «*Sa ishet da choche se coleetac ne'ena adma', huoó ca selo-taique ñi'epet ne'ena na'aq*». ⁸³

Los niños asienten. El abuelo termina su cuento.

— «*Chaqadata da a'em auchoxonnec qome que'eca ña'achec ne'ena na'aq*». ⁸⁴

Los chicuelos se levantan de esa tierra en la que todavía adoran sentarse. Cada vez son menos los que escuchan esos relatos, los que entienden esa lengua gutural y melódica, los que creen en la existencia de los espíritus de los árboles o los que se proponen recordar las enseñanzas de sus mayores. El enjambre de chiquillos corre a jugar, aprovechando las primeras luces de una luna redonda como pocas. Imitarán la voz del «Dueño del monte», o tal vez se entretendrán con las figuritas de futbolistas famosos que consiguieron revolviendo la basura en el centro de la ciudad, allí donde nadie se preocupa siquiera de mirarlos. Yo me quedo sentado frente a aquel anciano sin edad, áspero y espinoso como la corteza de un *yuchán* añoso. El hombre observa cómo los niños —quizás los nietos de sus hijos— se divierten sin alboroto, y suspira. Se levanta un momento, entra a su rancho y vuelve a salir abrazando una sombra. La examina largamente, la reconoce, la acaricia suavemente entre sus grandes manos nudosas, como pidiéndole permiso, y luego se afirma un extremo contra el pecho. Es un *nviqúé*, uno de esos violines de una sola cuerda que antaño se fabricaban de calabazas y cuero, y hoy se hacen con latas de

83 En *qomlaqtaq*, «No ando porque sí por tu lugar, estoy buscando mi presa hoy».

84 En *qomlaqtaq*, «Tan solo te pido que me tengas compasión proveyéndome de algo hoy».

aceite quemadas y crines de caballo o pelo de mujer. Toma el arco en su mano derecha y lo pasa por la cuerda, que vibra quedamente. Poco conforme con el sonido, se levanta otra vez y se acerca a los restos quemados que ayer fueron brasas de un fogón, cerquita de la pared de su casa. Toma un poco de ceniza y frota ambas cuerdas, la del arco y la del *nviqué*. Vuelve a acomodarse sin prisa, porque no tiene ninguna: nadie lo espera, nadie lo apura. Nadie lo escucha, excepto yo, que no existo ante sus ojos. Y entonces comienza.

Aquel ronroneo, quejoso y melancólico, evoca en mi memoria mi viaje a través de las tierras húmedas, de los grandes ríos colorados, de los bosques impenetrables que me aterran. El sonido imita los cantos de esta región y sus gentes, o quizás sea al revés,



aunque ahora no importa. Cierro mis ojos de bruma y veo, en mis recuerdos, otros *nviqué* que oí sonar hace muchísimas lunas, aquí mismo, cuando no se sabía de la enfermedad de las manchas rojas, ni de la diarrea, ni del desmonte, ni de la explotación, ni del asco de un hombre hacia otro. Se sabía de la escasez y el hambre a veces, cuando el monte quedaba estéril y había que moverse a otro rincón donde la tierra regalara más comida. Se sabía de la guerra cuando había que disputarse el aire, el agua o el alimento. Se sabía del amor, de las leyendas, de las aventuras... Y se tocaba el *nviqué* para no olvidar nada de eso.

Quizás este cuentero y músico viejo del pueblo *Qom* esté pensando lo mismo que yo tras sus párpados arrugados y cerrados, mientras sus dedos esculpen cadencias tristonas sobre las cerdas tensas, sucias de ceniza. Tal vez piense que hoy poco se sabe, poco se dice y poco se rescata de los tiempos de antes.

Echo a andar por las calles oscuras del *Nam Qom*, débilmente iluminadas por unas farolas sobre las cuáles pululan enormes cucarachas de agua y a cuyos pies, como hipnotizados, esperan la caída vibrante de sus presas unos sapos demasiado gigantescos para mi gusto. Es curioso, pero no hay piedras aquí: sólo unos pequeños guijarros irregulares que los extraños trajeron de lejos para impedir que las calles se transformaran en pantanos tras las lluvias. Las ranas que lloran como bebés insisten en gritar su lamento a la enorme luna, que me sigue los pasos lenta y silenciosamente. Y cruzan mi sendero unas enormes mariposas oscuras cuyas alas —del tamaño de mis manos— se funden en la boca de la noche, la misma boca sin colmillos que me traga a mí.

Las palabras del *nviqué* —o las del anciano, que son lo mismo— continúan sonando a mis espaldas, contando sueños y pesadillas de un pueblo que nunca acalló su voz.



Recuerdo todavía —aunque no sabría decir qué edad tienen estas memorias mías— las veces que mi rumbo se cruzó con el de estas gentes del monte. En aquellas épocas tenían la costumbre de raparse la frente hasta la mitad de la cabeza, de pintarse el rostro con líneas y puntos y de perforarse las orejas, la nariz y el labio inferior con maderas, plumas o astillas de hueso. Todo ello —rasgos alejados de los de mi propio pueblo andino— les daba una apariencia feroz, avasalladora, implacable. Las miradas de los hombres penetraban más allá de la cúpula verde y húmeda que delineaban las ramas de los inmensos *cotapic* y de los *mapic* de vainas sabrosas. A veces buscaban las presas de caza; otras, los enemigos de guerra, que eran muchos: aquéllos a quienes ellos mismos llamaban *El-la*, o *Shimpi*, o quizás a los *Lcaxaic* o los *Sotegaxaic*⁸⁵. Presencié un puñado de sus combates, sangrientos para mis ojos, momentos en los que no había cuartel para nadie. Los caídos eran rematados a degüello, y sus cabelleras eran tajeadas para convertirse en trofeos. Los espíritus de los vencidos se levantaban de entre los muertos y observaban atónitos sus despojos destrozados, y luego me descubrían y me interrogaban, mudos, buscando en mis ojos una explicación que yo —otro fantasma

85 Pueblos indígenas vecinos de los *Qom*. Ver *Glosario*.

como ellos— no podía darles de ninguna manera porque ni siquiera la tenía para mí. Cuando los guerreros *Qom* regresaban de esas batallas, sus mujeres salían de sus improvisadas cabañas cantando algún *palotaxac* para celebrar, o algún *lyaxac* para llorar la pérdida de los propios que jamás volverían a golpear la tierra con sus pies.

En alguna ocasión me paseé por sus aldeas al amanecer, cuando un puñado de mujeres comenzaba a tejer las fibras de *caraguatá*, y otras preparaban los mantos de piel que cubrirían a sus varones. Sus manos limpiaban cuidadosamente el pelo que iría por dentro, y raspaban el cuero que iría por fuera, pintándolo luego con trazos de color bermellón. Con esos mantos se vestirían los hombres, quienes no perdían la oportunidad de lucir escandalosos gorros hechos con alas de espátula rosada o picos de tucán, tan distintos de los sencillos *ch'ullu* de lana teñida de mi gente. Desde mi punto de vista, los *Qom* tenían costumbres raras. Recuerdo que se depilaban las cejas para no parecer *suris*, y que incluso se arrancaban las pestañas porque pensaban que no les dejarían ver. Además se dibujaban todo el cuerpo, y aquéllos que más imágenes transportaban sobre su piel ostentaban mayor rango entre los suyos. A veces, en las orejas se insertaban enormes espirales hechas con hojas retorcidas de las palmeras *karanday*, que crecen por doquier en su tierra, logrando que sus lóbulos colgaran a la altura de sus hombros. Eso era algo que yo sólo había visto en algunos personajes de la nobleza del *Qusqu*, y que siempre me pareció una atrocidad para con el propio cuerpo. Sin embargo, usos son usos y costumbres son costumbres: quién sabe qué pensarían mis hermanos monteses si me hubieran visto llevando mi poncho, mi gorro y mis sencillas *ushutas* de cuero.

Raramente osaba inmiscuirme en la privacidad de sus casas, sencillos refugios hechos de ramas y palma, con el suelo cubierto de paja y pieles en las cuales sentarse o dormir. Me acuerdo de mis sonrisas al enterarme de que muchos de ellos no comían la carne de animales que consideraban «cobardes» —como las tortugas— o huidizos —como el ciervo— por temor a contagiarse. Sólo las mujeres comían de eso, pues. Tampoco consumían el hígado de sus capturas, porque temían enfermarse de los dientes, ni carne de *pecarí*, al creer que contraerían alguna rara enfermedad en la nariz. *Añañaw!* Tan parecidos pero tan distintos éramos nosotros en ésta, nuestra tierra grande.

El sol sorprendía a los hombres buscando sus presas, y a las mujeres recogiendo todo aquello que pudiera comerse: frutos, médulas de palmera, cogollos, semillas, *tunas* o miel de más de una docena de avispas distintas. Todo lo solían almacenar en un granero colectivo que llamaban *lcopi*. Los frutos del *mistol* —por los que siempre tuve una curiosidad nunca saciada— y las vainas del algarrobo eran molidos y guardados allí como harinas y pastas. Esos alimentos eran sahumados con el humo de ciertos vegetales —entre los cuáles podía reconocer el *paico* y el *quebracho* blanco— para evitar que las plagas los dejaran sin sustento cuando la tierra se cansara de brindarles vituallas.

Sabían seguir con sus ojos oscuros la trayectoria de las *huaqaj-ñipi*, las estrellas, que eran quienes orientaban los momentos de sus vidas. Cuando las *Aso dapichi*⁸⁶ —viejas conocidas de mi pueblo— quedaban en posición vertical sobre el firmamento, indicaban que el

86 Las Pléyades, también conocidas como «Las siete cabritas».

invierno moría. La primavera empezaba, pues, anunciada siempre por las flores del *chañar*, que también alertaban del comienzo de las crecidas de los grandes ríos. Más tarde aparecerían, por el cielo del sur, las estrellas *Araxanaxaqui*⁸⁷, ubicadas al lado derecho de la cabeza del gran *Mañic*⁸⁸, el cual, según la leyenda, corría una desenfrenada y eterna carrera a través del cielo. Entonces los cazadores tendrían cuidado con las hembras preñadas —para no desencadenar la furia de los Padres de la caza— y acamparían para la recolección y el almacenaje de los frutos. Jornada tras jornada serían *Nalá*, el sol, y *Qa'aqoxoic*, la luna, quienes golpearan sus tambores invisibles para marcar el ritmo de los días y los meses.

Una vez al año celebraban el *Naimatac*, festividad en la cual se agradecía a la naturaleza por sus bondades. En aquellas ocasiones —sólo fui testigo de un par de esas fiestas— evocaba los pagos a la *Pachamama* que también nosotros ofrendábamos con mis hermanos de *ayllu*. Cada *Qom* aportaba un poco de miel o una carga de algarrobas, que se iban colocando en el interior de un enorme recipiente hecho con el tronco ahuecado de un *yuchán*. Allí se prepararía una deliciosa bebida fermentada, la *lataxa*. Mientras se reunían todos, el *Apishi lo'o* —el encargado de elaborar aquella especie de *chicha*— iba entonando, junto a la imponente artesa, la canción de la fermentación. Una vez que todo estaba listo —y podían pasar muchos días para eso— había suficiente *lataxa* para embriagar a varias aldeas. Recién en ese momento comenzaba la celebración. Era entonces cuando se concertaban matrimonios, se arreglaban disputas y se pla-

87 Estrellas conocidas como «Los dos morteros».

88 En *qomlaqtaq*, «avestruz americano». Era el nombre que se le daba a la constelación de la Cruz del Sur.

neaban movimientos de guerra. Además, se ponían los nombres a los niños que aún no los tenían, y los *nayicpi* —esos bufones pícaros que nunca me terminaron de caer bien— gastaban sus bromas pesadas todo el tiempo, a todo el mundo. A veces la fiesta era interrumpida por *Qatalo*, el gigante traga-gente que cuidaba las colmenas y que, con su poder mágico, agriaba la bebida. Eso ocurría porque no se le había ofrendado a tiempo la miel que le correspondía. Entonces el *Apishi lo'o* recomendaba no beber más, y la fiesta se postergaba un año. Por ello era siempre aconsejable pagar a los Padres de la naturaleza en tiempo y forma.

Y había muchos de esos Padres... *No'vet* gobernaba todo. Era un ser impredecible y caprichoso, y tenía un ejército de sirvientas que mis hermanos *Qom* llamaban *Washi* y *Laqshi*. También tenía mensajeros malditos, los *Payak*. *Napa'l-lta'al* era el jefe de los espíritus de los muertos —alguien a quien yo conocía bien— y *Yale-loaic* era el cuidador del *suri* o *mañic*. *Huashi* era la Madre de la fecundidad, y *Na'araxanaq late'e*, la de todas las víboras. *Late'e na nyaq* era la de los peces... y además estaba el Padre de los armadillos y tantos otros que velaban por la tierra y su equilibrio. Y no debo olvidar al Zorro, ese tramposo que cambiaba de forma y de color, y que vivía sólo para fastidiar al prójimo. Aunque, según cuentan mis hermanos monteses, él fue quien rompió los dientes que las mujeres tenían en la vagina al principio de los tiempos, lo cual fue tenido siempre como un enorme favor...

Así transcurrían los tiempos de antaño, tal y como yo los presencié. Las arenas de los relojes cayeron y ese mundo del cual fui testigo directo dio varios vuelcos. Muchas cosas quedaron atrás, desplomadas al borde de la ruta. Pero otras sobrevivieron y siguen aquí: el

relato sobre el «Dueño del monte» que disfruté en un patio de Sáenz Peña era un ejemplo esperanzador.



Los espíritus del pueblo *Qom*, que habitaban y aún habitan los vientos de estas regiones, solían reconocermé a mi paso. Me los cruzaba en Avia Teraí, en Cotelai, quizás allá en Tapenagá, por Charadai o Quitilipi... Reservados e insondables, esos hermanos de aire miraban con simpatía de viejos nómadas mi rumbo errante, y oían los relatos de mis andanzas con curiosidad. Ellos fueron los que me llamaron *So n'aqtaxanaq*.

«El que habla».

Y ese nombre aún me gusta, porque hace mucho que me acostumbré a escuchar y a buscar, y a expresar libremente lo que averiguo, lo que pienso y lo que siento. Una posibilidad que pocos tienen en estos tiempos que transito. Una oportunidad que muchos parecen haber perdido, o haber transferido, o haber olvidado quizás, de poco ejercerla.

Muchos de los descendientes de esos fantasmas que me regalaron el apodo también mantienen viva, como yo, la costumbre de relatar, de referir los cuentos imaginados y los sucesos vividos. Aunque a veces se avergüencen de hacerlo en su lengua —su mayor tesoro, la herencia de sus padres— y utilicen, para narrar sus historias, el quejido zumbón de un *nvi qué* de lata.

Son muchos los *Qom* que estudian y aprenden para poder seguir contando. Saben que a la palabra hay que alimentarla para que crezca, para que mejore, para que sus alas tengan mayor alcance y mejor vuelo. Y en sus dichos, esos aprendices declaran:

*«Ltadaikc da ñitonaxac da ñapagueta, cha'ayi huo'o ca naigui que'eca na'aq de'eda ñapaguenaxac».*⁸⁹

⁸⁹ En *gomlaqtaq*, «Grande es mi alegría de aprender, porque habrá un día en que tendrá significado mi estudio».

Chanka hugniyag capítulo 11

De niño, mi padre me llevó con él a las riberas del *Tititqaqa*, la gran *mama qhucha*, el extenso lago que se abría en el medio de la *puna*, las tierras altas del sur. Yo era *chango*, pequeño era, acompañé nomás a mi padre. Con nuestra recua de llamas fuimos a mercar el maíz y otros frutos de nuestro valle por los bienes del altiplano: papas, pescado seco del lago, algunas cañas para nuestras flautas y algo de *tatora* para los cestos.

Tardamos casi una luna en llegar. Los habitantes de aquellas regiones, hombres de habla *aymara* y un aspecto que resultó muy curioso a mis ojos de entonces, recibieron gustosos nuestra carga: sus *pampas* barridas por el viento y el sol no daban a luz esos productos. Todavía tengo muy presentes el despiadado *suruqchi*, el mal de altura que ni la coca pudo remediar, y mi asombro infantil cuando vi el más azul de los cielos mirándose en aquel gigantesco espejo, y los hombres que vivían en sus costas cabalgando barcas de junco. Jamás olvidé la sensación de ver tanta agua quieta, allí reunida. Nunca había estado en el mar, pero los viejos y algunos mercaderes hablaban de una laguna infinita cuyas fronteras superaban el horizonte. El *Tititqaqa* debía de parecerse bastante.

Los ríos que crucé en mi camino a través del enorme *Chaco* muchos ciclos después también eran algo así: corrientes cuyo fin no alcanzaba la vista. Eran anchos, caudalosos, marrones por el lodo que se agitaba en su corriente, lentos, cadenciosos, bullendo de escamas plateadas y doradas. Eran los mayores que jamás vi. Los de los valles montañosos en los que crecí y viví eran escasos, pequeños, inconstantes, transparentes y gélidos, espumosos y rápidos, apenas poblados por alguna rana o algún pececillo que sirviera de alimento a las aves o a las culebras.

Sin embargo, comprendí que los cursos de agua que había admirado hasta entonces eran vulgares arroyuelos cuando por primera vez —¿cuánto hace de eso?— me acerqué a las márgenes del gran padre de todas las aguas.

«Paraná» lo llamaron mis hermanos *Guaraníes*. «Pariente del mar». Supuse que, aunque todavía no hubiera visto el océano, el espectáculo debía asemejarse mucho a aquello que tenía delante.

Hoy, al cabo de muchos viajes, a sabiendas de lo acertada que resultó aquella suposición, me detengo una vez más entre los juncos y las hierbas de la orilla barrosa, sobrevolando un estero de los tantos que bordean y delinear el trazado de este majestuoso caudal. Y enseguida encuentro a los piratas.

En un primer momento me parecen reflejos, formas fugaces que se desvanecen al instante entre la bruma grisácea. El golpe de sus remos apenas se siente, y pienso que quizás mi sensación sea puro producto de la imaginación. Pero cuando menos los espero emergen lentamente de entre la neblina, como sombras primero, luego perfectamente dibujados.

Pasan sin verme, guerreros ferozmente armados montados en largas y delgadas canoas hechas de troncos enormes de las selvas del norte. Se deslizan sobre la cara del agua marrón en silencio, como *camalotes*⁹⁰, fantasmas de un pasado lejano en el cual depredaban a las poblaciones ribereñas.

Payaguás, los llamaban. Poco se sabía de ellos, excepto que venían de río arriba y que su lengua era semejante a la de otros pueblos de estirpe *guaykurú*. Los *Qom* y los *Moqoit* también habían sido piratas en los riachos que volcaban sus aguas en el Paraná, asaltando embarcaciones y navíos de los extraños en varias épocas de sus historias. Pero no tenían la temible fama de sombras siniestras que se habían ganado estos *Payaguás* a lo largo y ancho de la cuenca del gran río.

Acostumbraban avanzar con sigilo, rozando apenas el agua con sus palas, los ojos vigilantes, las respiraciones contenidas y las flechas de guerra a punto. Llegaban sin ser vistos, y así se iban, arrasando lo que encontraban, saqueando lo que podían. Solían encontrar resistencia entre los grupos de los pueblos *Abipón* y *Moqoit* que se habían establecido en las márgenes del Paraná durante las épocas de pesca. Pero más al sur, entre los *Timbúes*, los *Chanás* y otros pueblos —a los cuáles sólo a veces alcanzaban— apenas si podían ser repelidos.

Los dejo pasar, veloces y mudos, frente a mis ojos. ¿Habrán quedado anclados en algún jirón del tiempo, como yo? ¿Qué hazañas estarán recreando en su memoria de brisa? Ante mí se alza un sol

90 Plantas flotantes.

rojo, por encima de una selva de la que poco queda: algún altivo *jacarandá*, o un *quebracho* de incierta suerte que ha logrado esquivar las hachas por años. Sobre el río —pero esta vez, de verdad— se desplaza una enorme plataforma de troncos caídos, hermanos del *quebracho* de allá lejos, que no han tenido tanta fortuna y han sido segados por el hierro para alimentar los obrajes madereros. Subidos en ellos, un par de hombres dirigen esas enormes *jangadas*⁹¹, silbando algún *rasguido doble* viejo que rompa la invariable soledad de su trabajo, y deseando no cruzarse ninguna serpiente venenosa enroscada en los restos flotantes que tapizan las aguas.

En las costas del Paraná se acunaron —con el ir y venir del Gran Padre— muchísimos de mis hermanos. Quizás siga su curso hacia el sur, acompañando a los *jangaderos* en su viaje, para buscar qué ha quedado de ellos. Aunque presiento que no hallaré más que la huella de miradas oscuras difuminadas en los ojos mestizos de algún niño, algún *yerbatero*⁹² o algún anciano. Deslizándome sobre la corriente, me enganché a la corteza rugosa de un gigantesco *lapacho* unido a la *jangada*, que probablemente venga viajando desde ese inmenso *Chaco* que dejó atrás. Y, junto a esos hombres de madera que dirigen el rumbo de los troncos Paraná abajo, canto su canción.

Mi destino por el río es derivar
desde el fondo del obraje maderero

91 Plataformas de troncos que se desplazan por el río. Ver *Glosario*.

92 Trabajador que se dedica a cortar yerba mate. Ver *Glosario*.

con el anhelo del agua que se va...⁹³



Mientras avanzo por el «pariente del mar», recuerdo que a mis espaldas quedan los caseríos *Mbyás*, una de las tantas parcialidades de los *Guaraníes*, a quienes ya he visitado en otras ocasiones y que esta vez dejaré de lado. No encontré rastros de mis hermanos *Abipones* a lo largo de la corriente, ni de los *Chanás*, los *Timbúes* o los *Charrúas*, o de esos *Querandíes* que siempre vivieron allí donde el Paraná se une con el *Urugua-i* para formar ese río anchísimo que los extraños denominaron «de la Plata». No pude ubicar a los *Moqoit* o *Mocovíes* al oeste ni a los *Kaingang* al este, ni me acerqué a las aldeas de los *Sanapanas*, los *Ayoreos*, los *Guanás*, los *Macás*, los *Achés*, los *Angaités* o los *Pay-taviterás*, mucho más al norte.

Según contaban en sus historias —ésas que el extraño llama «leyendas»— ellos fueron los creados por los dioses para poblar sus tierras, fueron los que presenciaron el nacimiento de la luz del sol y sus primeros destellos sobre los ríos, fueron los que cazaron y sembraron en sus bosques.

Fueron los antiguos dueños de todo.

Y me lastima lo indecible decir eso y saber que, en mucho casos, es verdad.

93 Estrofa de «Canción del jangadero», de los argentinos Jaime Dávalos y Eduardo Falú.

Chanka Kaimiray capítulo 12

Henen, naguean, lemin, butos, san...

Repito esas palabras una y otra vez, como un homenaje íntimo a vocablos que ya se fueron y a los labios que alguna vez los pronunciaron.

117

Henen, naguean, lemin, butos, san...

Me gustan los vientos de las sierras de esta región, que los extraños bautizaron «Córdoba». Llevan brumas en invierno, flores de *espinillo* en primavera, cantos en verano y amarillos en otoño, cuando los árboles arden en un bellissimo incendio sin fuego. Sin embargo, en sus montañas ya no se oyen ni el *henia* ni el *camiare*, las lenguas de ésos que los invasores pálidos llamaron *Comechingones*.

Más al norte, los ausentes son los *Sanavirones*.

Henen, naguean, lemin, butos, san... vuelvo a pronunciar, como un remedio o un antídoto contra el dolor y la rabia. Pero la rabia persiste, a pesar de todo.

Aquí, en Córdoba, los recién llegados arrasaron con todo aún antes de que algo pudiera ser conocido o recordado sobre las gentes que ocupaban los valles y las sierras. Por no quedar, no quedaron ni leyendas. Sólo algunos nombres, y un diminuto puñadito de palabras de las cuáles ni siquiera se sabe, a ciencia cierta, su significado:

Henen, nagan, lemin, butos, san...

Las figuritas de barro que mis hermanos antiguos dejaron esparcidas a los costados de los arroyos —esos arroyos perfumados por el canto de las calandrias y los *horneros*, y acariciados por las ramas de los sauces que siguen llorando sin saber porqué— me miran con ojos rasgados, con tatuajes, con moños, con brazaletes, con trazos raspados sobre la arcilla ocre. ¿Son las caras del pasado? ¿Son los rostros de los que se fueron, que siguen acechando desde el fondo de un abandono tenaz? No lo sé. Sólo sé que en mi mente de aire siguen rebotando las mismas palabras.

Henen, nagan, lemin, butos, san...

En el Cerro Colorado, donde durante siglos los pueblos sin letras escribieron su historia con dibujos sobre las rocas ásperas, el último capítulo aparece reseñado en los perfiles de unos hombres a caballo, portando lanzas y escudos. Ante ellos pueden apreciarse otros, emplumados como cóndores, llevando arcos y flechas. Así terminó la historia, aunque algunos prefieran decir que así empezó. Desde ese capítulo final, ninguna otra mano esbozó narraciones sobre esas piedras.

Recostado sobre las laderas de este inmenso monte bermejo, custodiado por las ramas espinosas de los *churquis* y matizado por el verde polvoriento de los Algarrobos, recuerdo a los antiguos, a éstos

que jamás pude tratar, a esos cuyas sombras de viento ni siquiera me he cruzado en mi camino errante. *Comechingones. Sanavirones*. Todos muertos. En las batallas primero, en las minas y en las estancias después, repartidos entre los extraños que los esclavizaron.

Cayeron en los rincones más olvidados de su mundo, y desde allí volvieron a la tierra, quizás susurrando alguno de esos sonidos que aún persisten dentro de mí.

Henen, naguean, lemin, butos, san...

Hoy creo ver sus rasgos en muchos habitantes de estas sierras; su pelo, su piel y su sonrisa en muchos niños de Punilla, de Soto, de Cruz del Eje... Y descubro la misma humillación de antaño, que ahora se llama «hachero», «carbonero», «criador de caballos», «basurero»... Se llama «*changa*», se llama «*cabecita negra*»...⁹⁴ Adivino la dureza de la vida reservada toda para ellos, completa, sin ningún ahorro. Y barrunto el cansancio, la frustración, el alcohol que no alcanza para llenar el vacío que hay adentro, el maltrato a los propios como desahogo por no poder alzar esa mano o ese grito contra quienes los pisan, contra los que siguen haciéndolo después de tanto tiempo.

Me dirijo al sur, donde se termina la escabrosa tierra de las piedras y comienza la *pampa*: un mundo liso, chato, lleno de pastos a veces, de sal otras, de arena... Y en todo el viaje —aquí empujado por un viento norte, allá detenido por una tormenta— no logro tropezarme con ningún vestigio que me diga que allí también estuvieron

94 Términos despectivos argentinos para referirse al trabajo eventual y a las personas de piel oscura y origen indígena o mestizo. Ver *Glosario*.

ellos. Quizás el nombre de algún valle, quizás el de alguna ciudad o algún río. Pero sólo «quizás».

Nada queda, excepto unos pocos descendientes que saben, de alguna manera, que sus raíces provienen de esos hombres de las historias del Cerro Colorado, y estas cinco palabras que grito —con mi voz de brisa— para que alguien, en algún sitio, las recuerde.

Henen, nagan, lemin, butos, san...

Pero cuando llego a la *pampa*, sé —de esa forma misteriosa en la que sé las cosas— que nadie se ocupará de ellas, que seguirán arrinconándolas como las arrinconaron siempre.

Será por eso que sigo nombrándolo todo en nuestras lenguas originarias. Será por eso que sigo reviviendo sus sonidos.

Phunka Kimsayug capítulo 13

Ocurre todos los años en Sauce Corto, a seis leguas de la ciudad de Cura Malal, en el corazón de ese territorio que los extraños llamaron «*pampa*», una palabra de mi lengua usada para nombrar una tierra remota.

Y cada vez que se repite, cada doce lunas, intento estar allí.

Ese día, al ponerse el sol, decenas de guerreros de viento, pálidos y blanquecinos, hacen retumbar nuevamente el suelo pampeano bajo los cascos de sus *baguales*.

El estruendo se oye desde lejos, y los peones de las estancias vecinas —respetuosas memorias vivas de una historia real— aguardan cautelosos y susurran, entre *mates* amargos, las narraciones de los viejos, ésas que ellos escucharon de niños. Vigilan el ganado, musitan antiguas leyendas y prestan atención a ese ruido que crece, crece más y más...

Decían los contadores ancianos que en aquel lugar, en el tiempo de la «guerra contra el *indio*», una partida de *ranqueles* —así llaman por allí a los *Ranküllche*— le había pegado un *malón* al fortín de

línea. Un *malón*. Un ataque. Fueron decididos a saquear, a robar el ganado que localizaran y a volverse pronto al medio del desierto, donde pocos *baqueanos*⁹⁵ se hubieran animado a seguirlos sin miedo a verse desnucados por un golpe de *boleadora*⁹⁶. Contaban aquellos narradores que los soldados del fortín, en contra de toda predicción, ya estaban avisados del ataque y los estaban esperando, y que los recibieron a puro plomo, nomás. Plomo y *fierro*. Sólo un puñado de hombres salió con vida de aquel encuentro; unos se perdieron en las soledades de las cuáles surgieron; los otros lograron alcanzar el pueblo más cercano, donde quizás ni siquiera sobrevivieron a las heridas que llevaban. La masacre se recordó algún tiempo, y nadie se atrevió a volver a pasar por allí. Pero tras numerosos choques parecidos, más pronto que tarde se dejó de considerar el asunto.

Excepto en las historias de los viejos, que siempre reconocieron su importancia.

Muchos años después del hecho, los peones que cuidaban el ganado de noche —protegiéndolo de algún puma o de cosas peores, como los *cuatrer*os— empezaron a hablar, con ese misterioso tono que sólo sabe dar el miedo, de un estremecimiento que sacudía la tierra pampeana. Un tumulto que comenzaba como un rumor en el fondo de la *pampa* y se acercaba lento, creciendo, golpeando y vibrando cada vez más fuerte. Explicaban que el sonido de los cascotes de la caballada se sentía primero en las tripas, y que tras ese ruido venía el otro, el que erizaba toda la piel.

95 Rastreador, persona experta en senderos y caminos. Ver *Glosario*.

96 Arma indígena, usada también para la caza. Su uso se extendió a la población no-indígena de la *pampa*. Ver *Glosario*.

Era un solo grito, repetido por cien gargantas.

«*Wingka!*».

Los que contaban el cuento señalaban que no era un grito común, de ésos que se escuchaban con los oídos. Era otra cosa, como cuando la tierra tiembla y se sienten sus sacudidas bajo los pies, o como esos truenos que se adivinan en lontananza y nos hacen tiritar cuando presentimos un nuevo estallido. Era un bramido que salía de ninguna parte.

Yo lo oí. Eran voces que venían del otro lado del silencio.

Los testigos decían que entonces se perfilaba, sobre el horizonte nocturno, el contorno inconfundible del *mangrullo*, la torre de un fortín de línea del cual ya no quedaban ni las ruinas. Era una silueta difusa, grisácea... Lunar, podría decirse. Y se alzaban de la nada las paredes de palo, y asomaban por encima las cabezas de la soldadesca y sus escasos fusiles.

Y frente a ella se agrandaba aquel rugido y aparecían mis hermanos *Ranküllche*.

Al principio sólo se podía ver la polvareda, extendiéndose como una niebla, y de ella emergían las sombras blancas de las cañas *ta-cuaras* rematadas en puntas de hierro filosas como navajas. Luego se distinguían los rostros curtidos, fantasmales, y los pies apenas apoyados en un esbozo de estribo, las piernas atenazadas sobre los lomos curvos de los animales, las manos agarrotadas apretando las cuerdas de tiento de las *boleadoras*, o enlazadas a las crines de los caballos.

Tras eso volaban las primeras *bolas perdidas*⁹⁷, y las primeras figuras traslúcidas sobre el muro del fortín se desplomaban deshechas, y de los caballos también caían otras, alcanzadas por el fuego y por el plomo, con el pecho destrozado. El fragor aumentaba, y también el escándalo de cascos. Y la agonía y el dolor, de acuerdo a los paisanos, podían olerse en el viento tanto como la sangre de las heridas o el humo de la pólvora.

Los soldados salían del fortín a caballo o a pie, bayoneta o sable en mano, o quizás sólo *bola* y cuchillo, y se entablaba un cuerpo a cuerpo difuso, una lucha de neblinas y de recuerdos rotos. Nadie podía oír los últimos estertores, los gemidos, los aullidos de rabia o de dolor, pero allí estaban: podían sentirse bajo la piel. Era como el sueño perdido de muchos muertos, un sueño que nunca tuvo un final ni un despertar.

Eso contaban. Así nomás.

Y después, así como todo aparecía, se desvanecía como lo hace el humo de una fogata ante el viento *pampero*. No quedaba nada. O sí. Flotaba una inmensa tristeza en el aire, una tristeza pegajosa que se adhería a los testigos y que no se podía arrancar ni frotándose el cuerpo con pastos secos. Se iba sola, después de muchas noches de insomnio, decían. Hasta la siguiente vez.

Todos los años, en la misma fecha en la que fueron masacrados, los guerreros *Ranküllche* se lanzan de nuevo contra los muros de aquel fortín de línea. E, indefectiblemente, los soldados vuelven a

97 Variante de la *boleadora*. Ver *Glosario*.

enfrentarse con ellos. La pesadilla de la que nunca pudieron salir se repite, una y otra vez, con el mismo resultado.

Los paisanos le dicen «el Malón Fantasma», y no es más que el recuerdo colectivo de un centenar de almas que se niegan a ser vencidas y que, una vez más, juegan su suerte pretendiendo cambiar el curso de una historia —la suya propia— escrita y cerrada hace cien ciclos.

Cada aniversario trato de estar allí, en esa noche, en ese lugar. No me canso de ver cómo ellos, con el valor que siempre los caracterizó, siguen intentando algo que yo jamás probé.



Las luchas entre la gente de la tierra y los recién llegados —fueran de donde fuesen, se llamaran como se llamasen— se repitieron miles de veces en aquella zona. Hasta que alguien con poder y un uniforme ideó la «Conquista del Desierto»⁹⁸ —un desierto lleno de vida, habitado desde hacía soles incontables— y borró de la faz de aquella región todo lo que se oponía a sus intereses.

Enredado en la copa de un *ombú* enorme, la tarde antes de mi partida hacia las grandes cordilleras del oeste, caigo en la cuenta de que muchos de los *Ranküllche* que sobrevivieron a las grandes guerras terminaron denominando a su tierra *Gualicho Mapú*. La «Tierra del Mal». Un nombre aciago y desesperanzado para el suelo que uno

98 Ver *Glosario*.

amó. Aunque no sé hasta qué punto la tierra que uno quiso sigue siendo la misma cuando no se la puede pisar como antes, acariciar como siempre, porque está empapada de sangre o de lágrimas propias, o porque es comprada, vendida y explotada por manos ajenas.

Los *Ranküllche* nombraron cada rincón de este suelo suyo cuando aún no era tierra de males, cuando todavía no estaba atravesado por zanjas ni rasgado por las púas de las alambradas. Muchas ciudades quedaron bautizadas con sus palabras: Huinca Renancó, Trenque Lauquén, Carhué, Salliqueló, Choele-Choel... El *pampero* me arrastra sobre esos lugares, que rozo con mis dedos imaginarios, pero también me fuerza a atravesar los bustos y las estatuas que se levantan en las plazas de esos pueblos, y sus calles y avenidas, homenajes a los vencedores, a los generales, a los autores de la masacre. ¿Qué piensan los sobrevivientes cuando caminan por esas aceras, cuando cruzan bajo las sombras de esos monumentos? ¿Acaso no recordarán que los sables de esos «próceres» les robaron su familia, su tierra, sus caminos, sus costumbres, su vida entera? ¿Acaso no sabrán que las órdenes de esos «grandes» decidieron su suerte y su destino?

En toda esta geografía que sobrevuelo, desde las montañas y selvas del norte hasta los hielos del sur, la memoria verdadera está enterrada, humillada, apenas musitada con vergüenza por los labios de algunos que aún se permiten evocarla. La «otra» historia —ésa de la que yo mismo fui protagonista involuntario— nunca se dice, nunca se escribe. Pocos la saben o la quieren saber. Pero allí está, en la piel de algunos peones de campo, en los cuentos de algunas viejas, en los juegos de algunos niños.

Una tropilla de caballos cruza un pastizal y me da un adiós melancólico. El ruido de su trote me recuerda a los guerreros-fantasma

de Sauce Corto, a sus ganas inconcebibles de cambiar la historia, un deseo tan fuerte que los hace cruzar esa frontera indefinida que los separa de la vida y seguir enfrentándose al hierro y al plomo que se la quitaron.

Mientras me marcho pienso en lo mucho que me gustaría que los descendientes de aquellos hombres, de aquel pueblo, vuelvan a levantar los brazos y los rostros algún día, aunque ellos crean que nada podrán mudar ya de lugar con sus manos y sus ilusiones. En su caso, todavía es posible hacer algo. Quizás sólo sea necesario recuperar algunos fragmentos del pasado, un canto, una adivinanza, y el empeño de volver a soñar, a decir sus palabras...

Bastará con buscar tales ingredientes, pues. Si es que algo de eso queda en esta *Gualicho Mapú* que dejo atrás.

Chenka Tawaycu capítulo 14

Estoy muy al sur, en esa región en donde los Andes atesoran sus bosques más hermosos y dan cobijo a lagos de un azul profundísimo. Muy al sur estoy, sí, en la tierra que solían sombrear los *pehuenes*⁹⁹ y que, durante los inviernos, se ve cubierta por las nieves que bajan de las montañas.

129

Me topo con sus formas astilladas y rajadas en un pajonal, en medio de una niebla gris que viste a una mañana recién nacida. *Chemamüll*, las llamaron los que allí las erigieron. «Gente de madera». Altas estatuas talladas toscamente en un tronco, con rasgos humanos, con manos, con ojos huecos que miran a ningún sitio y bocas eternamente desprovistas de palabras y sonrisas.

Esas efigies leñosas señalan tumbas, pequeños pedazos de tierra en los que los vivos acostaron —con ternura, con amor, delicada y tristemente— a sus seres queridos para que tuvieran paz y quietud en su último e interminable descanso. Allí reposan los muertos, quizás soñando caminos de estrellas, mientras retornan al seno de la madre

99 Variedad de conífera llamada también «araucaria». Ver *Glosario*.



que los alumbró. La misma que les dio de comer durante todos los soles y las lunas que duraron sus caminos sobre el suelo y bajo el cielo.

Allí se alzan ellas, las *chemamüll*, en medio de la bruma, con sus ojos vacíos, sus bocas silenciosas, su piel rugosa y ajada por el tiempo, acunadas por el aleteo de las aves de paso y una brisa suave que apenas si logra mover las nubes bajas.

Y delante de una de ellas distingo, de rodillas, a una mujer.

Me acerco despacio, y descubro a uno de mis hermanos de viento junto a ese perfil femenino. Está agachado frente a ella, que, al encogerse abrazada a sí misma, no parece más que un simple bulto cubierto por un manto oscuro. Sólo cuando estoy a su lado veo los dedos invisibles del fantasma acariciando dulcemente el rostro de

la mujer, intentando secar sus lágrimas. El espíritu —que en otros tiempos fue un hombre de cabello oscuro y rasgos vigorosos— me mira, deshecho, con una sola pregunta en sus ojos de aire: ¿cómo se hace para contener ese llanto, para calmar esos sollozos que duelen tanto a ambos?

Y yo muevo la cabeza, lentamente. No lo sé. No se puede. Es lo que queda cuando uno se marcha. Es lo que le queda al otro cuando se echa de menos, cuando se padece la ausencia, cuando los días y las noches se vuelven inacabables, cuando muchas cosas pierden sentido. Cuando parece que ya no vale la pena seguir adelante porque la nostalgia se hace demasiado fuerte y termina dominándolo todo. Cuando se piensa que lo único que resta es esperar el momento de partir, de erigir otra *chemamüll*, de dormir por siempre y encontrar, en ese sueño final, a aquél o a aquélla a quien tanto se extrañó.

Me retiro: me siento un intruso en ese espacio íntimo. Me acurruco al pie de uno de aquellos hombres de leño, pensando, recordando... Sé que, aunque ella no lo vea, sabe que él está a su lado. Quizás fueran padre e hija, hermano y hermana, marido y mujer. Allí están los dos, separados por una distancia que se cruza en un suspiro, pero que siempre parece infinitamente insalvable.

La silueta oscura se levanta y, con paso débil, se aleja de la tumba. La veo pasar a mi lado: es sólo una muchacha de piel cobriza, ojos hundidos bajo el peso de la tristeza, cabello oscuro aprisionado en dos trenzas largas, un *tupu* de plata sujetando la manta que la cubre y dos pendientes cuadrados colgando de los lóbulos de sus orejas. Tiene la belleza del suelo que la parió, como muchas de las mujeres de su pueblo. El pueblo *Mapuche*. «La gente de la tierra».

Me gustaría decirle: «*Chumngelu ngümaini? Ngülludnentung mi külleñu...*»¹⁰⁰. Pero no puedo. Y aunque pudiera, sería inútil. Los caminos del dolor y la pena son una incógnita, un dominio privado de cada persona. Sé por experiencia que las palabras de alivio sólo sirven por un momento. Después, cada cual debe digerir su pesar y ahuyentar los miedos, llenar las ausencias y curar las llagas del corazón con sus propias manos, lo mejor que sepa.

Así que me limito a seguir los pasos de la joven en silencio, acompañándola a su hogar. A los pies de las *chemamüll*, una sombra translúcida deja que la niebla la devore.



La muchacha regresa al pueblo. Va borrando de su rostro todo rastro de lágrimas con una punta de su manta. Una voz que me llega de no sé dónde grita dentro mío: «*Yafülduamfinge, peñi!*». «¡Consuélala, hermano!», dice. Me duele, pero no me queda otra alternativa que sacudir mi cabeza en una nueva negación silenciosa.

Llegando a las primeras casas, una anciana saluda a la joven.

— *Mari mari, Rayen... Kümelekaimi?*¹⁰¹

Se llama *Rayen*. «Flor». Lindo nombre. Uno muy común entre los suyos.

100 En *mapudungu*, «¿Por qué lloras? Seca tus lágrimas...».

101 En *mapudungu*, «Buenos días, *Rayen*... ¿Estás bien?».

— *Mai, kümelekan...*¹⁰²

Miente. Y sigue su camino sin detenerse.

— *Chem düngu mülei?*

— *Nielai düngu...*¹⁰³

Continúa mintiendo. No quiere que sepan de su angustia, a pesar de que hasta un ciego podría notársela en la cara.

— *Chumimi, lamngen? Weñangküleimi?*

— *Felei mai!* — explota finalmente.

— *Chumngelu weñangküleimi? Kümelai ta ti!*¹⁰⁴

En ningún lugar faltan comedidos que se interesen por el sufrimiento ajeno, al punto de volverse insoportables. Pero más allá de esto, me quedo embelesado por el sonido del *mapudungu*, «el habla de la tierra», la lengua de los *Mapuche*. Estas gentes suelen tener mucho cuidado con lo que dicen y con la forma en la que usan y pronuncian su idioma. Las palabras son una expresión del alma: deformarlas, ensuciarlas o emplearlas a la ligera equivale a hacer lo mismo con el propio espíritu. De hecho, recuerdo que uno de sus proverbios rezaba: *dugun mew kimngekei küme che*. «Por la palabra se conoce a la buena gente».

102 En *mapudungu*, «Sí, estoy bien».

103 En *mapudungu*, «- ¿Qué novedades hay? - No hay novedades».

104 En *mapudungu*, «- ¿Qué te pasa, hermana? ¿Estás triste? - ¡Así es! - ¿Por qué estás triste? ¡Eso no es bueno!».

Dejo a aquella mujercita en su *ruka*, su casa, buscando un poco de calor junto al *kütralwe*, «el lugar del fuego», y me dirijo hacia las afueras del pueblo, donde unos muchachos juegan a la *chueca*. «*Kuifi, fill mapuche ayükefui ñi paliweal engn*» me habían contado alguna vez. «Antiguamente, a todos los *Mapuche* les gustaba jugar a la *chueca*». Más de veinte personas en una cancha *paliwe*, corriendo tras una pelota de cuero de oveja con relleno de lana que llaman *pali* y golpeándola con un bastón *w'ño*: así es el juego. De las bocas de esos jóvenes escapan expresiones en castellano, en *mapudungu* o en una mezcla de ambos... Por la ventana de una de las casas que se asoma a la plaza surge música de radio, una de esas tonadas criollas, camperas, en las que se combinan los arpegios de la guitarra con las notas de un acordeón. Son las dos caras de la misma moneda en esta región. Aunque estoy comenzando a dudar que sea apropiado seguir considerando dos caras cuando en realidad hoy hay una sola, mestiza de mil sangres que, dependiendo del terruño, tendrá más rasgos de una que de las demás. Ya lo dije en algún momento, y lo repito ahora: todo ha cambiado con el tiempo. ¿Debería cambiar yo mis pensamientos y opiniones, tal vez? ¿Debería aprender que el presente no es ya *mi* presente, y que yo soy *pasado*?



La tierra de los *Mapuche* era extensa. Su lengua nombró las montañas y los valles, sus lanzas aterrorizaron los fortines de frontera y sus leyendas llenaron las cuevas y las lagunas de seres fabulosos. Las bandadas de *cauquenes* podían seguir desde el cielo sus huellas a través de las *pampas*, o, allende los Andes, al sur del río Bío-Bío.

Su resistencia detuvo ejércitos, y sobre sus guerreros se escribieron poemas y cantos que los recordaron en su arrojo, en su valor, en su afán inigualable por defender lo que sabían que era suyo. No sólo su tierra, ese suelo sobre el que siempre se mantuvieron firmes: también sus sonidos, sus comidas, sus telares, sus tambores, sus pasos de danza, sus palabras de amor, sus acertijos y relatos, sus trampas de caza. Todo lo que hacía que ellos fueran precisamente *ellos*.

Cuando apenas contaba unos pocos años, mis mayores me enseñaron que sin esos cimientos que sostienen al hombre y lo mantienen erguido, cualquiera muere. Su corazón puede seguir latiendo un tiempo, sí, pero nunca será el mismo si sus raíces —hundidas en la tierra o mecidas por la brisa— son cortadas de un tajo, o quemadas lentamente, o envenenadas. Sólo será una caracola vacía, un fruto sin semillas, un árbol seco. ¿Vale la pena seguir caminando sin ellas? ¿Vale la pena no saber quién es uno, de dónde viene, hacia dónde va, por qué viste como viste, canta como canta, llora como llora, sueña como sueña?

Eso lo entendieron bien quienes con tanto tesón invalidaron nuestras razones para vivir. Muchas veces, para borrarlas de la memoria del mundo no les hizo falta siquiera alzar un arma. Les bastó con separarlas de nuestras voces, de nuestras costumbres, de nuestras creencias. Si lo lograron a la fuerza o con engaños, eso dio igual: suele ser más perversa la lengua dulce que la mano que golpea.

Los *Mapuche* también supieron eso. E intentaron que nunca les robaran lo que siempre fueron. Porque entonces seguir vivos no hubiera tenido para ellos ningún sentido.

Pero, aun así, muchas cosas les fueron quitadas. Recorriendo estas tierras, me cruzo con un montón de hermanos de viento que me narran pasados ya olvidados por sus descendientes y siempre omitidos por los extraños. «*Kuifi mülefui fûta ñidol-longko... Katrûmel, mülefui fûta trawn... Fentren che trautki*», me cuentan. Me dicen que antiguamente hubo grandes jefes, y, de vez en cuando, grandes juntas en donde se reunía mucha gente.

Pero no seré yo quien relate las historias de los *Mapuche*. Ellos aún tienen buenas gargantas que saben proclamar su origen y su presente, ojos curiosos que buscan lo que fue dejado atrás y manos hábiles que aprenden a reproducir sus tradiciones día tras día. Tienen espíritus fuertes que continúan luchando para defender lo suyo, ancianas que atesoran y comparten los saberes del tiempo viejo y niños que son arrullados al son de los cánticos de siempre, pronunciados en *mapudungu*.

Las mujeres *Mapuche* siguen luciendo el *kûpam* que les llega hasta los tobillos. Sobre ese paño apagado, que de tanta oscuridad parece azul, trenzan sus cabellos azabaches. Y encima de tantas sombras despliegan los colores y los adornos de plata, que aportan la luz. Llevan prendedores *tupu* o *akucha* sujetando el *kûpam*, y una faja *trarüwe* que lo ciñe a la cintura. Esas fajas, de mil tonalidades vivas, dicen mucho de quién es su portadora: cuentan de dónde proviene, si está casada o aún es soltera... Cubren sus hombros con la manta *ikûlla*, atravesada por una ancha franja que sólo puede ser azul, púrpura o verde. En sus lóbulos destellan los brillos de los pendientes *chaway*; en su pecho, los del pectoral en cruz *trapelakucha*; y en su cabeza, los del cintillo *trarilongko*.

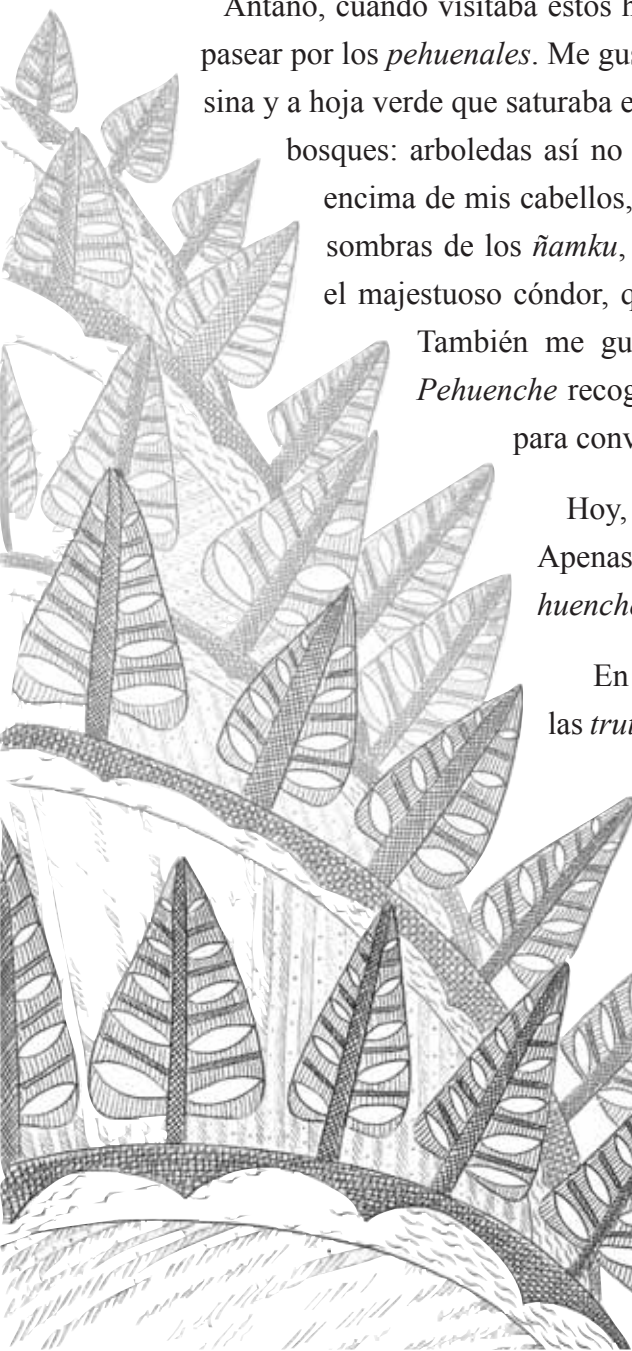
Hermosas son las mujeres *Mapuche*, incluso si no visten más que su manto negro. Pues su atractivo está en el vigor de su latido. Así ocurre con todas las mujeres de esta tierra: tras sus manos callosas, su tez cuarteada por el viento y el sol, sus arrugas y su agotamiento de madres cansadas de parir, atravesando todo eso están ellas y su verdadera belleza. La que entibia nuestros corazones con una dulzura especial. La que templó el mío cuando vi por vez primera a la que más tarde sería mi esposa.

Casi todos pues, de una forma u otra, conservan los vínculos que los unen a su pueblo: los críos piden permiso al río antes de nadar en sus aguas, los muchachos juegan a la *chueca*, las *machi* repiten incansablemente los secretos del universo para que nadie los olvide. Algunos hay que no saben siquiera quienes son, cierto es. Pero son los menos. Los *Mapuche* creen que no pueden darse el lujo de olvidar. Si lo hacen, el esfuerzo de siglos de resistencia habrá sido en vano.

Ya dije que fueron mis mayores quienes me enseñaron que sin raíces —aunque tengan alas— no se puede vivir. Eso creyeron ellos. Y seguramente tuvieran razón. Pero hoy sé, por lo que he visto y escuchado, que es posible seguir andando, e incluso florecer y dar frutos, sin tenerlas todas vivas. En unos casos, se trata del milagro de la supervivencia: miles de mis hermanos morenos pueden dar fe de ello. En otros casos, es el milagro del olvido: los extraños que pueblan muchas de estas tierras son un buen ejemplo.

Aunque no conviene fiarse de los milagros. Eso también lo aprendí.





Antaño, cuando visitaba estos horizontes al sur de mi sur, solía pasear por los *pehuenales*. Me gustaba impregnarme del olor a resina y a hoja verde que saturaba el aire aprisionado dentro de esos bosques: arboledas así no las había en mis montañas. Por encima de mis cabellos, allá arriba, cortaban el cielo las sombras de los *ñamku*, los *kanin*, los *k'leng-k'leng*¹⁰⁵ o el majestuoso cóndor, que los *Mapuche* llaman *mañke*. También me gustaba ver como mis hermanos *Pehuenche* recogían los frutos de aquellos pinos para convertirlos en harina.

Hoy, pocos *pehuenes* quedan en pie. Apenas si se ven cóndores. Y los *Pehuenche* no son ni siquiera un olvido.

En mis visitas pasadas solía hinchar las *trutruka*, esas enormes trompetas de caña *colihue* y asta que resonaban en los *ngillatun*. Eran ésas unas ceremonias de petición de dones y agradecimiento al espíritu de las alturas, *Ngenechen*. Por fortuna puedo volver a hacerlo: los *ngillatun* siguen celebrándose en las tierras que los extraños delimitaron como Argenti-

na y Chile, a ambos lados de la frontera y de la enorme cordillera nevada que separa a los *Mapuche* sin por eso dividirlos. Sólo tengo que esperar un poco, a que mis hermanos se reúnan, para colarme otra vez dentro de aquel enorme tubo que escupe su grito bronco hacia el cielo. Así puedo ayudar a que llegue a los oídos de *Ngenechen* la voz de su pueblo.

Esa voz que dice...

Fau müleini, Füta Chao...

Allkütuñmamuiñ iñ ngillatunmauken...

Nakkintuñmupaiñ, fürenemutuiñ...

Ütrüfmulaiaiñ Füta Chao...

*Kutranduamyeñmutuaiñ...*¹⁰⁶

139

«*Fau purruaiñ!*» grita el oficiante de la ceremonia. «*Düngupe kom ayekawe!*».¹⁰⁷

Y yo bailo: me uno al *choike purrun*, la danza del *suri*. Me impulsa el eco tembloroso de los *kultrun*, esos tambores sobre cuyos parches los *Mapuche* dibujan su esquema del universo. Siento que es el propio sonido el que mueve mis manos y mis pies como si fueran

106 En *mapudungu*, «Tú estás aquí, Gran Padre... / Escucha nuestros ruegos... / Vela por nosotros, favorécenos / No nos rechaces, Gran Padre... / Ten compasión de nosotros...».

107 En *mapudungu*, «¡A bailar! ¡Que suenen los instrumentos!».

los de una marioneta. Y pienso que aquello es lógico: sigo siendo una hoja seca que tiembla cuando el aire lo hace. Y la música —la de los *erkes*, los *sikus*, las *wankara*, las *trutruka* y los *kultrun*— no es más que eso: aire que vibra.

A mi alrededor logro percibir más danzarines. Y descubro que algunos son moradores de la brisa. Quizás hayan vuelto para juntarse con los suyos en el momento anual de rogativa a las fuerzas de lo invisible. O tal vez sólo deseen disfrutar, una vez más, del retumbar de los cueros y las cornetas de su pueblo.

Bailamos pues alrededor del *rewe*, el tosco altar con forma de escalera que preside el *ngillatun*. Pronto cae la noche; todos se van y yo me quedo allí, solo una vez más. Agotado por la danza, con los tambores aún golpeteando dentro de mí, me tiendo al lado del *rewe*. Las estrellas me miran, o al menos así me lo parece. Los pastizales me acarician.

Me duermo. Y sueño. ¿O son pesadillas? Veo torres de petróleo erizando el horizonte, perforando los viejos cementerios, los lugares sagrados y las tierras comunitarias *Mapuche* para extraer esa brea negra que mueve las máquinas del extraño. Veo llamaradas de gas quemando la noche, incinerando esperanzas y espíritus antiguos. Veo aguas manchadas, y niños enfermos, y ganado muerto, y plantas que deciden no volver a crecer. Veo sequías y tierras robadas, y estancias de ricos hombres pálidos sin memoria ni conciencia que se extienden sobre millares de hectáreas de suelo *Mapuche*. Veo a los que se quejan por todos esos abusos encarcelados, torturados, amenazados o asesinados impunemente. Veo hombres y mujeres con el brazo en alto, desfilando por calles bajo banderas de tres colores, con una sola consigna en sus labios: «*Marici weu!*». Así claman esas bocas en

mi sueño. «Diez veces volveremos» dicen en *mapudungu*. Por cada uno que caiga, diez se alzarán en la lucha. Todos unidos. Porque *kiñe mew düngu ta mülei newen*. «En la unión está la fuerza».

Y un poeta *Mapuche* grita sus palabras, que se oponen a que los ríos sean domados, pero que muy bien podrían referirse a cualquier otra atadura que coarte las libertades, que imponga barreras, que busque limitar y domeñar...

Elel mu kechi malall! Kalli amulepe ñi ko.

Elel mu kechi malall! Wiño petu kuyfimogen.

Feypi Willi kürüf ñi vülü, mogenley ta ti

*inchiñ ñi kom pu che, ñi pu wenüy, mülfen ñi mogen.*¹⁰⁸

Despierto de esas visiones en medio de la madrugada. Los tambores que me resonaban dentro se han convertido en un puño cerrado, en una opresión que me agarrota, en un alarido encolerizado tapado por una mano más fuerte que mi garganta invisible. Y me marchó sin despedirme, para guardar como recuerdo la esperanza en un mañana mejor, y no la realidad de uno peor.

108 Poema de Elicura Chihuailaf. «¡Represas no! Que mis raudales sigan. / ¡Represas no! Que vuelva la libertad florida. / Así dice el espíritu del viento sur, que no perece / pues son mi gente, mis amigos, el rocío de la vida».

Dicen los *Mapuche* que *küme pewman nüttramngekelai*. «El buen sueño no se cuenta». ¿Qué se hace con el malo?



Me cuelgo de un viento norte para dejar atrás aquellas tierras, aquellos *chemamüll*, aquellas prendas negras, aquellos ojos cansados. Sé que mis hermanos seguirán de pie, defendiendo su esencia, y que caerán muchas veces bajo el peso de brazos más poderosos que los suyos. Pero ésa es ley de vida para todo el que emprende una batalla.

Y también sé que serán muchos los que se despojen de sus luchas limpias y pretendan devolver todo el dolor recibido de la misma forma sucia en la que les fue infligido. Serán muchos los que exhiban su identidad como un arma para dañar a los que no la comparten. Excluirán porque fueron excluidos, maltratarán porque fueron maltratados, olvidarán porque fueron olvidados. Creo que ése no es el camino: «ojo por ojo y diente por diente» es una regla que no funcionó jamás, aunque, si debo ser honesto, hubo un tiempo en que quise cobrarme de esa manera las deudas que otros tenían conmigo.

Pero ahora creo no equivocarme al afirmar que quienes se afanen en esa tarea sólo conseguirán que la tierra se llene de *wekufü*, espíritus oscuros que no traen ningún bien. Y se alejarán de la senda por la que anduvieron los *pillan*, las almas puras de sus antepasados, que siempre los observan y los protegen.

La «gente de madera» mastica un adiós con sus bocas reseca. «*Pewkallal, küime wenüy*»¹⁰⁹, parecen susurrarme cuando ya estoy adentrándome en las desoladas estepas del sur.

109 En *mapudungu*, «Hasta pronto, buen amigo».



Chunka chishgareg capítulo 15

El aire del norte me arrastra a través de la Patagonia como ya lo ha hecho otras veces antes. Es ésta una tierra de fatigas y deshonra, la patria de los *Aonik'enk* y los *Gününa-küna*, llamados «*Tehuelches*» por los extraños. *Tehuelches*; una deformación del nombre que les dieron a aquellas gentes sus vecinos *Mapuche* del norte: *chewellche*, «gente indómita». Los primeros invasores también los llamaron «patagones» cuando descubrieron las enormes huellas de sus botas de piel marcadas en la nieve. De ese término nació el que designa hoy todo el territorio, inmenso rincón de estepas desnudadas por el viento que se extiende desde el mar hasta la cordillera.

Los *chewellche* de hoy son sólo un recuerdo difuso y unos pocos ranchos en la minúscula «reserva» de Camusu Aike. Pero no siempre fue así. Hubo una época en la que mis hermanos *Gününa-küna* —los «*Tehuelches* del norte»— se comunicaban con su creador, *Gamakia*, a través de sus antepasados. Fue en esa misma edad en la que *Elal*, el héroe de los *Aonik'enk* o «*Tehuelches* del sur», llegó a las faldas del monte Chaltén montado en el enorme cisne *Kóokne*, y allí creó a sus hijos. Fue él quien organizó el mundo, quien les enseñó a cazar,

quien les entregó el fuego... Él los defendió de los enormes gigantes antiguos, como el mítico *Gósxe* o su hermano *Nóshtex*, comedores de gente. Y luego partió hacia el este un día, sobre el lomo de su cisne, para vivir en ese cielo donde lo esperaban *Karro*, su esposa, el lucero del crepúsculo, y el hombre-sol *Kéenyenken*, y la mujer-luna *Kéenguekon*, y *Kóoch*, la más pura de las almas blancas. A reunirse con él van los espíritus de mis hermanos *Aonik'enk* cuando abandonan esta Patagonia, siempre conducidos y acompañados por *Wendeunk*, el ser que los guía y los protege.

Intento no pararme allí, para no ser testigo de tanta desolación. Me dejo llevar, confiando en que un viento sur me devolverá a las *pampas* y a las sierras que he dejado atrás hace poco. Pero, casi sin querer, llego hasta el gran estrecho, y más allá aún, donde el mundo se acaba.

Y allí veo por primera vez ese mar del sur...

Me quedo detenido, sin pensamientos, sin nada más que el sonido de las olas en su cíclico ir y venir, el del viento que zumba, el de los chillidos y graznidos de los pájaros que aletean a mi alrededor.

No tengo palabras para describir lo que observo y lo que siento. Mi boca, abierta de asombro, no podría emitir nada que no fuera un ahogado grito de admiración. Es simplemente extraordinario: tan grande, tan azul, tan libre, tan fuerte. Me elevo con la brisa que aúlla desaforada sobre la costa de guijarros redondeados e intento buscar el otro extremo de aquella extensión de agua salada, pero nada veo: el horizonte está todo hecho de océano. Aquí y allá planean, como copos de lana, un sinnúmero de aves blancas, tan amigas del viento como

lo soy yo. Y a mis pies, el mar se abraza al continente con mil dedos que tejen un complicado entramado de canales.

El frío es intenso, el cielo está gris y oscurecido por un poncho de nubes, pero, a pesar de todo eso, me encanta lo que veo. Creo que me he enamorado de este paisaje.

Y es entonces cuando el alma se me hiela. Al paisaje le falta algo. No oigo canciones *Haush*. No distingo cazadores *Selk'nam* persiguiendo guanacos. No veo canoas *Yámana* ni *Kawésqar* recorriendo los canales...

¿Dónde están mis hermanos, éstos de los que me hablaban hace tiempo los aires viajeros que partían desde aquí para escarchar mis tierras?

Cuando los barcos de los navegantes extraños atravesaron por vez primera el estrecho al que acabo de asomarme hace poco, sus ocupantes atisbaron, en la noche, cientos de pequeños fuegos en las costas. En honor a ellos bautizaron estas soledades en su lengua. «Tierra del Fuego», anotaron en sus mapas. Ahora bien podrían llamarlas «Tierra de las Sombras». Porque aquí faltan colores y voces: la oscuridad parece haberse erigido en dueña y señora de este suelo y ya no hay ninguna hoguera que relumbre y rasgue la negrura de su capa. Debe hacer infinitas lunas desde que sus últimas llamas se batieron en duelo con este frío que corta como un cuchillo.



A orillas del lago *Kami* —llamado «Fagnano» por los extraños—
intuyo una presencia. Es un alma invisible. Canta.

Estoy aquí cantando. El viento me lleva.

Estoy siguiendo las pisadas de aquéllos que se fueron.

Se me ha permitido venir a la montaña del poder.

He llegado a la gran cordillera del cielo.

Camino hacia la casa del cielo.

El poder de aquéllos que se fueron vuelve a mí.

Yo entro en la casa de la gran cordillera del cielo.

Los del infinito me han hablado.

Es Lola Kiepja, la última *xo'on* de los *Selk'nam*, la última que tuvo el *xo'on uniteru*, el poder de curar. Aunque hace tiempo que habita los vientos conmigo, continúa entonando los antiguos cánticos, sin querer despegarse de la tierra que la cobijó casi un siglo. Me llama *jak hópin*, «mi amigo», y *tul úlichen*, «corazón bueno», y me pregunta qué busco en estos confines perdidos. Le respondo que ando tras las pisadas de sus hermanos y hermanas, y ella esboza una sonrisa amarga. Me advierte que a nadie encontraré vivo. Quizás a algunos *Yámana* y *Kawésqar*, más al oeste. Pero de los *Selk'nam* no hallaré rastros visibles. Tampoco de los *Haush*, ésos que vivían cerca de la isla *Jáius*, a la que se referían como *kéoin hurr*, «cordillera de las raíces» y que los extraños conocen como «isla de los Estados».

Ninguno queda, me previene. Muchos *Selk'nam* se reunieron en el cielo con *Temáukel*, el creador. Las *mehn*, las almas de otros, todavía vagan atadas a los lugares que solían frecuentar en vida, esperando quién sabe qué. Así me dice. Habla largo rato, con un acento monótono que es reflejo de la desesperanza que la invade, y me cuenta su vida y la de su pueblo. Cada esquina, cada rincón, cada piedra y cada brizna de hierba de este mundo me confían secretos de sus viejos habitantes. Todos esos elementos los recuerdan. Pero no entienden o quieren aceptar lo que les ocurrió.

Recorro los *haruwen*, los antiguos territorios de los clanes *Selk'nam*, y no veo hombres pintados de *ákel*, ese ocre rojo hecho de arcilla y grasa derretida con el que decoraban sus pieles oscuras. No me cruzo con los *ochen*, los mensajeros corredores, avisando de mi llegada a los niños y a las mujeres en las tolderías. No soy capaz de dar con los *haipin*, los considerados como mejores cazadores, con sus mocasines *jamni* y su *kóchil*, ese tocado de testuz de guanaco con el que cubrían su frente y que proclamaba su valor y hombría. Ya no hay *pawin*, bravos guerreros armados de flechas. Ya no se celebra el *háin*, la ceremonia sagrada en donde los *klóketen*, los muchachos jóvenes, se iniciaban a la vida adulta.

Estas tierras son ahora los dominios de *Shínu*, el viento, de *Chálun*, la lluvia y de *Xòhsh*, la nieve. Atravieso los bosques llamando a gritos a *Fosha*, el dios del aire y la brisa, o esperando descubrir a *Hashe*, el espíritu de los árboles, que se asemejaba a un tronco seco. Pero nada encuentro. Ya nadie relata las hazañas del pícaro héroe *Kwányip*. Ya *Kulan*, ese desquiciado espíritu femenino de antaño, no rapta hombres para llevárselos al cielo a que satisfagan sin descanso sus apetitos más íntimos. Ya no los alimenta con los huevos de su

corte de pingüinos emperador para que resistan más tiempo, ni los devuelve a sus familias extenuados, tambaleantes y amnésicos.

No, ya nada de eso sucede. Sólo *Krren*, el hombre-sol, continúa su incasable carrera persiguiendo a su esposa *Kreek*, la mujer-luna. Y *Kenós*, el eterno protector de mis hermanos, se sigue asomando en forma de lucero del alba algunas mañanas de invierno, aunque ya no tenga hijos a los que darles ánimos para que resistan la estación más dura del año.

En un claro del bosque localizo un toldo *Selk'nam*, un sueño de sus habitantes de niebla. Una mujer se asoma, arrebujada en una enorme capa hecha de sedosas pieles de guanaco, y le dice a su hijo...

— *Ai-àynn mir winé!*

«Ahí viene tu padre». Me confunde con otro. Quizás lleven esperando lunas y lunas el retorno de ese hombre que jamás volvió a su hogar. Un niño, desnudo a pesar del frío, sale corriendo de la choza, gritando «*ké'é, ké'é...*»¹¹⁰. Aquello me lastima lo indecible. Me trepo a un viento que agita las copas de los cercanos bosques y abandono, sin respuesta, una pregunta que nace ansiosa de aquellos labios infantiles.

— *Yik'wa buen, kwa haspen?* «¿Todavía estamos vivos?».



110 En *selk'nam*, «¡Papito, papito!».

Los *Selk'nam* y los *Haush* se marcharon hace tiempo. Los *Yámana* y los *Kawésqar* son un puñado de sobrevivientes. Dejo que la nieve se me incruste y me traspase y pienso que quizás, como cuentan en sus leyendas, de pena nomás se convertirán algún día en cormoranes *keyáishk* y se irán, con su llantito finito y quedo, buscando algún lugar en donde poder ser felices.

Kox, el mar, me lava las penas sin mojarme. Y Lola sigue cantando en mis recuerdos. Sus palabras son casi una premonición.

«Estoy aquí cantando. El viento me lleva».

Epilogo

Un viento gélido del sur me conduce de nuevo hasta mis tierras. Ese viento durará días y días, como una maldición helada que se obcecara en empujarme, despacito, hacia el lugar donde nací, donde viví y de donde un día me marché para no regresar jamás. Una decisión que ese viento se empeña en desconocer y torcer.

153

En mi camino de retorno veo a las montañas llenarse de nieve y a los desiertos temblar bajo una lengua de aire escarchado que apenas los toca. Surcando caminos de aire como un vilano de cardo, recorro leguas de suelo y cruzo arroyos secos y pastizales que parecen no acabarse, rota su monotonía aquí y allá por el aburrimiento blanquinegro de algunas vacas.

He estado varios siglos lejos, aunque el tiempo ya no tenga significado para mí. Han sido larguísimas las etapas recorridas, aunque las distancias ya no me importen. Y he desenterrado muchas historias, narradas aquí y allá, a media voz unas veces, a gritos otras.

Yo soy ahora parte del trayecto, de ese aprendizaje dichoso y amargo que me llevó a encontrarme con penas como las mías, con destinos segados al ras sin motivo y con vidas que insistían en man-

tenerse alegres a pesar de los vendavales que se abatían sobre ellas. Soy —como dije al principio de esta historia— el humo y el olor del pasto que se quema, pero también soy lo que he visto. Me he descubierto en muchas otras miradas, en muchos otros llantos, en muchos otros males y esperanzas. Soy una parte ínfima de una herida abierta, una desgracia más sumada al infortunio de todo un continente.

Durante mi viaje he comprendido que esa llaga no se cerrará por más lágrimas que derramemos sobre ella. No podremos cicatrizarla con besos ni cauterizarla con plomo al rojo disparado por las bocas de los fusiles. Tampoco hay venganza ni reparación que valga. Aunque los dolores puedan mitigarse, no desaparecerán nunca. La memoria es una gran marca que a veces nos llena la cara de sonrisas, pero también pinta el corazón con señales oscuras y rugosas. Ésa es su finalidad: recordarnos lo bueno y lo malo para que podamos revivir los momentos inolvidables, condenar los hechos deleznable y superar los numerosos tropiezos que jalonan nuestra vida.

Somos como árboles, con tallos que reverdecen cada año, con flores que semejan milagros de vida, y con la corteza añosa y resquebrajada por cada tormenta soportada, cada sequía padecida, cada lesión sufrida y cada golpe recibido. La delicadeza de los brotes, la belleza de los frutos y la fortaleza de las semillas no podría sostenerse si no fuera por ese amasijo informe de madera que es el tronco. Ni el árbol ni el hombre serían tales sin tantas cicatrices.

Somos tanto nuestras ganancias como nuestras pérdidas. Y son precisamente nuestras derrotas las que sustentan nuestras victorias, las que nos enseñan los obstáculos a evitar, los errores a no repetir, las opciones que no deben ser elegidas. La memoria sirve para man-

tener vivo nuestro pasado y, conociéndolo, poder escribir un futuro con mejores letras.

Si he contado una historia con tantas sombras y oscuridades es para lograr que los que olvidaron recuerden y los que ignoran, sepan. Para que los senderos equivocados que fueron recorridos hace siglos no sigan siendo caminados y puedan dejar de transitarse para siempre.

Evitar hablar de lo que escuece no es buena solución. Puede parecer nos la más saludable, la que menos nos hace sufrir, la que nos posibilita seguir adelante, insensibles al dolor viejo. Pero no permite aprender. Y cuando los problemas y nuestra dificultad para solucionarlos se olvidan, es muy fácil volver a estrellarse contra el mismo obstáculo y caer en el mismo pozo de fango otra vez.

¿Y yo? Quizás deba permanecer atado a esta especie de vida inexistente y etérea a la cual me he visto encadenado. Pero, una vez terminado mi viaje, una vez contado el relato de lo que vi, una vez que los oídos expectantes escucharon mis palabras y despertaron de su letargo... ¿qué haré? Al igual que el cuerpo, el alma se cansa; de manera diferente, cierto, pero con resultados semejantes. Y mi espíritu, cruzado por todos los látigos del recuerdo, quiere ahora reposar en los pastos altos de mi valle andino. Dejaré, pues, que el viento me lleve allí. Otros compañeros de mi universo de niebla seguirán el camino que emprendí y continuarán desempolvando el pasado oculto y ocultado. Y tal vez algunos hombres escarbarán en la historia, recogerán testimonios, los escribirán, los interpretarán y tratarán de entenderlos. Intentarán, como yo mismo intenté, averiguar de qué sirvió tanta sangre derramada y tanto sufrimiento padecido.

Una vez decidí partir para no volver. Ahora que he comprobado que mi aflicción no es la única ni la más honda, que mi destino es seguir aquí, y que ya he hecho lo que he podido —unas veces avergonzado, orgullosamente otras— para recomponer el puñado de pueblos que habitábamos en este rincón del mundo, quiero retornar al suelo que me vio nacer y quedarme allí para siempre. Y es ahora cuando entiendo la frase que aquel sabio *Wichi* me regaló una noche, en un claro del monte.

«Cuando llegues al lugar donde vas, entonces hallarás lo que buscas».

Fui a buscar a otros como yo. Y al final de ese camino he encontrado lo que perseguía.

Un poco de paz.



Termina el invierno en mi valle. Los penachos blancuzcos de las pajas bravas ondean nostálgicamente, moviéndose de un lado al otro como en un saludo al ausente que retorna al terruño. Las *pircas* que contenían la tierra de las laderas están deshechas: las piedras quizás rodaron por la pendiente y ninguna mano se ocupó de volver a ponerlas en su lugar. Los terrenos están resecos, cuarteados; hace mucho que no son labrados, que ninguna *taqla* los hiende para fecundarlos con simiente nueva.

Mi valle está despoblado. Desolado. Tan muerto como yo.

Sigo el sendero que lleva a mi antiguo hogar y, curiosamente, comienzo a sentir las piedras bajo las gastadas suelas de mis *ushutas*, y en mi mano derecha —áspera por el barro— pesa el bulto nudoso de la *taqla*. A mi alrededor los campos lucen los trazos de la siembra. Me detengo asombrado, con el aliento casi desfallecido, y me doy cuenta de que también puedo notar el viento frío que baja de las montañas cortándome el rostro, y oigo su silbido en mis oídos, y percibo mis cabellos golpeando desordenadamente contra mi frente y mi cara. Pienso que estoy soñando, pero nunca soñé así en todas estas lunas de andar errante. Pienso que quizás mi muerte, mi espera, mi viaje, todos ellos fueron una mala pesadilla. Pero jamás tuve una pesadilla tan vívida y tan larga.

Apuro el paso, y escucho el latido de mi corazón, precipitado y miedoso, retumbándose en la cabeza como una *wankara* de fiesta. Y es al girar el recodo del camino que baja al pequeño *huayco* donde estaba mi casa cuando lo veo.

Allí está mi rancho.

No, no es la pila de adobes quemados que recuerdo haber dejado atrás al partir. Es mi hogar, el que yo mismo levanté con mis manos y la ayuda de mi *ayllu* en los días de *minqa*¹¹¹. Es el techo de *icho* que yo mismo corté, son los ladrillos que moldeó mi padre.

Me acerco lentamente, mientras vuelvo a sentir cómo es el calor de las lágrimas en las mejillas. No, ni puedo ni quiero contener el llanto. ¡Allí está mi casa! ¡Mi casa!

111 Término *quechua*, también escrito *mink'a* y castellanizado como «minga». Trabajo comunitario que se realiza con reciprocidad; es decir, el beneficiario retribuye o paga con un trabajo similar o del mismo valor.

Y es en ese instante cuando me acuerdo de mi viejo amigo, el pescador *Yojfwaja* de las riberas del río *Pillkumayu*, y de su vida feliz, inventada a su medida a pesar de ser irreal, a pesar de ser él un espíritu como yo. Y entonces comprendo. Comprendo que todo lo que imaginé en las noches de espera, en los compases de esta vida al margen de la vida, se ha vuelto realidad.

Quizás dentro de mí. Quizás fuera. No me importa. Allí lo tengo.

Si mi destino es quedarme en este lado de la existencia, que así sea. Pero quiero recuperar los momentos de gozo y dejar atrás el temor y la angustia que me han inundado a lo largo del camino que he narrado. Una vez contada la historia, seguir llorando ya no tiene sentido. Ahora es el momento de pararse de nuevo frente a la vida y volver a latir.

Me aproximo a la puerta del rancho. Huele a comida, a *mut'i* de habas. Brota un humo tenue de cocina caliente y hogar encendido. Desde dentro, una voz femenina canturrea un *wayñu* cadencioso y dulce. Dejo caer pesadamente la *taqla* al suelo, mientras mis ojos se arrasan de agua. Una mirada negra, de vicuña, asoma por la puerta y, con esa sonrisa que me encandiló en las mañanas de pastoreo, con esa sonrisa que me enamoró, con esa sonrisa que tanto extrañé, aquella mujer tan amada me dice simplemente:

— ¡Ya volviste!

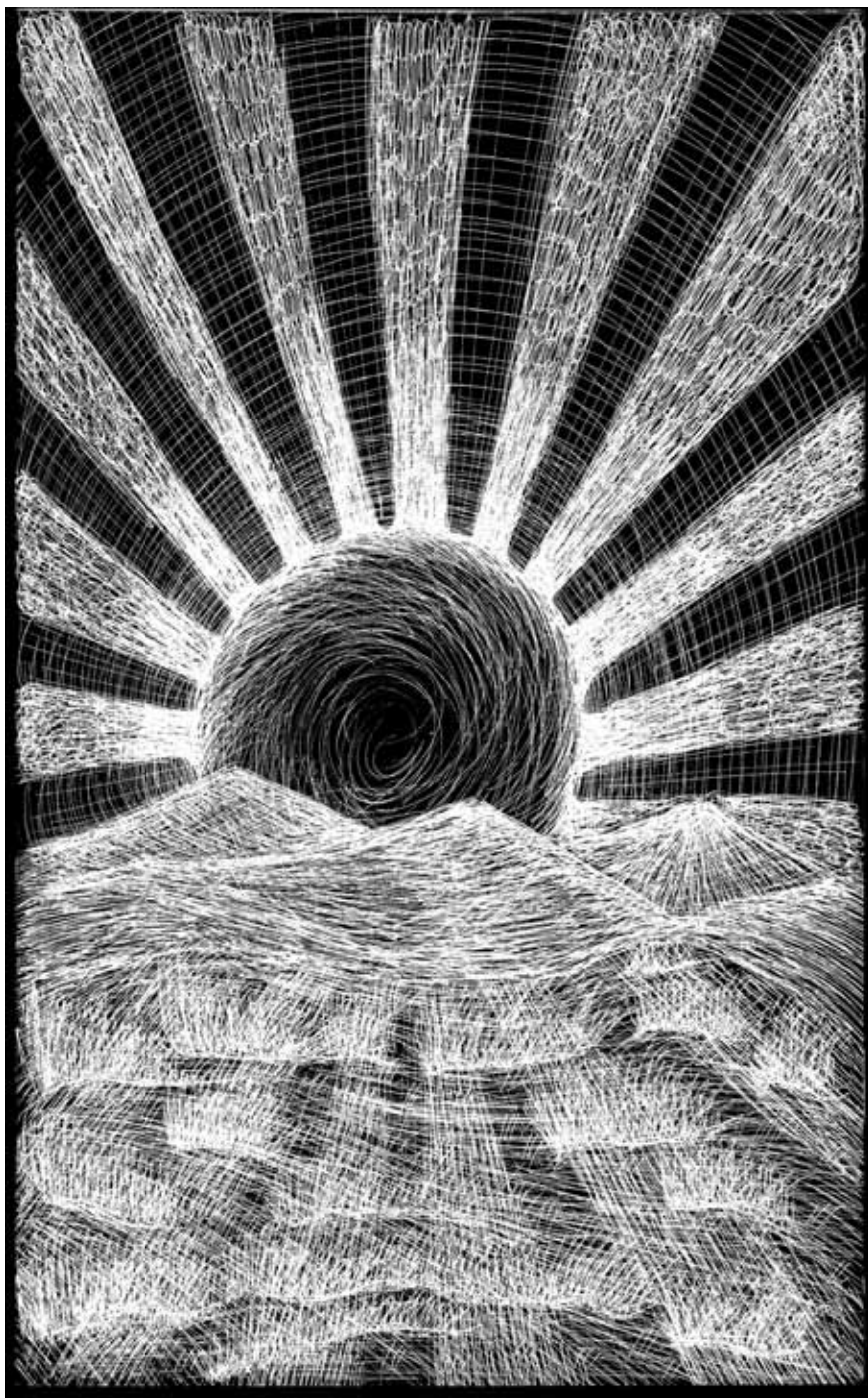
Asiento torpemente, convertido en una tormenta de llanto. Ella sale a la puerta mientras se aprieta mi *yaqulla* sobre los hombros y otea el cielo, y me habla como si no hubieran pasado cinco siglos sino sólo cinco horas. Descubro la alegría en mi boca y agradezco

al Creador esta segunda oportunidad, por más irreal que parezca, al tiempo que siento en mi mano izquierda —ancha y callosa de tanto trabajo— el suave tacto de una mano pequeñita.

— ¡Papá!

...

La tarde va cayendo, resbalándose por mi piel. Bajo ella, finalmente comienza a amanecer.



Opunka ganchimay Glosario

El presente glosario está organizado por capítulos, e incluye reseñas históricas y culturales generales que ayudarán al lector no familiarizado a orientarse en la trama del texto y en sus posteriores búsquedas personales. No se pretende ofrecer un tratado histórico, lingüístico, etnográfico o antropológico, sino algunas hebras que permitan recuperar ideas e inquietudes mayores, relatos escondidos o desconocidos, sonidos nuevos y perspectivas más amplias.

Incluye, además, las palabras marcadas en cursiva en el texto, por lo general regionalismos o voces indígenas. Al respecto, cada parte del glosario indicará, cuando se consideren relevantes, las fuentes en las que se ha basado el autor para la escritura y la traducción de los términos en lenguas originarias.

Los nombres de cada capítulo representan los números de los mismos en lengua *quechua*.

capítulo 1

La conquista y colonización de América Latina fue, evidentemente, un proceso traumático para los pueblos originarios y sus descendientes. El avasallamiento no se limitó a la llegada de los europeos (siglos XV-XVI), sino que ha continuado hasta nuestros días, ejercido tanto por los criollos (siglos XVI-XVIII) como por los ciudadanos y gobiernos republicanos independientes (siglos XVIII-XXI). Las atrocidades cometidas durante los primeros años de conquista pueden leerse en las crónicas de fray Bartolomé de las Casas («Brevisima Relación de la destrucción de las Indias»), documento que brinda una idea aproximada de las crueldades perpetradas por las tropas invasoras.

El protagonista del relato procede de una localidad de la Sierra Central del actual Perú, perteneciente al *Tawantinsuyu*, el antiguo «Imperio Inca». Los desmanes y atropellos que acontecieron en el área andina durante el periodo de conquista y colonización pueden encontrarse en muchos textos de la época, pero han sido fielmente retratados en la magnífica obra de Guaman Poma de Ayala «Nueva corónica [sic] y buen gobierno». Las historias nacionales y documentos como los difundidos por los servicios informativos independientes de Indymedia proveen un buen diagnóstico del accionar de los gobiernos contemporáneos en relación a las poblaciones originarias.

Nota: los términos incluidos a continuación pertenecen en su mayor parte a la lengua quechua. Los vocablos en los que se agrega la observación «del quechua» son castellanizaciones, palabras de ese idioma incorporadas al español local; en tal caso se brinda también la versión original del término. Para todas las citas en este idioma a lo largo del texto se ha empleado el diccionario Quechua-Español de Jesús Lara, trabajo centrado en el quechua boliviano, que es el más parecido a la variedad del quechua de Apurímaq hablada por el protagonista de la historia.

Totora: del *quechua* *t'utura*. Variedad de junco, ciperácea que crece a orillas de lagos y lagunas y que es muy abundante en las riberas del Titicaca (ver cap.11). Se utiliza para construir canoas, balsas, esteras, abanicos, sombreros, techumbres y, en ciertos casos, paredes.

Ojo-de-agua: manantial, estanque, laguna.

Runa: en *quechua*, «hombre, ser humano». En la actualidad se lo usa a veces como sinónimo de «individuo indígena».

Apurímaq: en *quechua*, grafía original del nombre del río y la región de Apurímac (Perú). Puede traducirse como «señor elocuente» y aludiría a una antigua divinidad del pueblo *Chanka*.

Tawantinsuyu: en *quechua*, «[el conjunto de] las cuatro regiones». Nombre original del «Imperio Inca».

Ichu: del *quechua* *ish'u*. Especie de gramínea andina, que es empleada para diversos fines. Era y es muy usada como paja para techar casas.

Apu: en *quechua*, «señor». Nombre dado a las montañas más prominentes, adoradas como guardianes tutelares de las comunidades que vigilan. Los *Aymaras* manejan un concepto similar, usando el término *achachila*.

Ayllu: en *quechua*, «linaje, grupo familiar extendido».

Runasimi: en *quechua*, «lengua del hombre». Auto-designación del idioma *quechua*.

Wiraqhucha: en *quechua*, «mar espumoso», aunque ésta es sólo una de sus traducciones más probables. Castellanizado como «Viracocha». Deidad andina; héroe cultural que repartió la sabiduría entre los hombres antes de marcharse navegando hacia el oeste. Según el mito, volvería por el mar trayendo una era de paz y armonía. De acuerdo a ciertas leyendas históricas, los Incas habrían tomado al conquistador español Francisco Pizarro por *Wiraqhucha*, con las consecuencias conocidas.

Khatari: en *quechua*, «rebelde». Del verbo *khatariy*, «levantarse, alzarse».

Tupaq Amaru: en *quechua*, «serpiente regia». Nombre del último soberano Inca (asesinado por los conquistadores hispanos en 1571) asumido por José Gabriel Condorcanqui, caudillo indígena de sangre noble que se levantó contra el poder español del Cuzco en 1780. Tras una larga lucha llena de vicisitudes, fue apresado y torturado en la Plaza de Armas de Cuzco el 18 de mayo de 1781 —previo tormento y ejecución de toda su familia ante sus ojos— mediante cuatro caballos que intentaron descuartizarlo tirando con sogas de sus extremidades. Al no lograrse su muerte por este medio, fue decapitado y sus partes, exhibidas en todo el «Imperio» como ejemplo

del castigo que esperaba a los insurrectos. «Rebeldes» posteriores (p.e. *Tupaq Khatari* o Julián Apasa, caudillo *Aymara*, en La Paz, también en 1781, o *Tomás Khatari* en Potosí) corrieron su misma suerte. El movimiento revolucionario uruguayo *Tupamaros* tomó su nombre de la versión castellanizada de *Tupaq Amaru*.

Indio: nombre castellano aplicado a las poblaciones indígenas desde tiempos colombinos. Si bien es usado aún como regionalismo por algunos nativos, se lo considera peyorativo y su uso, por ende, prefiere evitarse.

Pirca: del *quechua* *pirqa*, «muro de piedra». Aunque se emplea para todo tipo de murallas, el término designa especialmente los muros bajos usados de medianeras para limitar los campos de cultivo.

capítulo 2

El noroeste argentino (actual provincia de Jujuy y partes de las de Salta y Catamarca) fue, durante el periodo prehispánico, zona de influencia de muchas culturas. En Jujuy, la Quebrada de Humahuaca —corredor natural entre las tierras altas bolivianas y los valles *Diaguitas* del sur— era dominada por los pueblos *Omaguacas*. Las *punas* adyacentes, por su parte, pertenecían a *Casabindos*, *Cochinocas* y *Atacamas* o *Lican Antai*. Estos últimos ocupaban los altiplanos

andinos, cruzando la actual frontera con Chile y esparciéndose por todo el norte de aquel país. Al sur de la Quebrada, en la actual Salta, comenzaba el territorio *Diaguita* (ver cap.3), que se extendía hacia otras provincias, y al este, los valles cálidos de Salta y Jujuy estaban poblados por *mitimaes* (colonias) Incas formadas por parcialidades del grupo étnico *Chicha*: *Ocloyas*, *Churumatas* y *Paypayas*. Atravesando la actual frontera boliviana, hacia el norte, comenzaba el territorio *Aymara*. El área era, como queda dicho, un verdadero mosaico étnico.

Antes de la llegada de los conquistadores, toda la región había sido parte del *Qullasuyu*, la más meridional de las cuatro divisiones del *Tawantinsuyu* o «Imperio Inca», con capital en la actual ciudad de Cuzco (*Qusqu*). El influjo Inca fue notorio. La arribada europea a esta región, por varias vías, encontró especial resistencia en los *Omaguacas*. Liderados por su jefe militar, Viltipoco, destrozaron al invasor (ciudad de Nieva, 1562), pero una osada treta permitió a los europeos raptar al líder en su propio campamento y ejecutarlo. Posteriores batallas, la fundación de la ciudad de San Salvador de Velazco (actual San Salvador de Jujuy) y la *encomienda* de todas las etnias posibilitaron a los conquistadores controlar la región y dominar a la población indígena. Al sur, en los Valles Calchaquíes, la resistencia nativa continuó hasta 1667 con los Grandes Alzamientos *Diaguitas*. Al norte, entre *Quechuas* y *Aymaras*, se prolongó hasta 1780-1 en Cuzco (*Tupaq Amaru* y sus familiares), La Paz (*Tupaq Khatari*) y Potosí (*Tomás Khatari*).

Actualmente la región está ocupada por los *Kolla* (ver abajo). De acuerdo a los últimos censos indígenas argentino (2004) y chileno (2002), serían aproximadamente 67.000 personas, unas 3.300 en Chile y el resto en Argentina.

En el norte de Chile, los *Kolla* conviven con los últimos sobrevivientes de la cultura *Atacameña*, *Atacama* o *Lican Antai*, un pueblo antiguo que ha dejado numerosos restos arqueológicos y un puñado de costumbres aún vigentes. En el norte argentino, el territorio *Kolla* limita con el de las parcialidades *Aymara* y *Quechua* de Bolivia, cuya importancia cultural se extiende a lo largo y ancho de los Andes. Menos conocida, quizás, es la cultura *Chipaya* o *Uru-Chipaya*, un conjunto de comunidades que habitan en las vecindades de los lagos altiplánicos bolivianos y que se encuentra, en la actualidad, en franca recesión.

En el capítulo se ha hecho referencia a dos canciones: «Arriba, quemando el sol», de Violeta Parra, y «Cae la noche, sopla el viento» de A. de Robertis. La copla «Carnaval quisiste...», también incluida, es una de las tantas coplas tradicionales del noroeste argentino y Tarija (sur de Bolivia), áreas geográficas con patrones culturales comunes. Versos similares se emplean en el Carnaval de Chiapa (norte de Chile).

Nota: los términos incluidos a continuación pertenecen a la mezcla de lenguas habladas en la región descrita. Generalmente se trata de voces quechuas o aymaras castellanizadas. Sin embargo, también se dan algunos usos locales del español.

Quipu: del *quechua khipu*, «nudo». Sistema mnemotécnico (o de lenguaje gráfico) empleado en tierras del «Imperio Inca», basado en series de cordeles de lana de llama u otro camélido andino, coloreados y anudados para representar datos.

Cardón: cactácea de gran porte, con forma de candelabro. Sus troncos secos —livianos, porosos y llenos de agujeros— suelen ser aprovechados como madera para artesanías. Las vigas más fuertes se emplean para sostener los techos de los ranchos.

Corneta, erke: instrumento de viento similar a los «cuernos» alpinos, compuesto por una larga caña y un pabellón de cuerno, cuero o calabaza. Emite una serie reducida de sonidos, guturales y profundos, que acompañan procesiones y algunas danzas. Originalmente, su uso se limitaba a un periodo concreto del año que no incluía el Carnaval, existiendo incluso tabúes sobre su empleo. En la actualidad, tales criterios van desapareciendo. El término *erke* sería castellanización del *quechua irqi*, «niño».

Anata: término de origen *aymara*, probablemente derivado del verbo *anataña*, «jugar, recrearse, divertirse, retozar». La expresión *anata uru*, «día de fiesta», se utiliza todavía para referirse a las Carnestolendas. Muchos diccionarios de la lengua *aymara* traducen el término directamente como «Carnavales». La palabra designa, además, algunas variantes del instrumento de viento llamado *tarka* (ver abajo).

Puna: en *quechua*, «tierra alta y fría». Designación del altiplano o páramo andino, meseta que se extiende entre los Andes peruanos, bolivianos, chilenos y argentinos a más de 3.000 mts. de altitud.

Raymi p'unchay: equivalente *quechua* del *aymara anata uru* (ver arriba, «Anata»). Literalmente, «día de fiesta».

Empanadas, humintas: platos tradicionales argentinos, presentes —con otras formas y nombres— en el resto de América Latina. El primero (término castellano) es una especie de pastelillo relleno

de carne y otros ingredientes (huevo, papa, aceitunas, pasas, especias). El segundo (del *quechua humint'a*) es un plato a base de maíz, y es también conocido como *humita*.

Charango, wankara, siku, tropa: instrumentos musicales andinos. El primero (término de procedencia aún en discusión) es una guitarrilla de 5 cuerdas dobles. El segundo (voz *quechua*) es un gran bombo de doble parche. El tercero (término *quechua*) es uno de los nombres genéricos que recibe la flauta de Pan andina, que suele tocarse —como tantos otros aerófonos de los Andes— en grandes grupos o *tropas*.

Ushuta: del *quechua ushut'a*, «sandalia». La palabra se ha castellanizado como «ojota».

Albahaca: la aromática albahaca es uno de los símbolos del Carnaval en el noroeste argentino. Antiguas tradiciones la vinculan a la prevención de la borrachera o *macha* (ver abajo, «Machado»).

Coyuyo: cigarra. Insecto que pasa gran parte de su vida enterrado como larva hasta adoptar su forma adulta, alada y de canto característico. Es el modelo regional de los cantores. Castellanización probablemente derivada del *quechua khuyuyuq*, «el dueño del silbo», del verbo *khuyuy*, «silbar».

Challa: ofrenda ritual a la *Pachamama* (ver abajo). Consiste en verter el primer sorbo de bebida (de un vaso, botella, lata, taza) sobre la tierra en señal de agradecimiento. Del verbo *quechua ch'allay*, «esparcir, rociar».

Pachamama: controvertido término de origen *quechua*, también usado por los *Aymaras*. Suele traducirse como «Madre tierra». Una

traducción más literal sería «Madre de la *pacha*», siendo *pacha* un vocablo que designa el mundo, la tierra y el tiempo. Las connotaciones, pues, son mucho más profundas que el sencillo «Madre tierra», e implican toda la cosmovisión andina.

Señalada, señalakuy: ceremonia andina en la cual se marcan los rebaños (llamas, ovejas, cabras) con una señal en las orejas de los animales, propia de cada pastor. Actualmente la «señalada» se celebra hacia la Pascua o los Carnavales, e incluye una serie de ofrendas a la *Pachamama* para que haya buen «multiplico» (número de crías), así como festejos entre los vecinos y familiares. Asimismo, suele tener lugar el «casamiento» de los animales, a los que se empareja y «bendice» con coca y alcohol para que tengan abundante cría. El vocablo *señalakuy* es una adaptación *quechua* del castellano «señalar».

Chicha: popular bebida andina a base de maíz diluido en agua, llamada *aqha* en lengua *quechua* y *k'usa* en lengua *aymara*. El término «chicha» podría derivar de una voz *náhuatl* o tener origen en alguna lengua indígena panameña. Suele beberse como refresco, con distintos aditamentos. Cuando se la deja fermentar se convierte en una especie de cerveza y recibe el nombre de *chicha de jora*, especialmente en Perú. Existen variantes regionales de esta bebida alcohólica en toda Sudamérica, cada una elaborada a partir de cierta clase de fruto: es el caso de la *aloja*, hecha de algarroba (ver cap.4).

Machado: borracho. Del verbo *quechua* *maqchay*, originalmente «golpear» y hoy también «emborracharse», «macharse».

Wawa: en *quechua*, «hijo/a con respecto a la madre». Término usado regionalmente como «niño pequeño».

Tarkas: flautas talladas en un solo bloque de madera, de sonido bronco e hiriente. Como la mayoría de los aerófonos andinos, en sus contextos originales se tocan en *tropas* que incluyen varios tamaños y afinaciones distintas (entre dos y cuatro), provocando armonías especiales y características. En los ámbitos más tradicionales de Argentina, el instrumento se conoce como *anata*. Las interpretaciones reciben el nombre de *tarkeadas* (excepto en Argentina, donde se las denomina *anateadas*) y suelen reflejar ritmos animados, como marchas, pasacalles y *wayñus*. Diferentes autores discrepan sobre el origen del término, aunque probablemente se trate de una voz *aymara*.

Uyuni: gran salar del suroeste de Bolivia. En su interior se hallan varias lagunas que, debido a las bacterias y algas que habitan sus aguas, adquieren coloraciones particulares (rojo, azulado o verde). Cuenta también con algunas «islas» conformadas por antiguos volcanes apagados.

Caporal: danza tradicional originaria de Bolivia, que ridiculiza la imagen del conquistador español, en especial con relación a sus esclavos negros. Es un baile muy difundido en la actualidad, interpretado por comparsas de danzantes y músicos. El nombre es un término del castellano regional usado como sinónimo de «capataz».

Bandas de cobre: designación que reciben las tradicionales bandas de metales (trompetas, trombones, tubas, saxofones) que amenizan algunas festividades andinas interpretando sones folklóricos.

Diablada: danza tradicional andina que representa la batalla entre las fuerzas del Bien (capitaneadas por el Arcángel San Miguel) y las del Mal (lideradas, en Bolivia, por el *Tío*, el «diablo» de las minas). Participan cientos de danzantes con exquisitas y carísimas más-

caras y vestiduras demoníacas. La «Diablada» más famosa es la que participa en el Carnaval de la localidad boliviana de Oruro, y que ha sido declarada Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la UNESCO. Otras «Diabladas» muy conocidas son las que danzan en la Fiesta de la Virgen de La Tirana (norte de Chile) y en la de la Virgen de la Candelaria (Puno, Perú).

Tío: nombre familiar con el que se conoce al «diablo» de las minas, sobre todo en las localidades bolivianas de Potosí y Oruro. En dichas minas existen un gran número de efigies del *Tío*, a las cuales los mineros ofrendan hojas de coca, tabaco y alcohol. Se trata de un rezago —o una adaptación cristianizada— del culto prehispánico a los espíritus del inframundo.

Cacharpayas, puqllay: la *cacharpaya* (del *quechua kacharpari* o *kacharpaya*, «despedida») es, precisamente, la despedida o cierre del Carnaval andino. En ciertas regiones argentinas y bolivianas se entierra el *puqllay* (en *quechua*, «juego, jugar»), un muñeco que simboliza el espíritu de las Carnestolendas. En la región boliviana de Tarabuco, se denomina *puqllay* al propio Carnaval y a uno de los bailes principales interpretados para la ocasión. Los participantes de esa danza soplan flautas gigantescas, calzan abarcas de madera con enormes espuelas que resuenan a cada paso, y llevan monteras de cuero derivadas de los cascos de los conquistadores españoles.

Coquena: antiguo dios de las culturas pre-incaicas del sur de Bolivia y el noroeste argentino. Era el espíritu tutelar de la caza, y castigaba a los cazadores que no respetaban los códigos tradicionales y comunitarios de captura. Todavía se lo sigue respetando en muchas áreas de Argentina. Generalmente se aparece bajo la forma de una vicuña, pero, de hacerlo en su apariencia humana, en la actualidad se

muestra como un hombrecillo con un gorro andino de lana *ch'ullu*, *ushutas* y una serpiente a guisa de honda para arrear sus rebaños.

Ekeko, Feria de las Alasitas: probablemente un semidiós pre-incaico, el *Ekeko* es, hoy en día, un renombrado espíritu tutelar en el sur andino. Se trata de una especie de geniecillo regordete y simpático, cuya efigie redondeada —ataviada normalmente con un poncho y el típico *ch'ullu*— es conservada en cada casa. La tradición obliga a ofrendar al *Ekeko* colocando, en las pequeñas y numerosas alforjas que carga el muñeco, todo tipo de elementos: comida (unos granos de maíz, unas hojas de coca, arroz, fideos), bebida (una pequeña botella de licor), dinero (un billete o monedas) e incluso viviendas y automotores (pequeños modelos de casa y coche). El *Ekeko* pagará devolviendo lo mismo que se le ofrece. Cada viernes se coloca un cigarrillo encendido en su boca (abierto a tal efecto) para «darle de fumar» y augurar la fortuna de la siguiente semana. La buena suerte viene indicada si el cigarrillo se consume por completo, aunque algunos dicen que debe hacerlo justo hasta la mitad, para no provocar la cólera del hombrecillo. El Festival de las Alasitas, en La Paz (Bolivia), se ha vuelto famoso en la región por ser un mercado en el cual se venden única y exclusivamente miniaturas destinadas a ser ofrendadas al *Ekeko*.

Wayñu: ritmo musical tradicional de los Andes, de carácter vivo y alegre. Término *quechua*, castellanizado como «wayno» o «hwayno».

Tolar, paja brava: la *tola-tola* es una planta resistente al viento y la sequía que forma vastas extensiones vegetales llamadas *tolaes*. Junto con los *ichos* (ver cap.1) y las gramíneas llamadas *pajas bravas*, componen la vegetación más habitual del altiplano andino.

Suri: variedad andina de *ñandú* o avestruz americano.

Encomiendas: modalidad de trabajo impuesta a los pueblos originarios latinoamericanos durante el periodo colonial. Las comunidades eran «encomendadas» a determinado colono español que, a cambio de su «protección», «educación» y «adoctrinamiento religioso» obtenía los beneficios de su trabajo. Fue denunciada como una esclavitud encubierta, especialmente por fray Bartolomé de las Casas.

Kolla: nombre genérico dado a las actuales poblaciones nativas del noroeste argentino y el norte chileno, mezcla de pueblos originarios de la región (*Omaguacas*, *Tilcaras*, *Maimarás*, *Atacamas* o *Lican Antai*), colonias Incaicas de *Chichas* peruanos, y *Quechuas* y *Aymaras* bolivianos inmigrados desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Su nombre deriva del *quechua* *qulla*, «sur», pues sus tierras formaban parte de la provincia meridional del «Imperio Incaico» (el *Qullasuyu*).

Corpachar: término de origen incierto, quizás derivado del *quechua* *qurpachay*, «hospedar». Acción de ofrenda a las fuerzas de la naturaleza, en la que se abre un hoyo en la tierra y se depositan en él diferentes elementos (hojas de coca, alcohol, comida, sebo, flores, figurillas). Con ello se pretende alimentar a la tierra para que ésta, a su vez, pueda y quiera devolver el presente. La ceremonia, llamada «corpachada», suele tener lugar durante festejos agrícolas o ganaderos que normalmente se hacen coincidir con fechas del calendario religioso cristiano.

Acullico, apacheta: el *acullico* (diminutivo del *quechua* *akulli*) es la porción de hojas de coca que se mastica o *pijcha*. También es

conocido como *piqchu* o *pijchu*. Cuando el *acullico* pierde su sabor y sus efectos suele depositarse como ofrenda en la tierra o en las *apachetas* (del *quechua apachita*), pequeños «altares», mojoncillos o pilas de piedrecitas alzadas al borde de los caminos. La ofrenda se realiza para solicitar la protección durante el viaje o en las labores diarias. Si no se deja dicha coca, puede agregarse una piedra más al mojón.

Tantanakuy: en *quechua*, «congregarse citándose mutuamente». Es el nombre de un festejo anual realizado en febrero en la Quebrada de Humahuaca, cuya versión infantil tiene lugar hacia octubre en diversas localidades de la provincia de Jujuy (Argentina). Básicamente, se trata de un encuentro musical.

Toreo de la Vincha: original corrida de toros que se celebra en la localidad de Casabindo, en plena *puna* de Jujuy, todos los 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen.

Samilantes: danzantes engalanados con plumas de *suri* que portan sonajas o cascabeles y bailan en honor a la Virgen o a algún santo de devoción.

Lican Antai: nombre propio de los antiguos *Atacameños*, llamados también «Apatamas» o «Atacamas» en las primeras crónicas hispanas. En lengua *kunza* significaría «los habitantes del territorio». Habitaban el norte de Chile y parte del noroeste argentino, y fueron los que comenzaron a extraer el mineral de cobre de Chuquicamata, actualmente considerada una de las mayores minas a cielo abierto de su tipo.

Kunza: lengua de los *Lican Antai*, hoy prácticamente desaparecida.

Yareta: del *quechua yarita*. Arbusto achaparrado, umbelífera de hojas diminutas que vive en los desiertos del norte de Chile. Tarda años en crecer unos pocos centímetros (las matas de mayor tamaño pueden tener un siglo de vida) y es un excelente combustible, especialmente en aquellas zonas, donde la leña es casi inexistente.

Parina: flamenco andino. Palabra *aymara*. El término *quechua* es *pariwana*.

Isluga, Chungará: volcán y lago del norte chileno, respectivamente. En la actualidad, ambos están incluidos en sendos parques nacionales.

Payachatas: del *aymara payachaña*, «duplicar». Duplicados, gemelos. Denominación de dos volcanes del norte chileno, considerados «gemelos» por las culturas originarias de la región y llamados *Parinacota* y *Pomerape*.

Quitor: fortaleza o *pukara* (ver cap.3) del norte chileno, elevado en un recodo del valle del río Grande, 3 km. al norte de la localidad de San Pedro de Atacama. Fue utilizado como baluarte por los Atacameños o *Lican Antai* (ver arriba) durante la conquista española. En 1540 el español Francisco de Aguirre (capitán del general Pedro de Valdivia, y famoso por su mano dura hacia los *indios*) derrotó a los guerreros *Atacameños* allí guarecidos y los decapitó. Desde entonces, el *pukara* fue conocido como «el sitio de las cabezas» o «el sitio de los sin cabeza».



capítulo 3

Los *Diaguitas* poblaban parte de las actuales provincias de Salta, Tucumán, Catamarca y La Rioja, en el noroeste argentino, así como una sección del Norte Chico chileno, en las regiones de Atacama y Coquimbo. Se trataba de una verdadera miríada de parcialidades independientes con una lengua y una cultura común, que se aliaban militarmente bajo un solo jefe en caso de conflictos. La llegada hispana los aglutinó en torno a líderes célebres. Controlaban los pasos —estratégicos para los conquistadores— entre poblaciones como Buenos Aires y Córdoba, al sur, y las villas del Alto Perú (Potosí, Charcas y Cuzco) al norte. Los primeros pueblos fundados en la región (Londres, Córdoba del Calchaquí, Cañete) fueron arrasados entre 1561 y 1563, coincidiendo con la ofensiva *Omaguaca* a la ciudad de Nieva (ver introducción del cap.2). Los sucesivos atropellos de los invasores europeos, así como las *encomiendas*, provocaron el levantamiento de la primera resistencia organizada (el primer «Gran Alzamiento») al mando del cacique Chalimín (1630-7). Tras la derrota, los jefes rebeldes fueron ejecutados y sus grupos fueron *encomendados* o deportados para evitar posteriores problemas. Las pocas comunidades libres mantuvieron una guerra de guerrillas hasta ser sometidas en 1643. En 1655, un aventurero español, Pedro Chamijo o Pedro Bohórquez (apresado y ejecutado en 1667), se proclamó «Huallpa Inca» y promovió el segundo «Gran Alzamiento». Todo el noroeste argentino estuvo en vilo, hasta que los últimos guerreros

indígenas (de la famosa parcialidad de los *Quilmes*) fueron vencidos y trasladados en masa a la ciudad de Buenos Aires, a la localidad (actualmente incluida en el conurbano de Gran Buenos Aires) que aún lleva su nombre. Allí murieron los últimos *Diaguitas*; de acuerdo a las crónicas de la época, de tristeza.

En el censo argentino de 2004, más de 60.000 personas se declararon descendientes de aquel valiente pueblo. En Chile, algunas comunidades del alto río Huasco declaran también ser sus herederas.

Nota: los términos incluidos a continuación pertenecen, al igual que en el capítulo anterior, a la mezcla de lenguas habladas en la región descrita. Generalmente se trata de castellanizaciones de voces procedentes de diversos idiomas indígenas. Sin embargo, también se dan algunos usos locales del español.

Wayra-Puka: en *quechua*, «viento rojo». Nombre dado al viento del norte, por transportar arenas rojizas. También escrito «Huayrapuca», la tradición oral le considera madre de *Shulco*, el viento, y pariente de *Huayramuyu*, el remolino y de *Illapa*, el relámpago. Por ser un viento seco, su enemigo eterno es *Puyuspa*, «el nublado», espíritu dueño de la humedad. Algunas leyendas lo asocian con *Huayraritu*, el viento blanco y helado, y con *Huayrayana*, el viento negro.

Kakán: lengua de los *Diaguitas*, hablada en tiempos prehispánicos en todo el noroeste argentino y perdida irremediabilmente durante la conquista. Al no haber quedado vocabulario o gramática alguna, su estudio se basa en suposiciones y comentarios (algunos

bastante contradictorios) repartidos entre las crónicas religiosas y los documentos administrativos de la época.

Algarroba: fruto comestible de las diferentes variedades del algarrobo (*Prosopis sp.*). Se trata de una vaina utilizada para la alimentación humana y animal, y para la producción de bebidas fermentadas de contenido alcohólico (p.e. la aún popular *aloja*). En la actualidad su harina continúa siendo empleada para la elaboración de platos regionales como el *patay* (ver cap.4). El nombre *quechua* del árbol es *taqu* o *tako*.

Tuna: fruto de ciertas cactáceas denominadas tuneras; también llamado «higo de tuna» o «higo chumbo». Se lo consume como fruta fresca, o bien preparado en *arrobe* o mermelada. Las *tunas* están cubiertas de pequeñas y finas espinas, localmente llamadas *janas*, que antiguamente solían ser arrancadas frotando la cáscara del fruto contra el suelo con los pies.

Chañar, mistol, piquillín: árboles de las zonas serranas secas argentinas; proporcionan pequeños frutos comestibles, que siguen usándose en la actualidad para la confección de *arropes* o mermeladas y de varios dulces regionales. La primera palabra es de origen *quechua*, y designa un árbol de corteza amarilla y tintórea; los otros dos términos pertenecen probablemente a distintas lenguas indígenas de la región, ya desaparecidas.

Molle, flechar: del *quechua mulli*. Árbol de la zona serrana, cuyos frutos son comestibles. La tradición señala que su sombra «flecha», es decir, produce una violenta reacción cutánea. En efecto, se ha comprobado que ciertas personas son alérgicas a las excreciones naturales de las hojas de este árbol.

Zonda: viento caliente originario de la región cuyana (oeste cordillerano argentino) que a veces llega hasta el noroeste del país. Es seco y sofocante.

Vizcachas: del *quechua* *wisk'acha*. Roedores autóctonos de gran tamaño, con una característica franja negra a la altura de los ojos, sobre el pelaje claro del hocico. Viven en madrigueras subterráneas y su carne es muy apreciada.

Charango makiruwa: ver cap.2. Los *makiruwa* (del *quechua* *maki*, «mano» y *ruwasqa*, «hecho») son *charangos* campesinos artesanales, de factura tosca y sonido muy particular.

Pukara: en *quechua*, «fortaleza», castellanizado como «puca-rá». Nombre dado a las fortificaciones de piedra construidas por las culturas andinas a modo de oteros sobre los cerros, dominando las entradas a los principales valles y ciudades. Las del noroeste argentino se inspiraron probablemente en el modelo Incaico.

Antigal: regionalismo para designar el lugar en donde se encuentran restos ancestrales, cerámicas, enterramientos o incluso tesoros antiguos.

Pueblos viejos: regionalismo con el que se conocen las ruinas de las aldeas de piedra de las culturas prehispánicas.

Tastil, Taff: conjuntos de ruinas situadas en las actuales provincias argentinas de Salta y Tucumán. La primera, más moderna, pertenece a una Jefatura regional desarrollada hacia el 1400 d.C.; la segunda se inició durante el Neolítico, quizás hacia el 600 a.C. En Tafi del Valle se elevan hoy unos pocos menhires. Originalmente eran numerosos, pero los saqueadores y «huaqueros» despojaron a ese

sitio arqueológico de la mayoría de sus riquezas. Lamentablemente, no es el único caso en Sudamérica.

Caja: instrumento de percusión de diámetro mediano, con doble parche y cuerpo cilíndrico de no más de 10 cm. de alto. Normalmente se lleva colgada de la mano izquierda y, así suspendida, se percute con la *waqtana*, que se agarra con la derecha.

Waqtana, chirlera: elementos de la *caja*; la primera (sustantivación del verbo *quechua waqtay*, «golpear contundentemente», es decir, «lo que golpea») es la pequeña maza con la que se percute el parche de cuero; la segunda (del castellano regional *chirlo*, «golpe suave») es una bordona o cuerda que cruza el parche no percutido y que actúa de resonador vibrante.

Erkencho: instrumento musical regional; especie de clarinete conformado por un cuerno (antaño un pabellón de calabaza, cortezas o cerámica) y una boquilla o lengüeta de caña. Produce melodías tritónicas al ritmo de la *caja*, acompañando danzas de ronda. Probable derivación *quechua* del término *erke* (ver cap.2).

Vidala: nombre de uno de los ritmos musicales tradicionales de la región noroeste de Argentina, interpretado originalmente con el único acompañamiento de una *caja*. Ritmos similares (aunque con distintos nombres) se localizan en el departamento Tarija, al sur de Bolivia.

Kenko: del *quechua q'inqu*, «ondulación». Grito en falsete que se da en ciertas partes de la melodía de las *vidalas*. Es característico de este ritmo y posee interesantes variantes regionales.

Muña-muña: arbusto aromático y medicinal, de cuyas ramas suelen fabricarse escobillas y con cuyos frutos se preparan sabrosas mermeladas.

Choclo: del *quechua chuqllu*. Mazorca tierna de maíz.

Anco: variedad regional de calabaza. Algunos autores señalan que el término podría ser de origen *kakán*.



capítulo 4

La región de Santiago del Estero (actual provincia argentina) estuvo habitada por multitud de etnias. Los *Matarás* eran grupos sedentarios cuyo rastro se perdió en el siglo XVIII, quizás por haberse mezclado con sus vecinos *Vilelas*. Éstos conformaban, a su vez, un grupo heterogéneo que probablemente desapareció reducido en las misiones o esclavizado por las *encomiendas* (ver cap.2) de los conquistadores. Lo mismo habría sucedido con los *Tonocotés*, pueblos muy andinizados de quienes no volvió a saberse nada, si bien su lengua fue recogida en un famoso libro del jesuita Antonio Machoni. Los *Lules*, salteadores y guerreros nómadas, eran también un conjunto de diversas parcialidades que se internó en el monte chaqueño para evitar contactos con los conquistadores y colonos europeos, y allí desapareció.

Toda la región fue rápidamente dominada durante el periodo de conquista, y se impuso a los nativos sobrevivientes la lengua *quechua* como instrumento de evangelización y comunicación homogeneizadora. Al fundirse el sustrato indígena originario con el nuevo idioma y ser influenciado por el castellano, se generó un dialecto del *runasimi*, el más meridional, que aún hoy sobrevive y que es fuertemente defendido por sus hablantes: el *quichua* santiagueño. En la actualidad su uso se ve limitado a ámbitos campesinos o tradicionalistas, pero existen organizaciones de «quichuistas» que animan a su utilización y desarrollo. Uno de los más acérrimos defensores del *quichua* fue el violinista Sixto Palavecino, que rescató y compuso numerosas canciones en su idioma natal.

Santiago del Estero es sin duda uno de los rincones argentinos que conserva más tradiciones y que revitaliza a diario sus cantos, su música, sus comidas, sus relatos, sus leyendas, sus fiestas y sus danzas.

Nota: la mayor parte de los términos listados a continuación pertenecen al quichua (dialecto santiagueño del quechua). Los vocablos en los que se agrega la observación «del quichua» son castellanismos o palabras incorporadas al español local. Aquellos en los que se agregue «en/del quechua» indican que el término es similar en la lengua general y el dialecto particular. Los demás pertenecen exclusivamente a la variante argentina y no se conocen en el resto de dialectos o en la lengua general. Para este vocabulario se han consultado los sólidos trabajos del lingüista Jorge R. Alderetes.

Sacha-pera: «peral del monte», peral silvestre. Término compuesto por el *quechua* *sacha*, «monte» y el castellano «pera».

Lechiguana: del *quichua* *lachigwana*. Nombre dado a las columnas aéreas.

Lampalagua: del *quichua* *ampalagwa*. Variedad de boa.

Brea: arbolillo espinoso que exuda una sustancia gomosa de sus heridas. Esa resina suele usarse, en la actualidad, para frotar los arcos de los violines regionales. Vocablo castellano.

Cebil: árbol de gran porte, cuyas semillas eran empleadas como narcótico aspirado por varias culturas prehispánicas. Vocablo de origen no identificado.

Kakuy: cucúlido, ave insectívora nocturna también llamada «urutaú». La leyenda popular cuenta que es el alma de una muchacha abandonada en la cima de un árbol por su propio hermano (mientras buscaban *lechiguanas*) debido a los malos tratos que ésta le propinaba. Convertida en pájaro por el pesar, aún lo llama al grito de «*turay!*» (en *quechua*, «¡hermano mío!»), rogándole que la ayude a bajar.

Crespín: cuco rayado, ave relacionada con numerosas leyendas en toda Sudamérica. La tradición argentina señala que se trata del alma en pena de un hijo que, cuando iba en busca del médico para su madre moribunda, se detuvo en un baile. Al morir la anciana, los vecinos se apresuraron a comunicarle la triste noticia, y el comentario del muchacho fue un cínico «ya habrá tiempo para llorar». Desde entonces está condenado a lamentar por siempre su negligencia.

Umita: diminutivo castellano del *quechua uma*, «cabeza». Entidad legendaria del noroeste argentino, cuyo mito posee varias versiones. En general, se reseña que se trata de una cabeza de sexo indiferenciado, con una cabellera larga y enmarañada, que habita en la espesura de los bosques, arrastrándose a veces, flotando otras, llorando y quejándose siempre y espantando a quién se cruce en su camino. Se supone que es un alma en pena, pero el motivo del castigo permanece ignoto, pues cualquiera que venza el terror y logre escuchar sus palabras quedará mudo para siempre.

Jume: arbusto quenopodiáceo espinoso, frecuente en zonas saladas. Vocablo de probable origen *kakán*.

Tunera: ver cap.2, «tuna».

Sachayuq: en *quechua*, «Dueño del monte». Espíritu protector del bosque, de los árboles y de todos sus frutos. Propio del noroeste argentino, suele aparecerse bajo distintas formas —casi todas humanas—, beneficiando a los que respetan sus leyes y castigando a los transgresores.

Gran Chaco Gualamba: denominación que, en antiguos documentos hispanos, recibe la amplia región fitogeográfica del Chaco Austral. La voz «Chaco» procede del *quechua chaku*, y designaba un sistema de caza por cerco que sería practicado en aquellas tierras por los Incas.

Encomiendas: ver cap.2.

Shishi, wahu: distintas variedades de hormiga. El primer vocablo proviene del *quechua sisi*, «hormiga». El segundo es propiamente *quichua*.

Palan-palan: arbusto solanáceo, de la familia del tabaco, de flores amarillas y usos medicinales. Vocablo *quichua*.

Suncho: cierta variedad de arbusto espinoso, utilizado frecuentemente para armar corrales. Castellanización del término *quechua sunch'u*.

Wala-puka: variedad de avispa de peligrosa picadura. Vocablo *quichua*.

Yana: variedad de abeja. Es un vocablo *quechua* que significa «negra».

Sapallo-kaspi: árbol de madera liviana. Adaptación *quichua* del *quechua sapallu-kaspi*, «palo-calabaza».

Simbol: una variedad de árbol. Palabra probablemente perteneciente a una lengua indígena regional ya desaparecida.

Kichkaloro, kimil: vocablos *quichua* y supuestamente *kakán* que designan distintas variedades de cactáceas.

Qaraypuka: variedad de iguana. Vocablo *quichua*.

Mayup Maman: en *quechua*, «Madre del río». Entidad que habita en los grandes ríos y protege las lagunas. Asume la forma de las sirenas clásicas.

Ñuñuma: pato salvaje. Vocablo *quichua*.

Yulu: flamenco. Vocablo *quichua*.

Biguá, witi, utkishiki: variedades de aves acuáticas. «Biguá» es un término adoptado del *avá-ñe'é mbiguá*, «cormorán». Los demás son vocablos *quichuas*.

Chajá: ave anseriforme de gran porte que suele habitar los bañados. Su grito de alerta es reconocido a gran distancia. Por este motivo, a veces es mantenida en cautiverio como guardiana. Vocablo de probable origen *avá-ñe'é*, que imita onomatopéyicamente el chillido del ave.

Kushi-kushi: variedad de araña pequeña. Variante *quichua* del *quechua kusikusi*, «araña».

Chunkaku: sanguijuela. Vocablo *quichua* castellanizado como «choncaco». Proviene del *quechua ch'unqay*, «chupar».

Rokoko: escuerzo. Vocablo *quichua*.

Tuku-tuku: luciérnaga. Vocablo *quichua*.

Arakuku: variedad de búho. Vocablo *quichua*.

Alma Mula: ser mitológico. Conocida también como «Mula Ánima», es el alma en pena de una mujer condenada por mantener relaciones reprobables, que habrían sido incestuosas según unas leyendas, o con un cura, según otras. Su apariencia es la de una mula de color oscuro que deambula por las noches, lanzando llamaradas por el hocico y cargando sonoras cadenas.

Runa Uturunku: en *quechua*, literalmente «hombre-tigre». Ser mitológico indígena, equivalente al hombre-lobo occidental. La variante *quichua* suele ser *runa-otorongo*.

Supay: neologismo *quechua* para designar al Diablo, el Señor de las tinieblas. Suele presentarse bajo la forma tradicional, mitad hombre, mitad macho cabrío. El vocablo designaba originalmente a

las divinidades del Incario en general, y adquirió su matiz peyorativo y demoníaco tras la llegada del cristianismo.

Ikancho: variedad de pájaro pequeño. También es llamado «chingolo». Vocablo *quichua*.

Charata: pava de monte. Vocablo *quichua*.

Tala, tuska, pakará: especies arbóreas del monte santiagueño. El *pakará* es también llamado «timbó» (ver cap.5). Vocablos de origen diverso, probablemente de lenguas indígenas locales ya desaparecidas.

Qaranchu: ave de rapiña. Vocablo *quichua* castellanizado como «carancho».

Mishki y Kachi Mayu: designaciones *quichuas* de los ríos Dulce (*mishki*) y Salado (*kachi*). El primero, también llamado Salí, recorre las provincias argentinas de Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba y desemboca en la laguna Mar Chiquita. El segundo cambia de nombre varias veces a lo largo de su curso en Salta, Santiago del Estero y Santa Fe, antes de verter sus aguas en el río Paraná.

Imayna purinki?: en *quichua*, «¿cómo estás?» (literalmente, «¿cómo andas?»).

Ancha sumaq: en *quichua*, «muy bien» (literalmente, «muy lindo»).

Pichanilla: arbusto utilizado para fabricar escobas. Diminutivo castellano del término *quechua pichana* («lo que barre»), derivado del verbo *pichay*, «barrer».

Taqo: versión *quichua* del *quechua taqu*, «algarrobo». También escrito *tako*. Hay dos especies principales: *taqo-yuraq* («blanco») y *taqo-yana* («negro»). Los frutos de ambas variedades son comestibles y muy utilizados en amplias regiones de Sudamérica, tanto en tiempos prehispánicos como en la actualidad.

Añañaw: interjección *quechua* de melancolía.

Ruqru: término *quechua*, castellanizado como «locro». Dueño de una larga historia, hoy es, con muchas variantes regionales, un plato típico de toda el área andina. Su elaboración tradicional incluyó siempre zapallo o calabaza, porotos o judías, ají, carne, despojos (huesos, entrañas) y maíz.

Kinuwa: término *quechua*, castellanizado como «quinua». Planta de la familia de las quenopodiáceas, cuyas semillas se emplean como cereal. Con muchas propiedades alimenticias, se utiliza en la elaboración de batidos, guisos, sopas, caldos y otros platos andinos, especialmente en Bolivia y Perú.

Mut'i: vocablo *quechua*, castellanizado como «mote». Nombre de una comida preparada a base de granos de maíz o de habas cocidas. Es un plato muy popular en toda el área andina por sí solo, y es parte de numerosas preparaciones culinarias más complejas (p.e. la sopa *chairo* de Bolivia, sur del Perú y norte de Chile).

Quy: en *quechua*, «cobayo» o «conejillo de Indias». Roedor criado para alimentación humana. Normalmente se prepara asado, y es un plato tradicional peruano. El vocablo se ha castellanizado como «cuy».

Patay: torta de harina de algarroba negra. Probablemente derive del *qomlaqtaq* (lengua *Qom* o «toba») *pataic*, «algarrobo negro».

Bolanchao: bola de pasta de *mistol* recubierta de harina de maíz. Derivado *quichua* de la palabra castellana «bola».

Añapa: postre preparado con harina de algarroba blanca disuelta en agua. Vocablo *quichua*.

Chipaku: pan con chicharrón. Vocablo *quichua*.

Aloja: bebida alcohólica que se obtiene a partir de la fermentación de distintas harinas o mieles. La versión del centro-norte de Argentina se elabora a partir de la algarroba. Algunas fuentes lo señalan como vocablo *quichua*, si bien el término ya era empleado en la España de los siglos XVI-XVII para designar a un aguamiel no alcohólico.

Changuitos: niños. Del *quichua chango*, «muchacho».

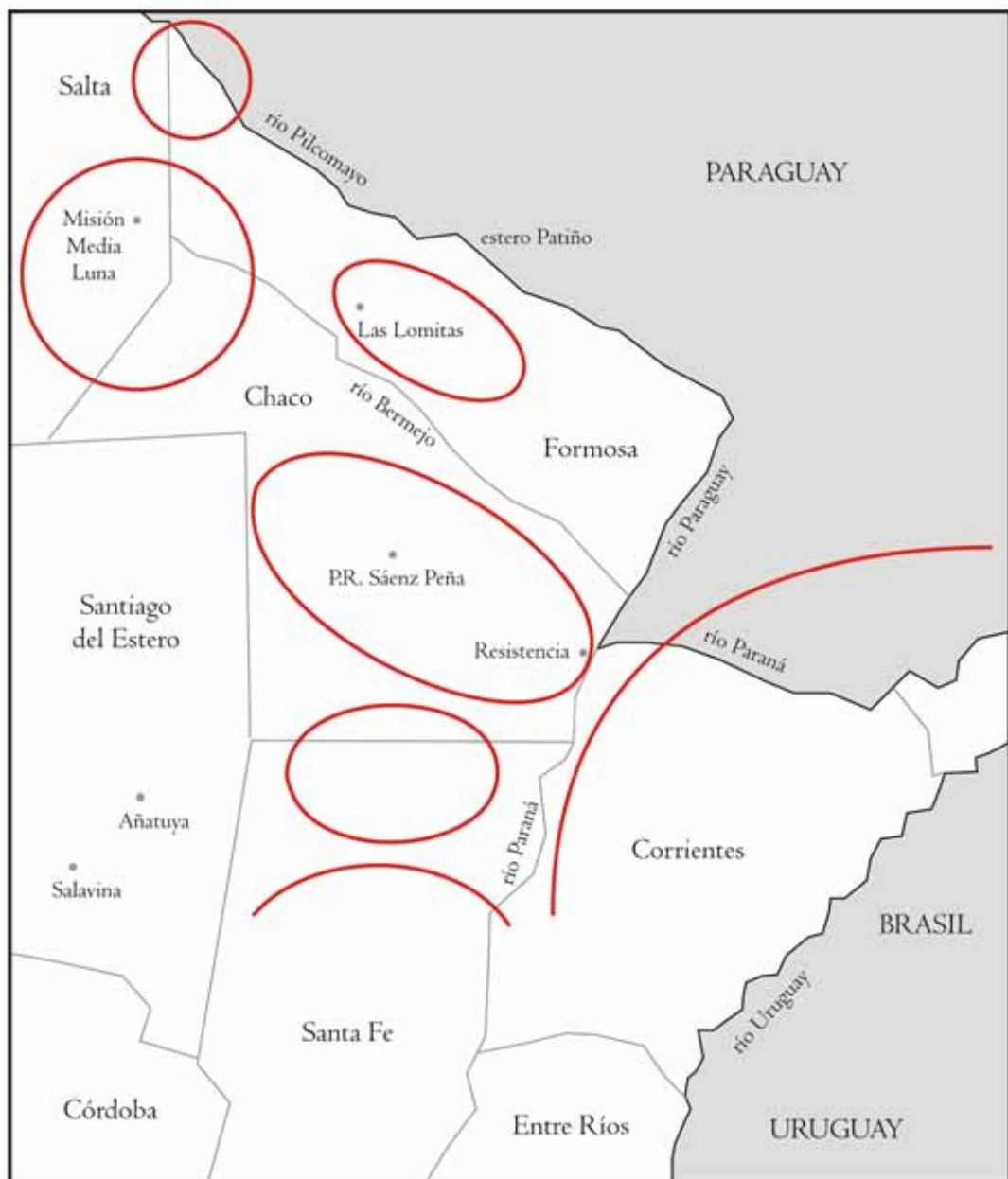
Señor de Mailín: imagen religiosa cristiana conservada en un santuario de la localidad santiagueña de Mailín, famosa por sus promesas, su fiesta y sus procesiones.

Taniku: deidad prehispánica a la que aún se rinde culto en una fiesta de la localidad de Salavina, en el sur de Santiago del Estero. Se cree que podría tratarse de un antiguo dios de la carestía. Hoy es un ser benéfico, caracterizado por sus grandes pies. Vocablo *quichua*.

Charque: del *quechua ch'arki*. Carne secada al sol como cecina. Además de emplearse en diversos platos regionales (tamales, etc.), compone el relleno de algunas variedades de *empanadas* (ver cap.2) a lo largo y ancho de los Andes (p.e. las *tucumanas* de Bolivia).



El noroeste argentino estuvo poblado por un gran número de pueblos y de parcialidades. Catamarca, la Rioja, Tucumán y Salta fueron áreas de influencia Diaguita. Jujuy es zona Kolla y el Chaco salteño, la tierra de los Ava o Chiriwano. Santiago del Estero, cuna del quichua santiagueño, estuvo habitado por Lules, Vilelas y Tonocotés.



El territorio chaqueño (Chaco Austral) estuvo ocupado por un buen número de pueblos de distintas familias lingüísticas.

El centro de la provincia de Chaco lo habitan los Qom, y el de Formosa, los Pit'axá. El norte de Santa Fé fue y es tierra de los Mocoví, y al sur de ellos se emplazaron los Abipón, los Chaná, los Timbú y los Carcarañá. Entre Salta y Chaco se encuentran los Wichi, y en la región del Pilcomayo, entre Salta y Formosa, los Yojfwaja y los Nivaklé. Finalmente, la provincia de Corrientes y el área de Misiones es donde se ubican las parcialidades Guaraníes.

Musiquear: regionalismo; verbo usado habitualmente por los músicos populares para definir su actividad, en contraposición a la de los músicos profesionales, que «tocan por música».

Chaco salteño: parte oriental de la provincia argentina de Salta, perteneciente a la región fitogeográfica del Chaco Austral. Limita a la vez con Bolivia y Paraguay.

Chacarera: ritmo musical tradicional del noroeste de Argentina y el sur de Bolivia. Designa tanto a la música como a la danza, que se baila en parejas y es característica por el diestro zapateo del hombre y el donoso movimiento de *pollera* (falda) de la mujer. Su popularidad la ha llevado a convertirse en la «reina» virtual de las danzas folklóricas argentinas.

Bombo: tambor, instrumento de percusión. Posee numerosas variedades a lo largo y ancho de América Latina, y muy en especial en el área andina. El de Santiago del Estero es conocido como «bombo legüero», pues las tradiciones sugieren que su sonido puede oírse a varias leguas de distancia. Se construye a partir de un enorme tronco de ceiba blanca ahuecado y provisto de dos parches.

Churki: variedad de árbol espinoso, también denominado «espinillo negro» o «*tuska*». Vocablo *quichua*, castellanizado como «churqui».

Quebracho: árbol de madera dura y corteza rica en tanino, razón por la cual fue explotado para elaborar travesaños de vías ferroviarias y productos para la industria de la curtiembre. Se han identificado cuatro especies distintas. Término castellano derivado, según algunas fuentes, de «quiebra-hacha».

Qechalita: especie de paloma de monte. Diminutivo castellano de un término *quichua*.



capítulo 5

Los *Ava* son un pueblo de estirpe *guaraní* originario de la zona del Chaco Austral y dueño de una historia fascinante. Llegados desde Paraguay y el sur de Brasil en su constante movimiento en busca de la «Tierra sin Mal» (como todos los grupos *guaraníes*), se asentaron en el oriente boliviano (Sierra de Aguaragüe, río Parapetí, bañados de Izozog) y subyugaron a los grupos que habitaban en aquella región (*Chané* y otros), convirtiéndolos en sus vasallos. Fueron afamados guerreros que mantuvieron en jaque las fronteras del «Imperio Inca» y de los posteriores virreyes y gobernadores coloniales españoles del área andina. En 1574 derrotaron totalmente al virrey Francisco de Toledo, quien buscaba dominarlos desde 1571. A partir de 1796 lanzaron ataques contra ciudades y reducciones españolas, venciendo al gobernador de Cochabamba, Francisco de Viedma (1800) y al de Potosí, Francisco de Paula Sanz (1805), cuyos hombres perecieron en un combate de seis horas en pleno río Pilcomayo. Asimismo, se opusieron a la entrada de los jesuitas y a todo intento de presión o aculturación.

La lucha por la tenencia de la tierra, la explotación económica a la que fueron sometidos los trabajadores en ingenios, plantaciones

y obrajes, la pérdida paulatina de sus prácticas tradicionales (recolección, caza, agricultura, pesca) o las dificultades crecientes para llevarlas a cabo debido a la presión de la sociedad nacional que los rodeaba, mantuvieron a las comunidades en una actitud de defensa cotidiana. Las sublevaciones más importantes de los *Ava* se produjeron en 1875 y 1893 como consecuencia de los numerosos abusos sufridos. La resistencia tuvo lugar a todos los niveles y a través de manifestaciones sutiles, como solidaridad con el robo de ganado, desgano en el trabajo y rechazo a los sacramentos de la Iglesia.

Fueron derrotados militarmente por los ejércitos nacionales bolivianos en Curuyuqui, en 1892. Los *Chané* se liberaron entonces de su dominio y rompieron con las prácticas de antropofagia ritual a las que eran sometidos. Durante la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-5), los *Ava* pelearon (forzadamente) en el lado paraguayo y los *Chané* en el boliviano. Tras el conflicto, ambas poblaciones se movieron y algunas cruzaron sus fronteras originales por temor a las represalias. Fue entonces cuando algunos grupos *Ava*, huyendo de las balas y el hambre, entraron en Argentina (país que llamaban *mbaporenda*, «lugar de trabajo») junto con unas pocas parcialidades *Chané*.

Durante las primeras décadas del siglo XX, los franciscanos, instalados en la vecina Bolivia desde principios del siglo XVII, se asentaron en Tartagal (en la provincia argentina de Salta) y comenzaron su labor de creación de misiones, a las cuales se acercaron los indígenas, atraídos por los planes de vivienda y agricultura, la educación y la alimentación.

A pesar de los siglos de dominio del *karai pochi* (el «blanco malvado»), conservan su *ñandereco*, su cultura original, y un apego

milenario al maíz, alimento que es «lo que la sangre al humano, lo que nutre y da vida». De ahí la celebración anual del *areteguasú*, la «fiesta grande», en la cual el maíz y la *chicha kãwi* son los elementos más importantes.

En la actualidad, los *Ava* son 50.000 en Bolivia (orillas del río Parapetí, valles de la sierra de Aguara Güe y Charagua) y 15.000 en Argentina, localizados en las provincias de Salta (Orán y San Martín) y Jujuy (San Pedro). Por su parte, los *Chané* no son más de 1.500 en tierras argentinas, ubicados principalmente en la zona de Tartagal. Viven agrupados cerca de misiones, sobre todo protestantes. Si bien conservan su identidad étnica, su destino y su cultura están fuertemente entrelazados con los de los *Ava*, a los que continúan llamando *chaya* (contracción del *avá-ñe'é che yara*, «mi señor»).

En cuanto a los *Tapieté* (del *avá-ñe'é tapí-i*, «esclavo» y *eté*, «verdadero»), se sabe que fueron pueblos chaqueños avasallados e influidos por la cultura *Ava*. Hoy en día son poco identificables en el ámbito regional.

Nota: los Ava-guaraníes o «Chiriguano» hablan un dialecto andinizado del avá-ñe'é o guaraní, caracterizado por su acentuación grave y sus consonantes sordas. Los vocablos de la siguiente lista —todos en avá-ñe'é, salvo que se indique lo contrario— se consiguen, pues, en su forma Ava. Cuando se anotan formas clásicas en avá-ñe'é se incluye su típica acentuación aguda. Para la redacción del texto se empleó, entre otros, el trabajo de Wolf Dietrich «El idioma chiriguano: gramática, textos, vocabulario».

Yungas: del *quechua yunka*. Valles cálidos que se abren en las estribaciones orientales de los Andes, sobre las selvas del Chaco Austral. Comienzan en la provincia de Tucumán y Salta (Argentina) por el sur, y se extienden hacia el norte hasta el departamento de La Paz (Bolivia). Son conocidos por su vegetación exuberante y sus cultivos tropicales.

Avá-ñe'é: de *avá*, «ser humano» y *ñe'é*, «lengua». Auto-designación del idioma *guaraní*.

Peterebi: árbol de gran tamaño, altamente valorado por la calidad de su madera.

Ñuati kuruzu: de *ñuati*, «espina» y *kuruzu*, «cruz». Árbol cuyas ramas exhiben largas espinas en grupos de tres, cruzadas de modo singular.

Paraparaí: otro nombre del árbol llamado *jacarandá*, de fronda robusta y flores violáceas.

Anga: alma.

Ava: literalmente, «ser humano». Auto-designación de muchos grupos de linaje *guaraní*.

Urucu: pigmento rojo empleado para ornamentos corporales y faciales. Se lo conoce también como «achiote» o «bija».

Tembeta: adorno facial masculino, de hueso, madera o asta, que atravesaba el labio inferior. Era típico de las gentes del área chaqueña.

Inqa: en *quechua*, «Inca», regente máximo del *Tawantinsuyu*.

Qusqu: en *quechua*, «Cuzco», antigua capital del *Tawantinsuyu*.

Maloka: casa comunal, propia de las culturas selváticas y común a los pueblos de estirpe *tupí-guaraní*.

Warak'a: en *quechua*, «honda». Elementos pastoriles tejidos en lana, eran también usados como armas.

Wallkanka: en *quechua*, «escudo, rodela».

Chiriwanu: originalmente, del *quechua chiriwañuq*, «los que mueren de frío». Deformado luego a *chiriwanu*, del *quechua chiri* «helado» y *wanu* «estiércol, guano». A pesar de ser un nombre peyorativo, y de que este pueblo posee nombre propio para autodesignarse (*Ava*, «seres humanos»), la forma castellanizada de esta palabra («chiriguano») aún es utilizada en muchos textos para denominar a este grupo indígena. Los criollos también emplean los despectivos «chaguancos» o «tembetas» para referirse a ellos.

İsipo moroti: de *ısipo*, «junco» y *moroti*, «blanco». Especie de carrizo.

Kuarahi-mimbi: variedad de garza de cabeza azul.

Tayi pïta: de *tayi*, «lapacho» y *pïta*, «rojo». Lapacho rosado, árbol de la región chaqueña, de gran porte y flores rosadas. Existe una variedad con flores amarillas.

Ñandubai: árbol de gran porte, de madera dura, perteneciente al mismo género que los Algarrobos.

Imbaekwa: hechiceros malignos.

Añachi: silbato de hueso, empleado por los *imbaekwa* como cerbatana para disparar maldiciones y hechizos contra sus víctimas. Tiene un sonido débil y agudo, y suele confeccionarse con los huesos largos de ciertas aves.

Kîrîrho: serpiente venenosa, también llamada «víbora de la cruz» o «yarará».

Cerro Rico de Potosí: cerro que domina la ciudad boliviana de Potosí. En sus laderas se abrieron, desde tiempos coloniales, innumerables minas de plata. Los conquistadores se valieron —con escaso éxito— de esclavos africanos o chaqueños para su explotación, además de someter (esta vez obteniendo los resultados deseados) a las comunidades locales a regímenes de *mita* o servicio forzado. Actualmente, agotada la extracción de plata, la producción minera potosina se orienta al estaño.

Pillkumayu: del *quechua pillku*, «bermejo» y *mayu*, «río». Río Pilcomayo, frontera natural entre Argentina y Paraguay.

Aguape: camalote, planta acuática que flota merced a un sistema de enormes vejigas llenas de aire.

Kuriyu: *lampalagua*, especie de boa (ver cap.4).

Yaguarete: felino de porte mediano.

Aguaribai, taruma: especies arbóreas. La primera es conocida como «pimentero de Indias» debido al sabor particular de sus pequeños y numerosos frutos.

Paku, mandure, pati: grandes peces de río.

Tayazu: pecarí o «chancho del monte». Especie local similar al jabalí europeo.

Maka: pato salvaje, relacionado con los somormujos europeos. Castellanizado como «macá».

Taperigua: también llamado *taperivá* en otras áreas de habla *avá-ñe'ê*. Árbol del género *Cassia*, posee olorosas flores y propiedades medicinales. Los criollos lo llaman «árbol de Carnaval» o «guaranguay».

Arete Avati: de *arete*, «fiesta» y *avati*, «maíz». Quizás sea una deformación de *arete avatipe*, «fiesta del maíz». También es denominada *areteguasú*, «fiesta grande» o simplemente *arete*. Entre los criollos es conocida como «fiesta del pim-pim» o sencillamente «pim-pim». Originariamente era una parte del ciclo anual religioso *Ava*, un homenaje a la tierra por la primera cosecha de maíz. Pero fue condenada por las autoridades civiles y religiosas criollas, que vieron en la celebración una excusa para todo tipo de «excesos» (incluyendo borracheras y orgías sexuales) que la sociedad originaria veía como elementos naturales. Los *Ava* desplazaron entonces las fechas de la fiesta para hacerla coincidir con el Carnaval cristiano, tiempo en el que todas las normas morales se relajaban bastante y en el que, por ende, no abundaban las condenas de ningún tipo.

Kāwi: *chicha*, bebida alcohólica a base de maíz fermentado (ver cap.2). También escrito «kanwi» o «cangüi».

Anguaguasu: de *angua*, «tambor» y *guasú*, «grande». El mayor de los tambores *Ava*, considerado femenino, con doble parche de cuero y cuerpo de madera.

Anguamini: de *angua*, «tambor» y *mini*, «pequeño». Es el tambor tubular mediano de los *Ava*, de doble parche y cuerpo de palma excavada.

Temĩmbĩ puku: de *temĩmbĩ*, «flauta» y *puku*, «larga». Flauta vertical de los *Ava*, muy parecida a una quena andina.

Temĩmbĩ ñe pĩasa: de *temĩmbĩ*, «flauta» y *ñe pĩasa*, «cruzada». Flauta travesera de los *Ava*, de caña o metal, probablemente introducida por los misioneros cristianos.

Michirai: literalmente, «el hijo más pequeño». El menor de los tres tambores *Ava*, con forma y tamaño similares a una *caja* del noroeste argentino (ver cap.3).

Temĩmbĩ guasu: de *temĩmbĩ*, «flauta» y *guasu*, «grande». Descomunal flauta vertical de los *Ava*, muy parecida a los *mohoseños* o *puqllay* de los Andes bolivianos. Debido a su gran tamaño, posee un mecanismo especial de soplo.

Pinguyo: del *quechua pinkullo*. Flauta vertical de origen andino, empleada en ciertas ocasiones por los *Ava*.

Wakar'hanti: probable contracción de *wákaraẽ hánti*, «cuerno de vaca». Aerófono *Ava* inspirado en los *erkes* andinos (ver cap.2). Compuesto por una larga caña terminada en un cuerno, se usa como corneta.

Karai: literalmente, «señor». Palabra empleada para referirse a los hombres blancos.

Purumangau-mbae: literalmente, «aquel que hace beber». Jefe del *arete*, que convoca, organiza e inaugura la fiesta y que la dedica

a un personaje destacado de la comunidad (el *Ucuu-mbae*, «el que bebe en público»), el cual puede ser un *Tubicha* («jefe») u otro individuo importante.

Aña-aña: nombre que reciben las máscaras *Ava*. Duplicación del término *aña*, «demonio». La leyenda dice que, tras una competencia entre *Tumpa* y *Aña* (ver abajo), éste último —vencido— fue condenado a morar eternamente encerrado en las entrañas del árbol llamado *palo borracho* (ceiba, *yuchán* o *samo-u*, ver abajo). Para liberarlo anualmente —y que así gobierne la fiesta del maíz— los *Ava* tallan sus máscaras sobre la madera verde de ese árbol, las dejan secar y las pintan. Tradicionalmente, las *aña-aña* —representando hombres y animales— deben ser construidas cada año para la fiesta y destruidas al finalizar la misma, siendo lanzadas al río, quebradas contra un árbol o enterradas en un cruce de caminos. Dado que el mero hecho de llevarlas transforma al hombre enmascarado en el espíritu actuante, y tratándose, por ende, de potentes objetos de sacralidad, el destruirlas representa un acto de purificación y evita la profanación. Aunque en la actualidad algunos grupos las comercializan, muchos evitan tal acto.

Samo-u: también denominado *samuhú*, es la variedad de flores rosadas del árbol llamado «palo borracho», especie del género *Ceiba* de gran porte y tronco con forma de botella. La variedad de flores amarillas se llama *yuchán*.

Tumpa: principio creador benigno, asimilado por los cristianos como Dios.

Aña: principio destructivo, asimilado por los cristianos como el Demonio.

Mainumbi: colibrí. De acuerdo a la leyenda, los colibríes son los que recogen las almas de los guerreros muertos, refugiadas en las flores, y las llevan al cielo.

Karau: ave grulliforme, de gran porte, de plumaje oscuro y canto característico. Su leyenda es similar a la del *Crespín* de Santiago del Estero (ver cap.4): embobado por una atractiva joven en un baile, un muchacho se distrajo de su misión de ir a buscar ayuda para su madre moribunda, y aunque fue alertado varias veces por los vecinos, éste no hizo caso. La anciana murió, y la pareja fue convertida en aves oscuras. El *Karau* tiene los ojos rojos por el llanto y vive aullando su remordimiento. Por su parte, la muchacha fue transformada en una gallareta.

Kururu: sapo.

Karanday: también «caranday» o «palmera de agua». Con este nombre se designa a dos especies de palmeras del género *Copernicia*, típicas del Chaco Austral. Sus hojas se utilizan en Paraguay y el noreste argentino para la elaboración de artesanías, y sus troncos, para la confección de postes.

Ipaye: nombre que recibe el médico, curandero o chamán entre los pueblos *guaraníes*. El vocablo pasó al castellano regional como «payé».

Juegos de hilos: conocidos en todo el mundo, son generalmente llamados «cunitas» en Latinoamérica. Son juegos realizados con un cordel fino anudado por los extremos, que se entrelaza entre los dedos de ambas manos formando figuras complejas, a través de las cuales pueden contarse historias. Tuvieron una amplia difusión entre las culturas indígenas.

Iwoka: la «Tierra sin Mal», mito común a todos los pueblos *tupí-guaraníes*. También es llamada *Yvymarae 'y*.

Timbo: árbol chaqueño de gran porte, también llamado «*pakará*» o *camba nambi* («oreja de negro») por la forma de sus frutos.



capítulo 6

Los *Yojfwaja* (literalmente, «los hijos de la paloma») fueron llamados también *Chorotes*, *Chorotís* y *Manjul*, y son denominados *Hotiniwk* («orientales») por sus vecinos *Wichi* (ver cap.9). La población que actualmente está radicada en la Argentina (*Chaco salteño* y este de la provincia de Formosa) se limita a unas 2.300 personas, emplazadas en el medio del monte o en asentamientos a lo largo del río Pilcomayo. Los pocos que viven en ciudades o localizaciones urbanas lo hacen en condiciones paupérrimas. Sin embargo, en Paraguay su población es mayor. Pertenecen al tronco lingüístico *mataco-mataguayo*, junto a sus vecinos *Nivaklé* (ver cap.7) y *Wichi*. Se dividen en varios grupos, que reciben distintos nombres de acuerdo al lugar que habitan o a los vientos que dominan en tal sitio. Han perdido muchas de sus costumbres (p.e. la caza de *scalps* o cabelleras) y se han integrado a otros pueblos (*Nivaklé*) y a muchas de las iglesias protestantes que abundan en la región chaqueña (Anglicana, Pentecostal, Nuevas Tribus, etc.).

Nota: Los Yojfwaja hablan una lengua de la familia mataco-mataguayo. No existe un alfabeto normalizado para escribirla. El sistema elegido para codificar sus palabras en el texto corresponde al empleado por la lingüista Ana Gerzenstein en su libro «Lengua chorote». Los símbolos ['] y [?] son usados para representar sonidos glotales de los cuales carece el español.

Pillkumayu: ver cap.5.

Timbó: ver cap.5, «timbo». Versión *avá-ñe'é* de la palabra, con su correspondiente acentuación aguda.

ʼNokiki?: árbol de gran porte y buena madera, conocido como «palo blanco».

Inti: en *quechua*, «sol». Una de las máximas deidades del *Tawantinsuyu* o «Imperio Inca».

ʼKjenuk: sauce.

Taqlla: arado de pie tradicional andino. Vocablo *quechua*.

Yarawi: ritmo musical de cadencia lenta y melancólica. Término *quechua* castellanizado como «yaraví».

ʼSemlak: variedad del árbol llamado ceiba o «palo borracho» de flores amarillas, conocida también como «*yuchán*» (ver cap.6, «samo-u»).

ʼFwansitax: garza blanca.

ʼAxlutje: *yacaré*, variedad de caimán sudamericano.

Fwaʼaiyuk: algarrobo blanco.

I'sjoxsok: algarrobo negro. Como la anterior, sus semillas son comestibles (ver cap.3, «algarroba»).

Lesinjuk: *chañar*, árbol de flores amarillas y corteza tintórea (ver cap.3).

Si'ljakajtje: jaguar.

Nivaklé: pueblo vecino de los *Yojfwaja*, también llamado *Chulupí*. Pertenecen a la misma familia lingüística *mataco-mataguayo* (ver cap.7).

Wichi: pueblo vecino de los *Yojfwaja*, también llamado *Mataco*. Pertenecen a la misma familia lingüística *mataco-mataguayo* (ver cap.9).

Wusyuk: tambor de agua. Está compuesto por un tronco ahuecado que se llena de agua y se reviste con un único parche. De acuerdo al nivel del líquido contenido, variará el sonido. Es llamado «pimpim» en otras regiones del Chaco.

Seli pasat: literalmente, «voz de pájaro». Instrumento musical conocido como «trompe», «birimbao» o «arpa judía», construido con un marco y una fina lengüeta que vibra sobre la boca abierta. La cavidad bucal oficia de caja de resonancia, produciendo vibraciones especiales. Tradicionalmente ha sido ejecutado entre los pueblos indígenas de Sudamérica en el ámbito íntimo. Se dice que está provisto de poderes especiales relacionados con la sexualidad y se lo emplea especialmente para la seducción.

Wosoki sise: flautilla, generalmente de caña fina o del hueso del ala de un ave de gran tamaño.

Woiki: zorro. Héroe de muchos relatos *Yojfwaja*. En la época mítica, los animales tenían forma humana, y es bajo esta apariencia que el pícaro *Woiki* protagoniza sus aventuras.

Alenta ji wole: literalmente, «cerda de caballo». Arco musical elaborado con una costilla o una rama de *tuska* (ver cap.4) que se arquea gracias a una cuerda de crin y se ejecuta apoyándolo en los dientes inferiores y frotándolo con otro similar. La boca sirve como caja de resonancia.

capítulo 7

Los *Nivaklé* («hombres», en su lengua) aparecieron en las primeras crónicas y textos antropológicos con el nombre de *Chulupí* o *Chunupí*. Sus vecinos *Yojfwaja* los denominan *Ashlushlay*, y los *Wichi*, *Asoaj* («los que se babean», por considerarlos «borrachos»). Se trata de grupos pequeños, originarios del actual territorio de Paraguay, que cada tanto cruzan el río Pilcomayo y se asientan en territorio argentino. Pueblos cazadores-recolectores, se desplazaban (y aún hoy lo hacen) en busca de las zonas con mejores recursos, dependiendo de las estaciones. Sin embargo, suelen permanecer ligados a determinados territorios (de allí muchas de sus designaciones tribales, como «gentes del río» o «gentes del espinal»). Recogen los frutos del monte (especialmente la algarroba), pescan y mantienen una agricultura de subsistencia que incluye el maíz, el zapallo, la

mandioca y el algodón. Su cultura material, si bien sencilla, es abundante, destacándose en lo relativo al tejido con fibras vegetales, al adorno corporal y a las herramientas de trabajo.

Poseen un universo espiritual complejo y muy rico, y su tradición oral contiene explicaciones para el origen de cada elemento natural de su entorno, así como historias míticas que narran el nacimiento del mundo y de los hombres. Poco influenciados por la cultura de los *Samtó* u «hombres blancos» —excepto las presiones recibidas de los evangelizadores cristianos, sobre todo protestantes—, los *Nivaklé* continúan, hoy en día, habitando sus asentamientos en el monte o a orillas del río, y soportando los males que trae la civilización (desmontes, crisis ambientales, contaminación de aguas, enfermedades, abusos...).

Su población principal, unas 18.000 personas, reside en territorio paraguayo. Los grupos que viven en Argentina son menores, superando escasamente el millar de individuos.

Existen varias versiones de la creación del mundo entre los *Nivaklé*. Una de ellas es la que aparece en el texto. En otra se cuenta cómo una larga lluvia inundó la tierra y *Vot'i'taj*, la tortuga mítica, tuvo que enviar al arco iris *Jasch'aklich* para que detuviera el diluvio. Luego, cuando la tierra se secó nació *Päsej*, el primer hombre, a quien el arco iris, viéndolo solo, guió para que hallara a *Ta'äö*, la primera mujer.

Nota: la lengua nivaklé no posee aún un alfabeto oficial. Los términos incluidos en el texto han sido tomados de diversas fuentes lingüísticas y antropológicas.

Fitzököjic: también conocido como *Fisak'ayich*, es el héroe y padre mítico de los *Nivaklé*.

Chakra: en *quechua*, «tierra de labor, sementera». Castellanizado como «chacra».

Öxöklöxlaj: también llamados *Ajaklahlay*. Hombres-pájaro, dueños de la lluvia, las nubes, el viento y las tormentas, y productos del rayo y el trueno.

Shinvonóc: *aloja* de miel fermentada, similar a la *lataxa* de los *Qom* (ver cap.10). Se mezclaba a veces con frutos del monte como la algarroba o el *mistol*.

Catclunachajec: aguja de pesca, elemento en el que se ensartan las presas capturadas.

Nivakche: femenino de *Nivaklé*. Existen numerosos mitos relacionados con las mujeres entre los *Nivaklé*. Uno de ellos explica como *Jive'kla*, la Luna, el hermano menor del Sol, desflora todos los meses a las mujeres con su gigantesco miembro viril, produciendo la menstruación.

Yaqulla: manto con el que los hombres se cubren los hombros y la espalda. Vocablo *quechua*.

Toyet: chamán. Algunas fuentes lo citan como *toiyé*. El universo chamanístico de los *Nivaklé* es tremendamente amplio: incluye a los *sichée* y *iautói* —los espíritus dominados por el *toyet*—, varios mundos paralelos como el *tulhitaj*, árboles mágicos como el *aquio-yatúc*, bebidas alucinógenas como la *vatlhuquéi* —a base de frutos de *Datura*— y robos del alma *sa'c'aclit*.

Tst'áj: jefe o cacique en tiempos de paz. En general, los *Nivaklé* —debido a su naturaleza nómada y descentralizada— no otorgaban demasiada importancia a una autoridad central.

Wayrachaki: en *quechua*, «andariego». De *wayra*, «viento» y *chaki*, «pie», literalmente «pies de viento».



capítulo 8

Los *Pit'laxá* o *Pilagá* son un pueblo de la familia *guaykurú*, a la cual pertenecen también los *Qom* o «tobas» (ver cap.10) y los *Moqoit* o *Mocoví*. Actualmente viven en la provincia de Formosa, en el Chaco Austral argentino. Son entre 5.000 y 9.000 personas repartidas en una veintena de comunidades. Unos 2.000 continúan hablando su idioma, que ya cuenta con alfabeto normalizado. Están políticamente organizados, poseen escuelas bilingües en sus territorios y han desarrollado fuertes mecanismos de acción para defender sus derechos. Sin embargo, su población (al igual que muchos de sus vecinos criollos) se ve afectada por los numerosos problemas que enfrenta esa región.

Su historia reciente incluye la Masacre de Rincón Bomba (Las Lomitas, Formosa, octubre de 1947), uno de los episodios más oscuros del pasado inmediato de la etnia *Pit'laxá*, cuyo relato ficcionado se incluye en el texto. Fue el eslabón final de una triste cadena

de acontecimientos. Los fusilamientos se sucedieron durante varios días en localidades como Las Lomitas, Pozo del Tigre o Campo del Cielo. Se calcula que más de 750 personas fueron asesinadas. Personajes como el colono Curesti, el famoso cacique Pablito o el «predicador» Luciano aún son recordados por los ancianos sobrevivientes, cuyos testimonios han sido recogidos en numerosos documentos en papel y en línea que describen los dramáticos sucesos.

Nota: la lengua pit'laxá posee ya un alfabeto «oficial», normalizado entre las propias comunidades. En el texto se han usado las convenciones recogidas en documentos como «Qadede Idá?at», del cual se ha extraído también parte del relato del «héroe que buscaba venganza». Los términos incluidos a continuación han sido tomados de diversas fuentes, tanto lingüísticas como antropológicas. Entre ellas se encuentra el trabajo de Lidia Bruno sobre comparación de vocabularios Qom y Pilagá.

Milicada: designación popular regional de cualquier conjunto de soldados o «milicos».

Loqolí: variedad de ave acuática de cuello largo, también conocida como *biguá víbora* o *anhinga*.

Nachiguisé: carpincho o *capibara*. Es el roedor actual más grande y más pesado.

Napamaló: armadillo. Hay distintas variedades, desde los pequeños *pichi* de 15-20 cms. de talla a los gigantescos *tatú-carreta* de

medio metro de largo. Su carne es muy apreciada en guisos que, a menudo, suelen prepararse en el propio caparazón del animal.

Nesedék, piror'onák: nombres de dos variedades de avispa melera.

Mate: infusión tradicional del área argentino-paraguaya, elaborada a partir de la hoja seca y molida del arbusto conocido como «yerba mate». Se prepara poniendo «yerba» dentro del «mate» —un recipiente hecho de calabaza, madera, cuerno o caña— y cubriéndola luego con agua caliente. La infusión resultante se sorbe con una cánula de metal o caña denominada «bombilla». Hay numerosas modalidades, y es una bebida muy difundida en Uruguay, Argentina, Paraguay y el sur de Brasil. La palabra «mate» deriva del *quechua mathi*, «calabaza o recipiente hecho de ella».

Noolól: espátula rosada, variedad de ave acuática de gran porte.

Chamamé: ritmo folklórico muy popular, originario del noreste argentino y Paraguay pero extendido en la actualidad a amplias zonas del interior de Argentina. Es música bailable, y son muchas las emisoras de radio especializadas en ella, así como los «conjuntos chamameceros», cuyo repertorio para animar las fiestas sólo está compuesto por *chamamés*. Se basa prácticamente en acordeón y guitarra.



capítulo 9

Los *Wichi* recibieron numerosas denominaciones. Hasta hace poco se los conocía con el nombre criollo de «matacos», una designación despreciativa que, haciendo referencia a una variedad de armadillo, definía a cualquier cosa «pequeña y de poco valor». De hecho, todos los grupos vecinos se refieren a ellos como «flojos y cobardes». En Bolivia (Tarija) son llamados *Weenhayek*. Pertenecen a la familia lingüística *mataco-mataguayo* y viven en Argentina (provincias de Salta, Chaco, Formosa y parte de Santiago del Estero) y en el sur boliviano. Son más de 30.000, y casi la mitad —sobre todo mujeres— son prácticamente monolingües.

La agricultura, aprendida de sus vecinos andinos, les permitió cierto sedentarismo desconocido entre sus hermanos de estirpe. Sus artesanías se comercializan en toda Argentina, especialmente sus bolsas *yika* confeccionadas con fibras de *caraguatá* y sus tallas en madera de *guayacán*. Algunas comunidades poseen escuelas bilingües. A pesar de los avances que han logrado en cuanto a reconocimiento legal y social, sus actuales condiciones de vida rozan la indigencia.

A lo largo de los siglos generaron un complejo mundo de «Dueños del monte y de los animales», espíritus que reglamentan las actividades de caza y recolección. Tales «Dueños» están tutelados por *Ahatáj*, una deidad que reina en el mundo subterráneo y que, ade-

más, domina las enfermedades y el mundo acuático. Sus servidores directos son los *Ahat*, entidades nefastas para el hombre.

Sus mitos son numerosos, y han sido cuidadosamente recogidos y estudiados por antropólogos y etnólogos. Uno de los más conocidos es el del origen del fuego. Según la narración *Wichi*, *Ijwala*, el Sol, era el único que poseía ese bien tanpreciado. Diariamente reunía a los hombres en su casa, hacía que colocaran sus alimentos en un enorme caldero y luego, sentado sobre él con el taparrabos levantado, hacía fuerza y soltaba llamas que cocinaban la comida. La risa que ese espectáculo causó en el *hornero* —una conocida ave argentina (ver cap.12), que en la época mítica tenía forma humana— logró encolerizar a *Ijwala*, el cual, en un ataque de furia, incendió el mundo. Los sobrevivientes recogieron las ascuas y desde ese día pudieron cocinar sus platos... de una forma más higiénica y menos cómica.

Otro de sus mitos es la saga del pícaro *Tojkwaj*, de la cual se incluye en el texto uno de sus episodios más populares. La mayor parte de los pueblos indígenas latinoamericanos —y del mundo— posee en su acervo de narraciones y leyendas una figura de héroe pícaro, gracioso, desastroso y provocador que hace las delicias de los oyentes y que, en muchas ocasiones, explica el origen de numerosos elementos del entorno natural o cultural. La serie de *Tojkwaj* es muy nutrida, y merece su lectura completa y detenida para disfrutar de todas sus aventuras.

Nota: gran parte del trabajo de codificación del idioma Wichi o wichi lhamtes ha sido realizado por los misioneros protestantes

que, desde principios del siglo XX, evangelizaron a este pueblo. De uno de sus trabajos —la «Mataco Grammar» de R. J. Hunt— se han extraído las frases incluidas en este capítulo. En la actualidad existe un alfabeto normalizado para la lengua, el cual no difiere demasiado del sistema empleado aquí.

Wosotsuk, wosotsaj: algarrobo negro y su fruto.

Hayawu: sabio, chamán, curandero, hechicero.

Fwayuk, fway: algarrobo blanco y su fruto.

Ahayuk, ahayaj: árbol conocido como «mistol» y su fruto (ver cap.3).

Letsenuk, letseni: árbol conocido como «chañar» y su fruto (ver cap.3).

Hayaj: jaguar.

Carancho: ver cap.4, «qaranchu».

Cháguar: del *quechua ch'awar*. Fibra de agave empleada para textiles. También llamada *caraguatá* o «cabuya».

Achaj: «Gran Dorado», el padre de todos los peces en la cosmogonía *Wichi*. Algunos relatos refieren que era cuidado por el hombre-tigre *Ahioj Pajla*.



capítulo 10

El pueblo *Qom* («gente», en su lengua) se menciona con el término «toba» en las crónicas históricas. Tal denominación —que aún continúa vigente en muchas fuentes— deriva de una palabra *avá-ñe'é* que significaría «frentones», apelativo que hacía referencia a su antigua costumbre de raparse la cabeza hasta la mitad. Los *Qom* pertenecen a la familia lingüística *guaykurú*, junto con los *Pit'laxá* o *Pilagás*, los *Moqoit* o *Mocovíes* y los desaparecidos *Abipones*. Viven en el noreste de Argentina, en las provincias de Santa Fe, Chaco y Formosa, aunque ha habido migraciones hacia el *Chaco salteño*, Paraguay y grandes ciudades argentinas como Buenos Aires, Rosario o La Plata.

Tras los primeros contactos con los españoles, los pueblos de estirpe *guaykurú* se replegaron al interior del bosque chaqueño. Los colonizadores rodearon esas tierras inhóspitas con fortines para mantener la «amenaza india» bajo control, pero no tomaron ningún otro tipo de medidas. En el siglo XVII, tanto los *Qom* como sus hermanos sumaron el caballo a su arsenal y pasaron a depender de la rapiña para obtener manadas de vacunos, base de su economía. Así comenzaron a *pegar malones* (ataques orientados al saqueo) sobre las ciudades más cercanas. Curiosamente, atacaban también a los *Wichi* (ver cap.9), que nunca incorporaron caballerías ni tuvieron un temperamento tan guerrero. Para defenderse, los *Qom* fortificaban sus aldeas con empalizadas, y pronto cambiaron sus armas tradicio-

nales por lanzas y armaduras de cuero, hasta que, con posterioridad, adoptaron las de fuego en el siglo XIX.

Las expediciones punitivas de los colonos en respuesta a los *malones* no sirvieron de mucho, y solo lograron aumentar la agresividad de los indígenas. Para 1710, los pueblos *guaykurú* estaban confederados y pusieron en jaque todas las fronteras con el extraño, atacando especialmente ciudades como Asunción, Santa Fe y Corrientes. Ofensivas espeluznantes como las del gobernador de Tucumán, Esteban de Urizar, obtuvieron resultados paupérrimos. A lo largo del siglo XVIII también se realizaron expediciones de reconocimiento y amistad. Algunos *Qom* fueron «reducidos» (conducidos a *reducciones* o asentamientos religiosos) en 1780 en La Cangayé y San Bernardo El Vértiz.

Hacia 1830 renacería el hostigamiento *Qom*, con el saqueo de obrajes madereros y la disminución del tránsito en los ríos debido a los ataques piratas. Más tarde se los comenzó a explotar laboralmente y se los metió en reservas (p.e. Napalpí). En 1916 y 1924 hubo sendas revueltas *Qom* sofocadas por las armas del ejército argentino. En 1939, una epidemia de viruela acabó con la vida de muchos. En 1973 el *Qom* Luis Sosa se convirtió en Director del Servicio del Aborigen de la provincia de Formosa (Argentina). Y en 1987, el cacique *Qom* Nieves Ramírez se convirtió en diputado nacional después de varios cargos en la Municipalidad de Pampa del Indio (Chaco, Argentina).

Los *Qom* son uno de los pueblos más conocidos del *Chaco* argentino, quizás por sus ya mencionadas migraciones a los cinturones de pobreza de las ciudades más importantes del país, que han acercado su imagen a la sociedad no-indígena. Todavía son muchos los que viven en los ámbitos rurales de su territorio originario, la provincia

argentina de Chaco, aunque cada vez con más frecuencia se concentran en los famosos «barrios tobas», a las afueras de importantes núcleos urbanos como Resistencia o Presidencia Roque Sáenz Peña.

Actualmente son apoyados por el gobierno chaqueño y poseen escuelas bilingües en varias localidades. Su lengua está siendo revitalizada y su música es difundida por exponentes como el famoso coro *Chela'alapi* («Zorzales», en *qomlaqtaq*) o los intérpretes de violín *nviqé*. Sin embargo, pese a haber ido recuperando paulatinamente sus tierras, se enfrentan a numerosos problemas como son el desempleo, las enfermedades, la desnutrición, la exclusión, la discriminación y la pobreza. Es debido a todos estos motivos que suelen buscar mejores oportunidades en las grandes urbes. Esos intentos, lamentablemente, pocas veces se ven coronados por el éxito.

El *qomlaqtaq*, la lengua *Qom*, ha sido recogido en multitud de documentos y talleres realizados en Argentina. De uno de esos documentos («Taller de lengua toba en la comunidad Daviaxaiqui», *online*) se extrajo el cuento incluido en este capítulo (*Da lataxac ada'ada aviaq*, «Las maneras de ese monte», de Virgilio Leiva) y la frase que lo cierra (del mismo autor).

Nota: a excepción de las señaladas anteriormente, las palabras del qomlaqtaq empleadas en el texto proceden de diferentes vocabularios y diccionarios revisados y compilados en la localidad de Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco, Argentina), durante proyectos de investigación del autor junto a comunidades Qom. Como fuente informativa se han empleado varios trabajos del reconocido profesor Orlando Sánchez, de origen Qom.

Nam Qom: nombre de muchos de los «barrios tobas» de las principales ciudades argentinas (Resistencia, Presidencia Roque Sáenz Peña, Rosario, Formosa...).

Nviqué: cordófono, especie de rabel o violín rústico de una sola cuerda. Antiguamente consistía en un cuerpo de madera tallado y ahuecado, cubierto con una tapa de piel de felino, sobre el cual se tensaba una cuerda de cerda de caballo o cabello femenino. En la actualidad, se lo confecciona a partir de una lata de aceite grande, quemada y perforada. Su sonido es muy particular, y su técnica de interpretación permite al ejecutante extraer sonidos similares a los realizados al cantar.

Cotapic: quebracho (ver cap.4).

Mapic: algarrobo (ver cap.3, «algarroba»).

El-la, Shimpi, Lcaxaic, Sotegaxaic: en *qomlaqtaq*, nombres de los pueblos indígenas *Lule*, *Vilela*, *Wichi* y *Nivaklé* (ver las introducciones de los capítulos 3, 7 y 9).

Palotaxac: canto de alegría que emociona a la comunidad.

Lyaxac: canto de lamentación; eran entonados por las mujeres, por lo general al terminar una guerra.

Caraguatá: ver cap.9, «cháguar».

Ch'ullu: gorro andino de lana con orejeras. Término *quechua*, castellanizado como «chullo».

Karanday: ver cap.5.

Pecarí: ver cap.5, «tayazu».

Lcopi: granero levantado sobre pilotes para evitar las plagas, la voracidad de los animales y las inundaciones.

Paico: planta medicinal de amplia difusión en América Latina. Normalmente se emplea en infusiones, como antihelmíntico y digestivo.

Huaqajñipi, Aso dapichi', Araxanaxaqui, Mañic: las estrellas fueron, en todas las culturas antiguas, una especie de calendario astral que permitía establecer los ritmos de la tierra y el cielo. Los *Qom* las llamaron *huaqajñipi* (plural de *huaqajñi*). Entre las más importantes se encuentran las «Siete Cabritas» o *Aso dapichi'* (las Pléyades) y las dos constelaciones conocidas como «Los dos morteros», *Araxanaxaqui*. La leyenda cuenta que la anciana celestial que muele Algarroba en esos morteros hace que se extienda un trazo de harina por el firmamento, formando así la Vía Láctea. Por último, la Cruz del Sur, constelación solamente visible en el hemisferio austral, representa al gran *Mañic*, un avestruz o ñandú protagonista de varias historias de los ciclos míticos *Qom*.

Nalá, Qa'aqoxoic: *Nalá* o *Nalah*, el Sol, es un ser femenino. Posee una morada en oriente que abandona cada amanecer, y una en occidente, bajo tierra, a la que desciende durante el ocaso. Así como de día calienta el mundo de los vivos, de noche hace el trayecto inverso calentando el mundo subterráneo de los muertos. Por su parte, *Qa'aqoxoic* o *Kalk'rroik*, la Luna, es una entidad masculina, un hombre barrigón y de andar cansino. Se dice que visita a las mujeres de noche para anunciarles la menstruación.

Naimatac: nombre de la fiesta más importante del año para los *Qom*, en la que se invita a cada individuo a traer miel del monte para

llenar un recipiente de unos cien litros, hecho en un tronco de *yuchán* o *timbó*. Con ese contenido se elaborará la *aloja* de miel *lataxa* (ver abajo) que se beberá durante toda la celebración. Es costumbre, en esta festividad, poner nombre a los niños.

Apishi lo'o, lataxa: miembro de la comunidad *Qom* que conoce las canciones de su pueblo. Es el encargado de vigilar la fermentación de la *aloja* de miel (*lataxa*) mientras recita cantos específicos, dictados por la tradición para acelerar ese proceso.

Nayicpi: se trata de «bromistas calificados» asociados a ciertas festividades *Qom*. Dice Orlando Sánchez de ellos: «se dirigen a sus amigos con expresiones despectivas que hieren el orgullo propio, provocando con un tono burlón, para escandalizar frente a los demás; mostrando así que pueden más y son más, apoyados en actitudes de falsa amabilidad y en el engaño, mediante expresiones agresivas que humillan a sus amigos personales, cuidándose los otros de no ser heridos en su orgullo».

Qatalo: gigante protector de la miel y las colmenas. Su relación con los hombres fue siempre conflictiva, como queda reflejado en un buen número de leyendas y mitos. Se ocupa de que los mieleros respeten y protejan las colmenas.

No'vet: *No'vet* o *Nowet* es un dios poderoso, originariamente Dueño de los felinos. A él obedecen los Dueños del resto de los animales, y los de las distintas regiones en que se divide el espacio. Es deidad tutelar de la medicina y los chamanes *pio'oxonaq*, a quienes enseña el arte de curar las enfermedades. Las *Washi*, las *Laqshi* y los *Payak* son sus servidores.

Payak: especie de genios coordinadores de los espíritus del mal. Según los *Qom*, toda muerte que no sea en guerra es provocada por un *Payak*, que actúa de manera independiente o convocado por un hechicero. No existiría, pues, la muerte natural.



capítulo 11

Los pueblos que habitaron las riberas de los grandes ríos Paraná y Uruguay fueron numerosos y diversos. Al norte, entre ambos cauces, en el área de la provincia argentina de Misiones (zona fronteriza con Paraguay y Brasil) moraban los *Mbyás*, una parcialidad *Guaraní*. Al otro lado del río Uruguay, en el actual Brasil, vivían los *Kaingang*. Bajando por las aguas del Paraná, se asomaban al río los *Qom*, en la provincia de Chaco (ver cap.10). Más al sur eran los *Mocovíes* o *Moqoit*, al norte de la actual provincia de Santa Fe. Siguiendo corriente abajo aparecían los *Abipones*, los *Chanás*, los *Timbúes*, los *Carcarañás* y decenas de otras parcialidades. En el actual territorio uruguayo se ubicaba el pueblo *Charrúa*, y la región de Buenos Aires estaba ocupada por los *Querandíes*.

En Paraguay y sus regiones colindantes moraban —y aún lo hacen— multitud de parcialidades guaraníes, como los *Achés*, los *Pay-Taviterás*, los *Cainguás*, los *Avás* y tantos otros. Pero Paraguay también alberga a pueblos de otras familias lingüísticas, como los *Sanapanas*, los *Guanás* y los *Angaités* del grupo *mascoy*, los *Ayo-*

reos del grupo *zamuco*, y los *Macás* del grupo *guaykurú*. La diversidad, como queda de manifiesto, es interminable.

Tititaca: el lago navegable más alto del mundo, en el altiplano entre Bolivia y Perú, países a los que pertenece. Su nombre procede del *aymara*, y ha tenido traducciones muy variadas. En general, se acepta «peña del tigre». Castellanzado como «Titicaca».

Mama qhucha: en *quechua*, literalmente, «madre lago». El término *qhucha* o *qucha* significa «laguna» o «lago». La voz *mama-qhucha* se utiliza para «mar».

Puna: ver cap.2.

Chango: ver cap.4, «changuitos».

Totora: ver cap.1.

Pampa: en *quechua*, «llanura».

Suruqchi: castellanzado como «soroche». Término *quechua* que denota el «mal de alturas», común en el altiplano andino, que se eleva hasta los 4.000 mts. en ciudades como El Alto de La Paz. Provocado por la falta de oxígeno, sus síntomas son dolor intenso de cabeza, dificultad al respirar, aceleración del ritmo cardíaco y náuseas. El remedio tradicional contra este mal es la hoja de coca, tanto masticada en *acullico* (ver cap.2) como en «mate» o infusión.

Camalotes: ver cap.5, «aguape».

Jacarandá: ver cap.5, «paraparai».

Jangada, jangadero: «jangada» es cualquier balsa o embarcación tosca hecha de troncos unidos. El «jangadero» es su conductor. El término es de probable origen portugués. A lo largo del río Paraná, los troncos de los enormes árboles del monte y la selva chaco-misionera son empujados corriente abajo, hacia los obrajes madereros del sur. El método más sencillo para transportarlos es armar estas inmensas balsas o «jangadas».

Rasgido doble: ritmo musical del noreste argentino y Paraguay. Comparte espacio con el *chamamé* (ver cap.8), aunque, a diferencia de éste, es mucho más reposado y melancólico.

Yerbateros: peones de campo contratados para cosechar la yerba mate (ver cap.8, «mate»). Por lo general es una labor dura, mal pagada y casi esclavista en la que se incluyen «obreros-golondrinas» (trabajadores estacionales) y comunidades indígenas. Los yerbateros poseen un riquísimo acervo de tradiciones y costumbres relacionadas con los espíritus de los yerbatales (los campos de yerba mate), la mayoría de raigambre *Guaraní*.

Lapacho: ver cap.5, «tayi pīta».



capítulo 12

El pueblo *Comechingón* habitó el noreste de la actual provincia de San Luis y el centro-sur de la de Córdoba. Sus territorios linda-

ban con el del pueblo *Sanavirón*, que ocupaba el norte de Córdoba y parte del sur de Santiago del Estero (Argentina). Lo poco que se conoce de estas culturas procede de restos arqueológicos y de las tempranas crónicas de los conquistadores hispanos. Así se han podido averiguar sus técnicas cerámicas, la forma de sus habitaciones, sus probables adornos corporales, algunos topónimos y antropónimos, y poco más. El resto —incluyendo la estructura de su lengua, sus auto-denominaciones, el significado de sus nombres, sus creencias, su organización social, etc.— son meras suposiciones que, probablemente, jamás puedan ser despejadas.

El Cerro Colorado pertenece, desde 1992, a una Reserva Natural y Cultural. Situado en el norte de la provincia de Córdoba, alberga numerosas pictografías atribuidas a *Comechingones* y *Sanavirones*. Se cuentan entre las pocas representaciones de este tipo que incluyen la llegada de los españoles y sus caballos.

Henen, nagan, lemin, butos, san: existen ocho vocablos sobrevivientes tenidos como de seguro origen *Comechingón*. Seis pertenecen al dialecto *henia*, entre los cuáles se encuentran los listados en este capítulo. Su posible significado sería «pueblo», «cacique», «pescado», «casa» y «río». Del otro dialecto, el *camiare*, se conservan solamente dos términos.

Espinillo: arbusto espinoso y achaparrado, propio de las sierras centrales argentinas (provincias de Córdoba y San Luis).

Hornero: conocida ave sudamericana, de plumaje pardo y bermejo. Construye un nido de características muy peculiares: con barro y en forma de horno, de ahí su denominación más común. Es

el ave nacional de Argentina, y ha sido incluida tanto en relatos de pueblos indígenas como en cuentos criollos. Recibe otros nombres, como «alonsito», «tiluchi» o «casero».

Churqui: ver cap.4, «churki».

Changa: americanismo, trabajo del «changador», es decir, del que transporta los equipajes. En la actualidad, al menos en Argentina, se lo utiliza para designar cualquier trabajo eventual.

Cabecita negra: expresión despectiva utilizada en Argentina para denominar a las personas de piel, pelo y ojos oscuros, generalmente mestizos o descendientes de indígenas. Curiosamente, el término pasó de ser un calificativo étnico o racial a establecer un excluyente social: de acuerdo al estilo de vida, la idiosincracia, el nivel cultural o económico, cualquiera que pertenezca a las «clases bajas» puede ser llamado «cabecita negra» sin tener en cuenta el color de su piel.

Pampa: ver cap.11.



capítulo 13

Los *Ranküllche* o «ranqueles» fueron un pueblo mestizo que pobló amplias regiones del área fito-geográfica conocida como *pampa* y que ocupa el centro de la Argentina. Su nombre deriva del *mapu-*

dungu, y significa «gente de las cañas». Se trata de la fusión de los *Mapuche* que arribaron a Argentina procedentes de Chile entre los siglos XVI y XVIII con los pueblos que ya habitaban en la zona, entre ellos *Pehuenches*, *Huarpes* mapuchizados, *Het* y *Tehuelches* del norte o *Gününa-küna*. El mosaico étnico existente en aquella época en ese lugar era bastante complicado y en la actualidad los especialistas siguen trabajando para aclararlo.

Eran cazadores nómadas muy influenciados por la cultura de sus vecinos *Mapuche* de Chile. Con la prolongación de la frontera del estado argentino hacia el sur —invadiendo sus territorios seculares—, los *Ranküllche* comenzaron a atacar estancias y poblados para robar el ganado y tomar cautivos y botín. Tales asaltos, conocidos como *malones*, dieron origen a un acervo literario bastante nutrido, en el que destacan ejemplos de poemas gauchescos como el «Martín Fierro».

Debido a la actitud «beligerante» de los *Ranküllche* y sus hermanos de la *pampa* y la Patagonia, y al interés del gobierno argentino (y de sus terratenientes) de expandir sus tierras, la frontera fue asegurada con una enorme zanja —la «zanja Alsina»— que dificultó los movimientos de caballerías y ganado, y con una línea de fortines dotados de escasas y a veces paupérrimas guarniciones. La vida de los «fortineros» y los combates mantenidos con la «indiada» inspiraron otro cúmulo de trabajos literarios, generalmente despectivos hacia los pueblos nativos.

En 1879, y tras varias campañas militares menores, el gobierno argentino lanzó la «Conquista del Desierto», una intervención a gran escala que derrotó a los principales ejércitos indígenas, capturó cientos de prisioneros y ocupó miles de hectáreas. Sus protagonis-

tas se convirtieron en leyenda, especialmente en el lado vencedor. Los principales *longko* o «caciques» indígenas fueron encarcelados o deportados, y sus poblaciones, concentradas en denigrantes «reservas». En la *pampa* y la Patagonia se asentaron entonces los colonos, y los verdaderos dueños de esas tierras pasaron a ser peones y obreros, servidores de los conquistadores. Hoy por hoy, las comunidades originarias sobrevivientes siguen luchando para que sus derechos les sean restituidos.

La narración del «Malón fantasma» —ejemplo de esa tradición nacida al calor de los fortines de frontera— fue extraída del libro «Hualicho Mapu» de Enrique Stieben (1951), en donde se recogen numerosas tradiciones pampeanas. En relación a la «Conquista del Desierto», su naturaleza compleja, la multitud de actores involucrados, las alianzas y traiciones que tuvieron lugar y sus tristes resultados merecen mucho más que unos breves párrafos descriptivos, por lo que se recomienda la consulta de alguno de los excelentes documentos históricos que la analizan en profundidad.

Baguales: americanismo que designa a caballos no domados.

Malón: ataque de un grupo indígena, usualmente dirigido al saqueo. Fueron comunes en Argentina, en las zonas de frontera con la *pampa* y la Patagonia, y también con el Chaco Austral.

Baqueanos: conocedores de los caminos y atajos de un terreno.

Boleadoras: armas empleadas para la caza y la guerra. Están formadas por tres cuerdas de *tiento* o cuero crudo trenzado, a cuyos extremos se unen sendas bolas, generalmente piedras *retobadas*

(fornadas de cuero). Se usaban para enlazar las patas de ñandúes, guanacos o ganado mayor, y, en combate, para trabar y derribar a las caballerías. Existía una versión llamada «bola perdida», una única bola que era lanzada a la cabeza o pecho de los adversarios. Ambas variantes podían ser utilizadas en combate cuerpo a cuerpo, para lo cual se necesitaba de una gran destreza.

Cuatrerros: ladrones de ganado.

Wingka: en *mapudungu*, «individuo no Mapuche». En algunos textos ha sido traducido como «cristiano» o «blanco». También escrito «huinca», se ha señalado en determinadas fuentes como grito de guerra. Ciertos autores hacen derivar el término del verbo *mapudungu wigkalf*, «robar», aunque tal origen no es seguro.

Mangrullo: torre de los fortines de línea.

Tacuara: variedad de caña sudamericana del género *Guadua*, gruesa y larga; por extensión, las lanzas que se armaban con ellas.

Pampero: viento seco de la *pampa*, que sopla desde el sur o sudoeste, y que puede ser frío, fresco o templado de acuerdo a la estación.

Ombú: variedad vegetal típica de la *pampa* seca. Aún se discute si es una hierba de enorme porte, un arbusto o un árbol. Lo cierto es que alcanza proporciones considerables. Su madera esponjosa y blanda contiene grandes cantidades de agua, lo cual le permite sobrevivir en esa región. Es inmune a los insectos debido a su savia tóxica. Su nombre derivaría del *avá-ñe'ê* «sombra» o «bulto oscuro».



capítulo 14

Los *Mapuches* (del *mapudungu* «gente de la tierra») fueron también conocidos como «Araucanos» (de Arauco, el lugar que poblaban originariamente; probablemente derivado del *mapudungu ragko*, «agua gredosa»). Se trata de uno de los pueblos más importantes y con mayor presencia social e histórica en todo el cono sur de América. Originarios del centro-sur de Chile, su área de influencia creció con el paso del tiempo, extendiéndose a través de los Andes hasta ocupar la *pampa* argentina y el norte de la Patagonia.

Resistieron los embates de los ejércitos del *Tawantinsuyu* primero, y luego los de los conquistadores hispanos en la llamada «Guerra de Arauco». El madrileño Alonso de Ercilla cantó sus proezas guerreras en «La Araucana», y la corona española no tuvo más remedio que reconocer en parte su autonomía, estableciendo como frontera el río Bío-Bío en Chile. A lo largo de los siglos XVII y XVIII tuvo lugar el proceso de «araucanización» de la Argentina, a través del cual los grupos nativos de la *pampa* y del norte de la Patagonia comenzaron a ser influidos por sucesivas migraciones *Mapuche*.

Fue durante el siglo XIX cuando tanto Argentina como Chile conquistaron sus territorios actuales (ver cap.13) y confinaron a las sociedades indígenas en «reducciones» y «reservas». La cultura *Mapuche*, con una larga historia de combates y resistencia, mantiene hoy en día una fuerte lucha por su auto-determinación y el respeto

de sus derechos como pueblo originario. Es sobre todo urbana, pero tiene un importante componente rural con el que conserva estrechos lazos.

Solían dividirse en numerosos grupos y subgrupos, dependiendo del territorio que ocuparan. Así, algunas clasificaciones básicas hablan de *Pikunches* («gente del norte»), *Huilliches* («gente del sur») y *Mapuches* o *Moluches*. Al este surgieron los grupos «araucanizados»: los *Pehuenches* («gente del pehuén»), los *Puelches* («gente del este») y los *Ranküllches* (ver cap.13), entre otros.

Poseen un interesante acervo de leyendas y tradiciones, un buen número de ceremonias religiosas y festividades, y expresiones culturales tan conocidas como el *palin* o chueca (una especie de hockey, ver abajo), la música y los instrumentos musicales, la danza, la escultura, la orfebrería y la textilería.

Su idioma, el *mapudungu* («la lengua de la tierra») se sigue hablando y escribiendo, y son varios los literatos y poetas *Mapuches* que lo difunden (entre ellos el chileno Elicura Chihuailaf, citado en el texto). Tanto su lengua como su cultura han marcado profundamente sus áreas de influencia en Argentina y Chile por igual.

Nota: el mapudungu posee en la actualidad siete sistemas de escritura. Los más aceptados son el Grafemario Raguileo y el Alfabeto Unificado. Si bien el primero es el más adecuado para el idioma —pues asocia coherentemente cada sonido a una letra— es de difícil lectura para aquellos no familiarizados con la lengua. Por ende, en este texto se ha intentado respetar las grafías del Alfabeto Unificado, elaborado por la Sociedad Chilena de Lingüística en 1986. Los

términos mapudungu listados a continuación han sido tomados de la abundante bibliografía sobre la cultura Mapuche disponible en la actualidad.

Pehuén: castellanización del término *mapudungu pewen*, nombre originario de esta conífera. También conocido como «araucaria», es un árbol nativo de Chile y Argentina, limitado actualmente a ciertas zonas de la cordillera. Tradicionalmente se recogían sus piñones, para consumirlos como frutos secos o harina.

Chemamüll: del *mapudungu che*, «gente» y *mamüll*, «madera». Se trata de estatuas *Mapuche* de madera empleadas en ritos funerarios. Son elementos de gran altura (entre dos y cuatro metros) con rasgos muy estilizados, elaborados en roble *pellín* o laurel. Junto a los *kemu-kemu*, son las formas escultóricas *Mapuche* prehispánicas por excelencia. A pesar de haberlas incluido en el texto, no se usan desde hace mucho tiempo.

Tupu: prendedor con forma de aguja utilizado para sujetar los dos extremos de una manta sobre el pecho o los hombros. Término *quechua* incorporado al *mapudungu*.

Ruka: en *mapudungu*, «casa». Castellanizado como «ruca». Es una vivienda de gran tamaño, con paredes de adobe, tablas o varas de *colihue* (ver abajo) reforzadas con madera o junco. El techo es de paja brava. No posee ventanas, y su entrada se orienta hacia el este.

Kütralwe: del *mapudungu kütral*, «fuego» y *we*, «lugar». Fogón. Generalmente situado en el centro de la *ruka*, sus humos escapaban por un agujero abierto en el techo. Era un elemento de gran

importancia: ardía constantemente y se creía que era el lugar de residencia del *Ngen-kütral*, el «Dueño del fuego» y espíritu protector del hogar.

Chueca: deporte *Mapuche* similar al hockey. En *mapudungu* se denomina *palin*, verbo que significa «pelotear». Consiste en dos equipos de 5-15 jugadores situados en un rectángulo *paliwe* de 15 por 200 metros. Los jugadores se disputan una bola de madera o cuero, la *pali*, con unos bastones *w'ño*. El objetivo es hacer pasar la pelota por la línea de fondo del equipo contrario. Hay numerosas técnicas de juego: pelota baja, pelota en el aire, dominio de pelota en el aire sin dejarla caer... Asimismo, cada jugador tiene una función determinada dentro del equipo. Era un deporte altamente competitivo, en el que se hacían fuertes apuestas. Se usaba como simulacro de guerra, para solucionar disputas, como ceremonia funeraria en honor al difunto o como convocatoria de asamblea. En 2004 fue reconocido como deporte nacional por el gobierno de Chile.

Cauquén: variedad de ganso patagónico, también conocido como avutarda magallánica.

Küpam: también escrito «kepam», es la prenda tradicional femenina *Mapuche*. Consta básicamente de un paño cuadrado y de un color negro tan puro que logra los matices del azul. Cubre el cuerpo desde los hombros a los tobillos, envolviéndolo.

Trarüwe: faja de las mujeres adultas fértiles. Sujeta el *küpam* a modo de cinturón. Además de su función práctica, las fajas informan, a través de sus colores y las formas tejidas, sobre algunas características de su poseedora, y esquematizan también un puñado de conceptos primordiales de la cultura *Mapuche*.

Ikülla: capa que envuelve a las mujeres adultas.

Chaway: aros, pendientes, zarcillos. Sus formas pueden ser tremendamente variadas. Suelen realizarse en plata.

Trapelakucha: adorno pectoral fabricado en plata. Su diseño es complejo. Se compone de una sección superior, con forma de dos aves en contacto. De ellas se desprenden tres cadenas paralelas, de gruesos eslabones chatos, que caen para sujetar la sección inferior, en forma de trapecio. Finalmente, el borde de ese trapecio está ornado de pequeños discos colgantes.

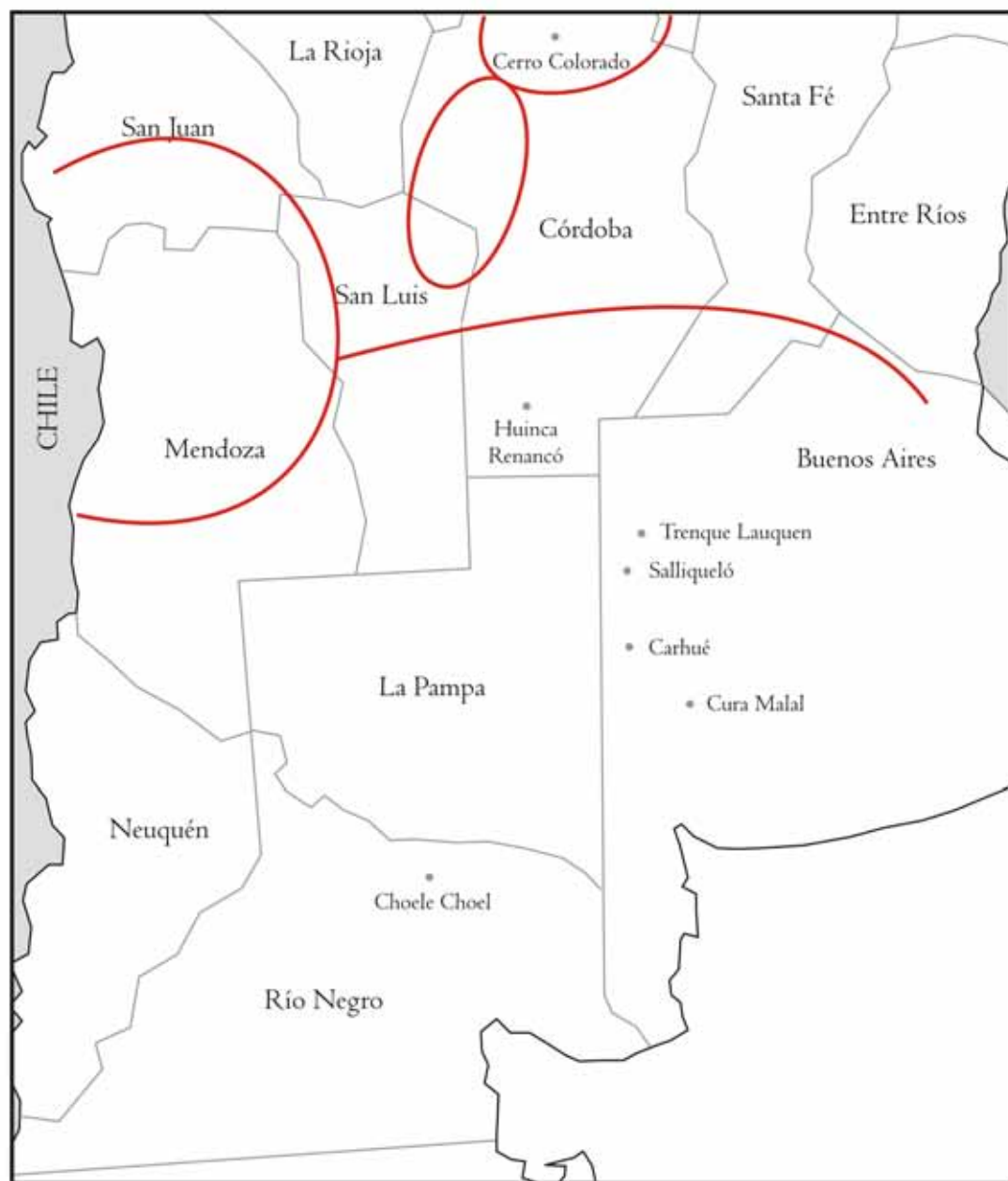
Trarilongko: también escrito «trarilonco». Del *mapudungu* *trari*, «atar» y *longko*, «cabeza». Cintillo de plata, especie de cadenilla formada por planchuelas unidas mediante eslabones. De ellas cuelgan pequeños discos. Se usa alrededor de la cabeza, sobre la frente.

Machi: autoridad religiosa, consejera y protectora dentro del pueblo *Mapuche*. Generalmente suele tratarse de mujeres, aunque no es exclusivo de ellas.

Trutruka: trompeta natural *Mapuche*, similar al *erke* andino (ver cap.2).

Colihue: caña bambusácea del género *Chusquea*, recta, de gran porte y sin ramificaciones. Es originaria de Chile y se usa en la construcción, la agricultura, la artesanía y la minería.

Ngillatun: en *mapudungu*, «rogativa». También escrito «Guillatún». Se trata de una ceremonia de conexión con el universo espiritual *Mapuche* para pedir bienestar, fortalecer la unión de la comunidad o agradecer los dones y beneficios recibidos. En ciertas



El territorio pampeano estuvo principalmente ocupado por los Mapuche y etnias "araucanizadas" como los Rankülche de La Pampa o los Pehuenche de Neuquén. La frontera meridional de esos pueblos con los Tehuelches del norte o Gününa-küna era difusa. Las provincias de Mendoza y San Juan estuvieron ocupadas por los Huarpes, y la de Córdoba y San Luis, por los Comechingones. Al norte de Córdoba se emplazaron los Sanavirones.



El territorio patagónico (Santa Cruz y Chubut) estuvo poblado por los Aonik'enk o Tehuelches del sur. La isla de Tierra del Fuego estuvo ocupada por los Selk'nam, excepto el extremo oriental, que habitaron los Haush. Las costas meridionales de la isla, los canales y el estrecho fueron los territorios de los Yámana y los Kawésqar.

zonas de Argentina, el ritual también es conocido como «Camaruco» o «Kamarikun».

Ngenechen: también «Ngünechen» o «Guenechén». El espíritu *Ngen* más importante del pueblo *Mapuche*. En este momento se lo considera el equivalente *Mapuche* del Dios cristiano, si bien originariamente no era el más poderoso ni el único. Vela por el bienestar de los *Mapuche*, dirige los destinos humanos por el buen camino y castiga a aquellos que no respeten el *Admapu*, «las costumbres de la tierra».

Choike purrun: del *mapudungu choike*, «ñandú o avestruz patagónico» y *purren*, «baile». Danza en la que se representa el cortejo del ñandú.

Kultrun: timbal-sonaja *Mapuche*. Se trata de un recipiente de madera con forma de escudilla, de tamaño variable, que se cubre con un cuero crudo y raspado y se anuda con una serie de soguillas de crin. En el interior de este timbal se colocan unas piedrecillas para que al agitar el instrumento repiquen a modo de sonajero. En el parche suele dibujarse un diseño tradicional que representaría las cuatro partes del universo *Mapuche*.

Rewe: altar sagrado utilizado en muchas ceremonias *Mapuches*, como el año nuevo *We Tripantu*, el *Ngillatun* y el *Machitun*. Se trata de un tronco escalonado, clavado en el suelo, rodeado de ramas de canelo (árbol sagrado) y adornado con banderas de colores. En algunas ocasiones la cima posee una representación de un rostro humano, como un *chemamüll*. Simboliza la conexión con el cosmos.

Wekufü: también conocido como «Huecuvu» o «Wekufe», es un espíritu dañino presente en la mitología *Mapuche*. Hace referencia a

un concepto amplio que ha ido variando con el tiempo. En general, se considera que son entidades incorpóreas cuyas energías tienen tendencia a perturbar o destruir el equilibrio natural. La llegada del cristianismo asoció los *wekufü* con el Demonio. Están relacionados con multitud de creencias y leyendas, y con otras entidades como *Gualicho* o *Antümallén*.

Pillan: espíritus poderosos, importantes en la mitología *Mapuche*. Son benignos, y unas de las entidades más respetadas. Suelen ser fundadores de linajes o familias, y por ello son considerados antepasados y protectores de los *Mapuche*. Los hay de varias clases, poseen características complejas y cuentan con todo un acervo de mitos relacionados.

capítulo 15

Los *Aonik'enk* y los *Gününa-küna* fueron llamados —y todavía lo son en muchos textos— «*Tehuelches* del sur» y «*Tehuelches* del norte» respectivamente. La voz deriva del término *chewellche*, un vocablo *mapudungu* que significaría «gente bravía» o «indómita». También fueron llamados «patagones» por los primeros exploradores que desembarcaron en la Patagonia. Aunque no fue por el tamaño de las huellas de sus pies, como dice la leyenda, sino por una obra literaria europea que tenía como protagonista a un gigante llamado «Patagón». La talla de los *Tehuelches* —alta, comparada con la re-

ducida media europea renacentista— y el hecho de enfundarse en enormes ropas de piel para abrigarse, les haría parecer gigantones.

El territorio de los *Gününa-küna* limitaba por el norte con la *pampa* y, por ende, con los *Mapuche* y las naciones «araucanizadas». Tras sangrientas batallas aún recordadas —como la del río Senguerr o la de Languiño— los *Tehuelches* nortños se fundieron con los *Mapuches* formando varios grupos conocidos genéricamente como *Puelches*. El resto se unió a sus vecinos del sur, los *Aonik'enk*, que ocupaban la Patagonia meridional hasta el estrecho de Magallanes.

Eran cazadores trashumantes que seguían las manadas de guanacos, y adoptaron muy pronto el uso del caballo una vez que arribó a América (incluso para la alimentación, algo que también hicieron los pueblos *Mapuche* y *Ranküllche*). Tenían extensas redes de comercio entre el mar y las montañas, elementos ambos que limitaban su mundo.

Actualmente quedan unos 160 *Tehuelches*, y la lengua es hablada por medio centenar de personas. La mayoría se encuentra en la «reserva» de Camusu Aike, en la estepa del centro de la provincia argentina de Santa Cruz. Hay, además, otras dos reservas y dos asentamientos. Sobreviven como peones de campo en estancias ajenas. Sus numerosos subgrupos, sus alianzas internas, sus eternos movimientos y mestizajes y la escasa atención que se les prestó históricamente hacen que su organización y clasificación como pueblo sea, aún hoy, difícil de establecer.

Cruzando el estrecho de Magallanes se encuentra la isla de Tierra del Fuego, actualmente repartida políticamente entre Argentina y Chile. La mayor parte del territorio estaba ocupado por los *Selk'nam*,

que hasta hace muy poco eran llamados «Onas», mientras que el extremo oriental de la isla era habitado por un grupo estrechamente emparentado con los *Selk'nam*: los *Haush*. Los *Selk'nam* fueron una cultura muy bien estudiada, sobre todo merced a los trabajos de la antropóloga francesa Anne Chapmann, que tuvo la oportunidad de recoger su tradición y grabar sus cantos gracias al testimonio de una de las últimas *Selk'nam*, Lola Kiepja. Además, existen interesantes documentos del siglo XIX describiendo las ceremonias del *Háin*, con fotografías e ilustraciones deslumbrantes.

Los *Selk'nam* eran cazadores de guanacos y recolectores de frutos y mariscos. Tenían un universo espiritual riquísimo, poblado de diversos espíritus y advocaciones. La llegada del hombre blanco a Tierra del Fuego marcó la desaparición violenta de este pueblo: los «cazadores de *indios*» pagados por estancieros locales se ocuparon de matarlos con trampas de cepe, con animales envenenados o directamente a disparos de carabina o fusil. El genocidio también ha sido fielmente documentado. Tanto a los *Selk'nam* como a sus vecinos canoeros del sur se los llevó a Europa como prisioneros, para ser exhibidos como curiosidades en circos y museos. Charles Darwin, que contactó con ellos durante su travesía a bordo del *Beagle*, los llamó «salvajes innobles e infectos».

Al sur de Tierra del Fuego, en el canal de Beagle y en los islotes meridionales, habitaban los *Yámanas* («hombres») y los *Kawésqar* o *Qawásqar*, pueblos canoeros por excelencia. Los primeros fueron también conocidos como «Yaganes» y a los segundos se los denominó «Alacalufes», pero ese nombre es derivado de un peyorativo *Yámana* («comedores de mejillones») y ha caído en desuso. Ambos grupos tenían un área de influencia tan extensa como se lo permitían

sus desplazamientos en canoa, pues solían vivir y nomadear dentro de ellas. Los *Kawésqar* se asentaron en toda el área occidental de Tierra del Fuego y llegaron a surcar las aguas del sur del Chile actual. Siempre vivieron de los frutos del mar. En la actualidad, diezmados por las enfermedades y el embate de la cultura occidental, sólo quedan una docena de *Kawésqar* y muy pocos *Yámanas*.

Nota: los términos listados de la lengua selk'nam han sido tomados del valioso trabajo de Anne Chapmann «Los Selk'nam».

Xo'on: también escrito «Jo'on» o «Jon» en distintas fuentes. Chamán, hechicero. Personaje con fuerte presencia religiosa y social dentro de cada comunidad *Selk'nam*.

Mehn: almas; de acuerdo a ciertos autores, se trataría de las sombras de los muertos que vagan por la tierra como si fueran fantasmas.

Haruwen: en *selk'nam*, «nuestra tierra». Divisiones del territorio de acuerdo a linajes o clanes. Así, cada familia —patrilineal— poseía un espacio físico definido, dentro del cual obtenía los recursos que les permitían sobrevivir.

Ákel: mezcla de ocre rojo y grasa utilizada para sobar y colorear los cueros que se empleaban como vestimenta, y, en ocasiones, el propio cuerpo.

Kóchil: adorno distintivo, característico de los hombres *Selk'nam*. Se trataba del cuero de la testuz del guanaco, utilizado como protector de la frente.

Háin: compleja ceremonia de iniciación en la cual los mayores adoctrinaban a los varones jóvenes acerca de ciertos secretos tendientes a preservar su orden social patriarcal. Ha sido descrita con todo detalle por los mayores estudiosos de la etnia *Selk'nam*, y existen incluso fotografías de muchas de sus etapas. Contaba con elaboradas actuaciones de los hombres personificando espíritus tradicionales, cantos femeninos y numerosas escenas de alto contenido dramático.

Klóketen: el joven iniciado en el *Háin*. Tenía que superar determinadas pruebas para luego ser adoctrinado por sus mayores en los métodos para perpetuar el poder masculino dentro de su comunidad.

Fosha: dios del aire *Selk'nam*. Habitaba en los bosques.

Hashe: espíritu *Selk'nam* del árbol seco. Era de color rojo oscuro, característico de las plantas muertas. Su grito se escuchaba desde lejos y provocaba la huida de todos los moradores de los campamentos, pues era una entidad destructora. Casi nunca se lo veía, pero sus alaridos causaban terror.

Kwányip: pícaro del pueblo *Selk'nam*. Sus hazañas fueron innumerables y compusieron toda una saga de cuentos. Se decía que tras una terrible lucha con el hombre-sol, subió al cielo con toda su familia y allí formó una constelación.

Kulan: espíritu femenino, hermoso y provocativo. Se decía que vivía oculta en los bosques, donde acechaba a los hombres que le agradaban y los seducía para llevárselos al cielo y someterlos a relaciones sexuales ininterrumpidas durante varios días. Con el fin de mantener el vigor de sus amantes, los alimentaba con huevos de los

pingüinos emperador que componían su cortejo. Cuando los liberaba, los hombres volvían a sus hogares amnésicos, tambaleantes y cubiertos de excrementos de pingüino. La tradición obligaba a las esposas a no hacer preguntas sobre lo ocurrido.

Krren: hombre-sol, marido de *Kreek*, la mujer-luna. También llamado «Kran». Él y *Shínu*, el viento, eran hermanos. Se contaba que fue *Krren* quien descubrió la confabulación de las mujeres, lideradas por su esposa, las cuales aterrorizaban a los hombres con disfraces de espíritus para mantenerlos sometidos a su autoridad. Al enterarse, *Krren* mató a todas las féminas, dejó vivas sólo a las niñas que aún no conocieran el secreto e invirtió la situación. Así es como se habría originado la dominación masculina. Durante la ceremonia del *Háin* se enseñaba al iniciado o *klóketen* éstas y otras tradiciones.

Kreek: mujer-luna, esposa de *Krren*. También llamada «Kra». Su esposo no pudo matarla, pero la golpeó y la arrojó a una hoguera. Con su cara quemada, horrorizada, buscó refugio en los cielos, donde el hombre-sol continúa persiguiéndola. Su odio hacia los hombres era ilimitado: de hecho, se decía que cuando ocurría un eclipse era porque su ira se había vuelto incontrolable.

Kenós: espíritu servidor de la entidad suprema de los *Selk'nam*, *Temáukel*. Siguiendo sus instrucciones, creó la tierra y se la entregó a sus hijos, convirtiéndose en su protector. Fue el primero en ascender al firmamento y convertirse en estrella. Los *Selk'nam* decían que en las gélidas mañanas de invierno podía ser visto en el cielo, dando ánimos a su gente durante la época más dura del año.

